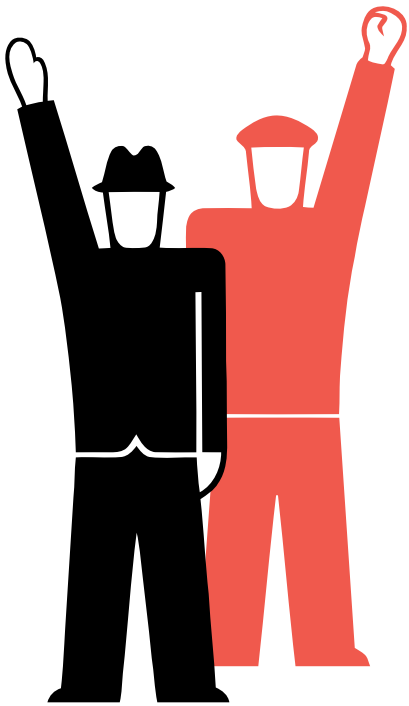
FASCISMO
ANTIFASCISMO

GILLES DAUVÉ



lazo
ediciones

Fascismo
Antifascismo

Lazo Ediciones
Rosario, Argentina
lazo.ediciones@riseup.net – lazoediciones.blogspot.com

FASCISMO / ANTIFASCISMO
Gilles Dauvé
Traducción: Federico Corriente
Traducción de la reseña de Aufheben y correspondencia: Lazo Ediciones
Traducción del cuestionario: Carlos Lagos P., Editorial Klinamen y Lazo Ediciones

Primera edición: septiembre de 2024
174p. – 206 × 146 mm
ISBN 978-987-48023-7-8

Fascismo
Antifascismo

Gilles Dauvé

laZo
ediciones

Presentación

El artículo «Fascismo/Antifascismo» que da nombre al presente libro es, en verdad, la primer parte del prólogo de Gilles Dauvé a una antología de la izquierda comunista italiana sobre la Revolución y Guerra Civil en España titulada « *Bilan* » *Contre-Révolution en Espagne 1936-1939,* publicada en 1979 en París bajo el sello editorial Union générale d'éditions - 10/18.

La traducción al inglés de las primeras diez secciones del prólogo fue publicada como folleto por primera vez en 1982 por Black Cat Press en Edmonton, Canadá, sin el conocimiento del autor, bajo un nuevo título: *Fascism/Antifascism*. Este fue reeditado en Inglaterra por Unpopular Books. Su traducción desde el inglés al castellano, realizada por Federico Corriente,[1] lleva algunos años en circulación y fue publicada en distintas ocasiones. De este modo, «Fascismo/Antifascismo» ha tenido mayor difusión que el texto del que formaba parte, del que no existe traducción en su totalidad.[2] Gilles Dauvé, quien había firmado su prólogo como Jean

1 Para la presente edición hemos revisado algunas partes de la traducción a partir del original en francés, introduciendo algunas pocas modificaciones, así como varias notas y referencias bibliográficas que habían sido quitadas en su traducción al inglés.

2 El libro « *Bilan* » *Contre-Révolution en Espagne 1936-1939* puede consultarse en la biblioteca virtual de la revista *Cuadernos de Negación*.

Barrot, lo reelaborará completamente en junio de 1998 teniendo por resultado el artículo «Cuando mueren las insurrecciones».[3]

Comenzamos este libro con dicha reelaboración, ya que se trata de la versión más desarrollada, amplia y acabada de los análisis y críticas del autor. Luego continuamos con «Fascismo/Antifascismo» y los debates que suscitó con la revista comunista inglesa *Aufheben* entre los años 1992 y 1997. Debate que sirvió de impulso para la redacción de «Cuando mueren las insurrecciones». «Fascismo/Antifascismo» puede resultar algo esquemático, en primer lugar debido a su brevedad ya que es un fragmento de un texto más amplio. A su vez, existen diferencias de enfoque, hallándose más próximo –aunque no exento de críticas– a los postulados de la izquierda comunista italiana de la que formaban parte los editores de la revista *Bilan* («Balance»). La reelaboración, en cambio, está más estrechamente vinculada a la perspectiva comunizadora de la que Dauvé es una referencia ineludible. Corriente teórica que, justamente, comenzaba a gestarse hacia fines de la década de 1970. Consideramos que la publicación de ambos textos y el debate contribuye a dar a conocer y profundizar en los análisis a contracorriente sobre esta compleja problemática y sus desarrollos.

3 Se trata de una traducción inédita de Federico Corriente del artículo «Quand meurent les insurrections», que contempla también su versión en inglés «When insurrections die». La traducción al castellano de esta última ha circulado desde hace algunos años bajo el título «Cuando las insurrecciones mueren». Dauvé escribe tanto en francés como en inglés, y suele modificar parcialmente sus textos cuando los publica en ambos idiomas, fundamentalmente introduciendo matices y diferentes ejemplos o referencias bibliográficas, sin alterar nada sustancial. «Cuando mueren las insurrecciones» complementa ambas versiones. Dicho artículo fue el punto de partida de un debate entre Gilles Dauvé –junto a Karl Nesic– con el grupo Théorie Communiste, sobre cómo teorizar la historia y la actualidad de la lucha de clases, que fue reunido en el primer número de la la revista *Endnotes* y que publicaremos a la brevedad bajo el título *Proletariado y revolución. Un balance del siglo XX*.

En el mismo sentido, agregamos un extracto referido al tema en cuestión de una entrevista titulada «La Ligne Generale», realizada al autor y a Karl Nesic por Revolution Times (Alemania) a comienzos de 2007. Por último, publicamos «Posdata sobre fascismo y antifascismo», que elaboramos desde la revista *Cuadernos de Negación* abordando algunas implicancias actuales.

Para quien desee ampliar sobre estos temas, entre las publicaciones de nuestra editorial se puede acudir a *Barricadas en Barcelona. La CNT de la victoria de julio de 1936 a la necesaria derrota de mayo de 1937* de Agustín Guillamón (2013). En marzo de este año publicamos *La religión de la muerte. Sobre nuevos y viejos fascismos* de Julio Cortés Morales y hacia fines de 2023 lanzamos *Contra el liberalismo y sus falsos críticos* (boletín *La Oveja Negra* - revista *Cuadernos de Negación*) acerca de la curiosa amalgama liberal-reaccionaria local y su vinculación con el contexto económico e internacional.

Lazo Ediciones
Rosario, septiembre 2024

Cuando mueren las insurrecciones

Gilles Dauvé, 1998[4]

> Para derrotar a Franco, primero había que derrotar a Companys y a Caballero. Para aniquilar al fascismo, primero había que aplastar a la burguesía y a sus aliados estalinistas y socialistas. El Estado capitalista había de ser destruido de arriba abajo, y había que establecer el poder obrero basado en comités de base. […] La unidad antifascista no ha sido más que la sumisión a la burguesía.
>
> *Manifiesto de la Unión Comunista,* Barcelona, junio de 1937

4 Esta es una versión más breve y completamente reelaborada de mi prólogo a la antología *« Bilan » Contre-révolution en Espagne 1936-1939*, Union générale d'éditions - 10/18, 1979. *Quand meurent les insurrections* ya fue publicado por ADEL (París, 1998): aquí ofrecemos una edición revisada y ampliada.

Brest-Litovsk: 1917 y 1939

> Si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se completen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida a una evolución comunista.[5]

Esta perspectiva no se cumplió. El proletariado industrial europeo no acudió a su cita con una comuna campesina rusa revitalizada.

Brest-Litovsk, Polonia, diciembre de 1917: los bolcheviques proponen una paz sin anexiones a Alemania con la intención de apoderarse de gran parte del viejo imperio zarista, desde Finlandia hasta el Cáucaso. Pero en febrero de 1918, los soldados alemanes, pese a ser «proletarios de uniforme», obedecen a sus oficiales y reanudan la ofensiva contra una Rusia todavía gobernada por los soviets. No se produce fraternización alguna, y la guerra revolucionaria por la que abogaba la izquierda bolchevique demuestra ser imposible. En marzo, Trotsky tuvo que firmar un tratado de paz dictado por los generales del Káiser. «Estamos cambiando espacio por tiempo», como lo expresó Lenin, y de hecho, en noviembre, la derrota alemana transforma el tratado en un simple pedazo de papel. Sin embargo, la prueba práctica de la unión internacional de los explotados no se materializó. Unos meses más tarde, volviendo a la vida civil tras el fin de la guerra, estos mismos proletarios se enfrentan a la alianza entre el movimiento obrero oficial y los *Freikorps*. Las derrotas se fueron sucediendo: en Berlín, Baviera y en Hungría en 1919; después la del Ejército Rojo del Ruhr en 1920; la Acción de Marzo en 1921…

Septiembre de 1939. Hitler y Stalin acaban de repartirse Polonia. En el puente fronterizo de Brest-Litovsk, varios cientos de miembros del KPD [Partido Comunista de Alemania] refugiados

5 Marx y Engels, Prólogo a la edición rusa del *Manifiesto comunista*, 1882.

en la URSS y posteriormente arrestados como «contrarrevolucionarios» o «fascistas», son arrancados de las prisiones estalinistas y entregados a la Gestapo. Años después, una de las supervivientes explicaría las cicatrices de su espalda («eso lo hizo la GPU [policía secreta de la URSS]») y sus uñas arrancadas («y eso la Gestapo»). Buen resumen de la primera mitad del siglo.

1917-1937, veinte años que estremecieron al mundo. La sucesión de horrores del fascismo, la Segunda Guerra Mundial y los trastornos consiguientes, son los efectos de una crisis social gigantesca que comenzó con los motines de 1917 y que cerró la Guerra Civil Española.

«Fascismo y gran capital»

Es un lugar común ver en el fascismo un desencadenamiento de represión estatal al servicio de las clases dominantes. Según la fórmula que hizo célebre Daniel Guérin en los años treinta, fascismo es igual a gran capital. De ahí que la única forma de deshacerse de él sea acabar con el capitalismo.

Hasta ahí, nada que objetar. Por desgracia, en el 99% de los casos la lógica se pierde enseguida: si el fascismo encarna lo peor del capitalismo, habría que hacer lo que fuera para impedir que se produjera ese «peor», es decir, hacer lo que fuera para favorecer un capitalismo no fascista. Como el fascismo es la reacción, intentemos promover el capitalismo bajo formas no reaccionarias, no autoritarias, no xenófobas, no militaristas, no racistas, no represivas, o sea, un capitalismo más moderno, más… capitalista.

Sin dejar de repetir cómo el fascismo sirve a los intereses del «gran capital», el antifascismo sostiene que de todas formas en 1922 o 1933 el fascismo podría haber sido evitado, o sea, sin destruir al gran capital, si tan solo el movimiento obrero y/o los demócratas hubieran presionado lo suficiente para impedir que llegara al po-

der. Si en 1921 el Partido Socialista Italiano y el recién fundado Partido Comunista Italiano se hubieran aliado con las fuerzas republicanas para detener a Mussolini… si a principios de los años treinta el KPD no se hubiera lanzado una lucha fratricida contra el SPD [Partido Socialdemócrata de Alemania]… Europa se habría librado de una de las dictaduras más feroces de la historia, de una Segunda Guerra Mundial, de un imperio nazi de dimensiones casi continentales, de los campos de concentración, y del exterminio de los judíos.

Por encima y más allá de sus observaciones muy certeras sobre las clases, el Estado, y los lazos entre el fascismo y la gran industria, lo que ignora esta visión es que el fascismo surgió de un doble fracaso: del fracaso de los revolucionarios tras la Primera Guerra Mundial, aplastados por la socialdemocracia y la democracia parlamentaria, y luego, en el curso de la década de 1920, de la incapacidad de los demócratas y los socialdemócratas para gestionar el capital. Sin una comprensión efectiva del período precedente, así como de la fase previa de lucha de clases y sus límites, no puede entenderse ni la naturaleza del fascismo ni su acceso al poder. Por lo demás, no es casualidad que D. Guérin se equivoque a la vez sobre el Frente Popular, que considera como «una revolución fallida», y sobre el significado profundo del fascismo.[6]

¿Qué fue en el fondo el fascismo, si no la unificación política y económica del capital, tendencia que se ha generalizado desde 1914? El fascismo fue un modo particular de llevar a cabo aquella unidad en países –Italia y Alemania– donde, si bien la revolución había sido derrotada, el Estado era incapaz de imponer el orden, incluso en el seno de la burguesía.

Mussolini no era Thiers, que disponía de un poder bien asentado y ordenó a fuerzas armadas regulares masacrar a los *communards*.

6 Daniel Guérin, *Fascismo y gran capital*, trad. Daniel de la Iglesia, Fundamentos (Madrid, 1973), y *Front Populaire, Révolution manquée*, Actes Sud (París, 1997).

Un aspecto fundamental del fascismo es que nace en las calles, que emplea el desorden para imponer el orden, que moviliza a las viejas clases medias enloquecidas por su propia decadencia, y la regeneración, desde *afuera*, de un Estado incapaz de lidiar con la crisis del capitalismo.[7]

El fascismo fue un intento de la burguesía por resolver bajo presión sus contradicciones, de desviar en beneficio propio los métodos obreros de movilización de masas, y por desplegar todos los recursos del Estado moderno primero contra un enemigo interior, y luego contra uno exterior.

Se trató sin duda de una crisis del Estado en el transcurso de la transición a la dominación total del capital sobre la sociedad. Para responder a la oleada proletaria fueron precisas las organizaciones obreras; a continuación, fue preciso el fascismo para poner fin al desorden consiguiente, que no era revolucionario, pero sí paralizante. La crisis quedó mal superada en esa época: el Estado fascista sólo fue efectivo en apariencia, porque integraba a la fuerza a los asalariados (las corporaciones italianas, el Frente del Trabajo alemán) y excluía artificialmente los conflictos proyectándolos hacia huidas militaristas hacia delante. Pero la crisis fue superada, relativamente, por el Estado democrático tentacular establecido en 1945, que se dotó potencialmente de todos los medios del fascismo, si no más, ya que neutralizó a las organizaciones de los asalariados sin aniquilarlas. Los parlamentos perdieron el control sobre el ejecutivo. Mediante el *Welfare* o el *Workfare*,[8] mediante técnicas modernas de vigilancia así como la asistencia

7 Thomas, *Les racines du fascisme*, Albatroz, (París, 1996). *Crève la peste !*, 1997, y *Démocratie et fascisme*, Suplemento al nº 7 de *Mouvement Communiste*, 1998. Para una visión histórica sucinta, véase P. Milza, *Les Fascismes*, Imprimerie Nationale (París, 1985).

8 En un *Workfare State* (por oposición a un *Welfare State* o Estado del bienestar) la prioridad es que los beneficiarios trabajen (a cambio de bajas retribuciones o de ninguna) a fin de que se les considere aptos para obtener prestaciones. [N. del t.]

estatal extendida a millones de individuos, en resumen, mediante un sistema que hace a todo el mundo cada vez más dependiente, la unificación social va más allá de la que logró el terror fascista, pero el fascismo en tanto movimiento específico ha desaparecido. Concordaba con la disciplina forzada de la burguesía, bajo la presión del Estado, en el contexto particular de Estados recientes que tenían grandes dificultades para constituirse al mismo tiempo como naciones.

De hecho, la burguesía tomó prestado hasta el nombre «fascismo» de organizaciones obreras que en Italia a veces se denominaban a sí mismas *fasci* [haces o fasces]. Es significativo que el fascismo se definiese a sí mismo ante todo como una forma y no por su programa. La palabra simbolizaba a la vez la autoridad (los *fasci* que se portaban ante el titular de una alta función en la antigua Roma) y la voluntad de reunir a todos los italianos igual que se atan unos haces. Su programa se resumía en hacer converger por la fuerza a los elementos que componen la sociedad.

La dictadura no es un arma del capital, como si este pudiera reemplazarla por armas menos asesinas, sino más bien una de sus tendencias, que se materializa cuando es necesario. El «retorno» a la democracia parlamentaria tras un período de dictadura, como en Alemania después de 1945, significa que la dictadura es inútil (hasta la próxima ocasión) para integrar a las masas en el Estado. El problema no es que la democracia asegure una explotación más suave que la dictadura: cualquiera preferiría ser explotado a la sueca que por los esbirros de Pinochet. Pero, ¿tenemos *opción*? Hasta la reconfortante democracia escandinava se transformaría en dictadura si las circunstancias lo exigieran. El Estado sólo puede tener una función, que puede cumplir de forma democrática o dictatorial. El hecho de que la primera sea menos dura no significa que sea posible reorientar al Estado para obligarle a prescindir de la segunda. Las formas políticas de las que el capital se dota no dependen de las preferencias de los asalaria-

dos más de lo que dependen de las intenciones de la burguesía. La República de Weimar capituló ante Hitler; es más, lo recibió con los brazos abiertos. Y en Francia el Frente Popular no «evitó el fascismo», porque en 1936 Francia no tenía ninguna necesidad de unificar su capital ni de disminuir sus clases medias. No existe ninguna «opción» política a la que los proletarios podrían ser convidados o a la que pudieran invitarse a sí mismos por la fuerza. La democracia no es la dictadura, pero la prepara, y se prepara a sí misma para ella.

La esencia del antifascismo consiste en luchar contra el fascismo mientras se apoya a la democracia; en otras palabras, luchar no por la destrucción del capitalismo, sino para forzar al capitalismo a renunciar a su forma totalitaria. Cuando se identifica al socialismo con la democracia total, y al capitalismo con el auge del fascismo, la oposición entre proletariado/capital, comunismo/trabajo asalariado, proletariado/Estado, se hace a un lado en favor de la oposición democracia/fascismo, presentada como la quintaesencia de la perspectiva revolucionaria. La izquierda y la extrema izquierda oficiales nos dicen que un verdadero cambio sería la realización, por fin, de los ideales de 1789, traicionados una y otra vez por la burguesía. ¿Un nuevo mundo? Pero si ya está aquí, hasta cierto punto, en embriones que deben ser preservados, en pequeños brotes que hay que hacer germinar, los derechos democráticos ya adquiridos, que habría que ampliar cada vez más dentro de una sociedad infinitamente perfectible mediante añadidos cada vez mayores de democracia, hasta llegar a la democracia completa: el socialismo.

Reducida a la resistencia antifascista, la crítica social se ve conducida al terreno de todo lo que una vez denunció, y renuncia ni más ni menos que a esa antigualla, la revolución, en provecho del gradualismo, una variante de la «transición pacífica al socialismo» preconizada antaño por los Partidos Comunistas, y objeto

de burla, antes de 1968, para todos aquellos que aspiraban a cambiar el mundo. La regresión es palpable.

No vamos a caer en el ridículo de reprochar a la izquierda y a la extrema izquierda haber arrojado a la basura una perspectiva comunista que sólo han conocido para oponerse a ella. Es evidente que el antifascismo renuncia a cualquier revolución. Pero fracasa también donde su «realismo» pretende ser eficaz: a la hora de prevenir una posible mutación dictatorial de la sociedad.

La democracia burguesa es una etapa de la toma del poder por el capital, y su extensión en el siglo XX remata esa dominación intensificando el aislamiento de los individuos. Propuesta como solución a la separación entre los hombres y la comunidad, entre la actividad humana y la sociedad, así como entre las clases, la democracia nunca será capaz de solucionar el problema de la sociedad más separada de la historia. En tanto forma impotente para modificar su contenido, la democracia no es sino una parte del problema del que dice ser la solución. Cada vez que dice fortalecer el «vínculo social», contribuye a su disolución. Cada vez que palia las contradicciones de la mercancía, lo hace estrechando la red estatal tejida sobre las relaciones sociales. Incluso al nivel desesperadamente resignado en el que se sitúan, los antifascistas, para ser creíbles, tendrían que explicarnos de qué modo es compatible la democracia local con la colonización mercantil que vacía los lugares de encuentro y llena los centros comerciales, o de qué manera un Estado omnipresente del que se espera todo, protección y asistencia, auténtica máquina de producir el «bien» social, no hará el «mal» el día en que unas contradicciones explosivas exijan restablecer el orden. El fascismo es la adulación del monstruo estatal; el antifascismo es su apología más sutil. La lucha por un Estado democrático consolida inevitablemente al Estado, y en lugar de extirpar las raíces del totalitarismo, estrecha las garras que proyecta sobre la sociedad.

Roma, 1919-1922

Los países donde triunfó el fascismo histórico fueron los mismos en los que el asalto revolucionario posterior a la Primera Guerra Mundial desembocó en una serie de insurrecciones armadas. En Italia, una parte importante del proletariado se enfrentó directamente al fascismo con métodos y objetivos propios. Su lucha no tuvo nada de específicamente antifascista: luchar contra el capital obligó a los obreros y al PC (fundado en 1921, y dirigido en aquel entonces por Bordiga) a enfrentarse tanto a los Camisas Negras como a la policía de la democracia parlamentaria.[9]

La singularidad del fascismo consiste en dotar a la contrarrevolución de una base de masas y en imitar a la revolución. El fascismo vuelve el llamamiento a «transformar la guerra imperialista en guerra civil» contra el movimiento obrero, y se presenta como una reacción de ex combatientes desmovilizados que vuelven a una vida civil en la que no son nada, sin otro vínculo que la violencia colectiva, y dispuestos a destruir lo que consideran la causa de su desarraigo: alborotadores, subversivos, enemigos de la nación, etc. En julio de 1918, el periódico de Mussolini agregó al título de su *Il Popolo d'Italia* el slogan «Diario de los veteranos y de los productores».

Así, desde el comienzo, el fascismo se convirtió en fuerza auxiliar de la policía en las zonas rurales, reprimiendo al proletariado agrícola a balazos, pero desarrolló al mismo tiempo una frenética demagogia anticapitalista. En 1919 no representaba nada: en Milán, en las elecciones generales de noviembre, obtuvo cinco mil votos, frente a los ciento setenta mil de los socialistas. Eso no le impidió exigir la abolición de la monarquía, del Senado y de todos

9 Angelo Tasca, *El nacimiento del fascismo*, trad. Antonio Aponte e Ignacio Romero de Solís, Crítica (Barcelona, 2000). *La izquierda comunista italiana 1927-1945*, por Phillipe Bourrinet, CCI, 1998. M. Burnier, *FIAT: conseils ouvriers et syndicats*, Ed. Ouvrières (París, 1980).

los títulos nobiliarios, el voto para las mujeres, la confiscación de los bienes del clero, y la expropiación de los grandes industriales y terratenientes. Luchando contra el obrero en nombre del «productor», Mussolini exaltó la memoria de la Semana Roja de 1914 (durante la cual se produjo una oleada de disturbios, sobre todo en Ancona y Nápoles), y saludó el papel positivo de los sindicatos a la hora de vincular al obrero con la nación. El objetivo del fascismo era la restauración autoritaria del Estado, a fin de crear una nueva estructura estatal capaz (a diferencia de la democracia, prometía Mussolini), de defender tanto al obrero como al burgués, de limitar el poder del gran capital y de controlar la lógica mercantil que erosionaba los valores, los lazos sociales y el trabajo…

Tradicionalmente, la burguesía había negado la realidad de las contradicciones sociales; el fascismo, por el contrario, las proclamó con violencia, negando que existieran entre las clases, trasladándolas a la lucha entre naciones, y denunciando la suerte reservada a Italia como «nación proletaria». Mussolini fue arcaico en la medida en que ensalzó los valores tradicionales minados por el capital, y moderno en la medida en que afirmó los derechos de los trabajadores sobre la sociedad.

¿Quién venció a los proletarios? La represión fascista fue desencadenada *tras* una derrota proletaria cuyos principales artífices fueron la democracia y sus relevos, partidos y sindicatos, los únicos capaces de derrotar a los obreros mediante métodos a la vez directos e indirectos. Sería falso presentar la llegada al poder del fascismo como la culminación de combates callejeros en los que el fascismo habría vencido a los trabajadores. En Alemania, los proletarios habían sido aplastados once o doce años antes; en Italia fueron derrotados tanto por las urnas como por las armas.

En 1919, confederando a elementos preexistentes con otros elementos próximos a él, Mussolini fundó sus *fasci*. Contra las cachiporras y los revólveres, mientras que tanto Italia como Eu-

ropa explotaban, la democracia apeló… al voto, del que surgió una mayoría socialista y moderada.

«Lanzarse en 1919 a las grandes saturnales electorales significaba retirar todos los obstáculos del camino del fascismo, que, mientras las masas estaban anestesiadas por la espera de la gran prueba parlamentaria, iba quemando etapas. […] La victoria, la elección de ciento cincuenta diputados socialistas, se logró a costa del *reflujo* del movimiento insurreccional y de la huelga general política, así como de la pérdida de las propias conquistas obtenidas anteriormente», comentó Bordiga cuarenta años más tarde.

Durante las ocupaciones de fábrica de 1920, el Estado, guardándose de lanzar un asalto frontal, dejó que el proletariado se agotara, con el apoyo de la CGL (sindicato de mayoría socialista), que –cuando no las rompió abiertamente– recurrió a una política de desgaste contra las huelgas.

A continuación, patronos y sindicatos acordaron institucionalizar un «control obrero» supervisado por el Estado.

Tan pronto como aparecieron los *fasci*, la policía hizo la vista gorda cuando saquearon las Case di Popolo, o confiscó las armas de los obreros. Los tribunales hicieron gala de la mayor indulgencia ante los *fasci*, y el ejército toleró sus exacciones, cuando no les ayudó a cometerlas. Este apoyo abierto pero oficioso se hizo semioficial con la «circular Bonomi». Excluido en 1912 del PSI (por Mussolini, específicamente) por su apoyo a la guerra de Libia, en 1921-1922, Bonomi, tras haber desempeñado diversos puestos ministeriales, era jefe del gabinete. Su circular del 20 de octubre de 1921 envió a sesenta mil oficiales desmovilizados a asumir el mando de los grupos de asalto de Mussolini.

¿Qué hicieron los partidos? Los liberales, aliados con la derecha, no vacilaron en constituir un «bloque nacional», que incluía a los fascistas, para las elecciones de mayo de 1921. En junio-julio del mismo año, el PSI concluyó un «pacto de pacificación» to-

talmente vano frente a un adversario decidido a no cumplir con su palabra, a la vez que desorientaba un poco más a los obreros.

Hasta agosto de 1922, el fascismo apenas existía fuera de las regiones agrícolas, principalmente en el norte, donde erradicó cualquier rastro de sindicalismo autónomo de los obreros agrícolas. Si en 1919 los fascistas incendiaron la oficina central del diario socialista, no se arriesgaron a desempeñar el papel de rompehuelgas en 1920, y hasta apoyaron verbalmente las reivindicaciones obreras. En las áreas urbanas, los *fasci* raramente lograron imponerse. Su «Marcha sobre Rávena» (septiembre de 1921) fue fácilmente desbaratada. En noviembre de 1921, en Roma, una huelga general impidió la celebración de un congreso fascista. En mayo de 1922, los fascistas lo intentaron por segunda vez, y volvieron a fracasar.

El escenario varió poco. A un ataque fascista localizado le seguía una respuesta obrera eficaz, pero que cesaba (siguiendo los llamamientos a la moderación del movimiento obrero reformista) en cuanto disminuía la presión reaccionaria; los proletarios confiaron en los demócratas para contener a las bandas armadas. La amenaza se alejaba, se reagrupaba y se trasladaba a otra parte… hasta que acabó por hacerse creíble ante un Estado del que las masas esperaban la solución. Los proletarios no dudaron ni en procurarse armas ni en utilizarlas, transformando en campo atrincherado más de una Bolsa de Trabajo y más de una Casa di Popolo, pero discernían mejor al enemigo bajo la camisa negra del matón callejero que bajo la forma «normal» del policía o del militar revestido de una legalidad sancionada por la costumbre, la ley y el sufragio universal.

A principios de julio de 1922, la CGL, por una mayoría de dos terceras partes –frente al tercio minoritario comunista–, se declaró favorable a «cualquier gobierno que garantice el restablecimiento de las libertades fundamentales». Ese mismo mes, los fascistas multiplicaron sus tentativas de penetrar en las ciudades del norte…

El 1 de agosto, la Alianza del Trabajo, que incluía al sindicato de obreros del ferrocarril, la CGL y la anarquista USI [Unión Sindical Italiana], declaró una huelga general. A pesar de haber obtenido un gran éxito, la Alianza suspendió oficialmente la huelga el día 3. En numerosas ciudades, sin embargo, esta continuó en forma insurreccional, y finalmente fue contenida sólo por el esfuerzo combinado de la policía y los militares, apoyados por los cañones de la marina, reforzados, por supuesto, por fascistas.

¿Quién derrotó esta energía proletaria? La huelga general fue derrotada por el Estado y los *fasci*, pero también fue sofocada por la democracia, y su fracaso abrió la vía a la solución fascista a la crisis.

Apenas cabe hablar de un golpe de Estado; más bien se trató de una transmisión del poder con el acuerdo de las partes concernidas. La «Marcha sobre Roma» del Duce (que prefirió tomar el tren) fue menos una prueba de fuerza que una puesta en escena: los fascistas fingieron asaltar el Estado, éste fingió librar batalla, y Mussolini asumió el poder. Su ultimátum del 24 de octubre («¡Queremos convertirnos en el Estado!») no era una amenaza de guerra civil, sino el signo enviado a la clase dirigente de que en lo sucesivo el PNF [Partido Nacional Fascista] era la única fuerza capaz de restaurar la autoridad estatal y asegurar la unidad política del país. El ejército aún podría haber contenido a los grupos fascistas reunidos en Roma, mal equipados y notoriamente inferiores en el plano militar, y el Estado podría no haber cedido a la presión sediciosa. Sin embargo, la partida no se estaba disputando a nivel militar. Bajo la influencia de Badoglio, sobre todo, (jefe del Estado Mayor en 1919-1921) las autoridades legítimas cedieron. El rey se negó a proclamar el estado de emergencia, y el día 30 solicitó al Duce que formara un nuevo gobierno con participación de los liberales (esa misma gente con la que el antifascismo cuenta para cerrar el paso al fascismo). Con la excepción de los socialistas y comunistas, todos los partidos buscaron el acercamiento con el PNF y votaron a favor de Mussolini: el parlamento, en

el que sólo había 35 diputados fascistas, apoyó la investidura de Mussolini por 306 votos contra 116. El mismo Giolitti, el gran icono liberal de la época, reformador autoritario que había presidido varias veces el consejo de Estado antes de la guerra y que había vuelto a ser jefe de Estado en 1920-1921 –y en quien sigue siendo de buen tono ver retrospectivamente al único político capaz de oponerse a Mussolini– lo apoyó hasta 1924. El dictador no sólo recibió el poder de manos de la democracia, sino que ésta lo ratificó.

Frente a la tempestad que se estaba desatando (17.000 ferroviarios despedidos al poco tiempo, la prensa comunista saqueada y luego prohibida, centenares de detenciones que pronto fueron seguidas por miles), el PC había propuesto el 26 de octubre una huelga general, y la CGL respondió así:

> En el momento en que se exacerban las pasiones políticas y en que dos fuerzas ajenas a los sindicatos se disputan ásperamente el poder, la CGL considera su deber poner en guardia a los trabajadores frente a las especulaciones de partidos o agrupaciones políticas que pretenden arrastrar al proletariado a una lucha ante la que debe permanecer absolutamente ajeno para no comprometer su independencia.

Enfrentada a una reacción claramente política, la CGL se declaró apolítica y esperó a cambio una tolerancia mínima por parte del nuevo poder. El sueño duraría poco. En los meses siguientes, varios sindicatos, entre ellos los de los ferroviarios y los de los marineros, creyeron hábil declararse nacionales, no hostiles a la patria y, por consiguiente, al régimen, pero eso no los salvó de la represión.

Turín, 1943

Si la democracia italiana se entregó al fascismo casi sin luchar, este último engendró de nuevo a la democracia cuando dejó de corresponder al equilibrio de fuerzas sociales y políticas.

¿Cómo dominar a la clase obrera? Tanto en 1943, la cuestión central, igual que en 1919, era esa. En Italia, más aún que en otros países, el final de la Segunda Guerra Mundial puso de manifiesto la dimensión de clase de los conflictos entre Estados, que la lógica militar nunca explica de manera exclusiva. En octubre de 1942 estalló una huelga general en la FIAT. En marzo de 1943, una ola de huelgas recorrió Turín y Milán, y hubo tentativas de formar consejos. En 1943-1945 aparecieron grupos obreros, a veces independientes del PC, a veces declarándose «bordiguistas», a menudo antifascistas, rojos, y armados a la vez. El régimen ya no podía garantizar el equilibrio social, mientras que al mismo tiempo la alianza con Alemania se hacía insostenible ante el avance de los angloamericanos, que todo el mundo presentía iban a dominar Europa occidental. Cambiar de bando suponía aliarse con los futuros vencedores, pero también canalizar las revueltas obreras y a los grupos de partisanos hacia un objetivo patriótico con contenido social. El 10 de julio de 1943, los Aliados desembarcaron en Sicilia. El día 24, al encontrarse en minoría en el Gran Consejo Fascista por 17 votos frente a 19, Mussolini dimitió. Rara vez se ha inclinado un dictador ante la regla de la mayoría.

El mariscal Badoglio, que había sido dignatario del régimen desde su apoyo a la Marcha sobre Roma, deseoso de evitar, en sus propias palabras, que «el colapso del régimen se escore demasiado hacia la izquierda», formó un gobierno que seguía siendo fascista, pero que ya no incluía al Duce, y se dirigió a la oposición democrática. Ésta se negó a participar, y puso como condición previa la abdicación del rey. Tras un segundo gobierno de transición, Badoglio formó un tercero en abril de 1944, que incluía

al líder del Partido Comunista, Togliatti. Bajo la presión de los Aliados y del PC, los demócratas aceptaron mantener al rey (la República sería proclamada por referéndum en 1946). Sin embargo, Badoglio evocaba demasiados malos recuerdos. En junio, Ivanoe Bonomi, el que trece años antes había enviado la circular que ordenaba a los oficiales ponerse al frente de los *fasci*, formó el primer ministerio que excluía ahora a los fascistas. Este ex socialista, ex belicista, ex ministro y ex diputado del «bloque nacional» (fascistas incluidos), ex jefe del Estado entre julio de 1921 y febrero de 1922, y uno de los artífices de la transmisión del poder a Mussolini, encabezó un gobierno antifascista. Finalmente, la situación fue canalizada hacia una fórmula tripartita (PC+PS+Democracia Cristiana), que dominó tanto en Italia como en Francia durante los primeros años de la posguerra.

Estos cambalaches entre un personal político a menudo idéntico, sangriento baile de marionetas tras el cual la democracia se metamorfoseaba en dictadura y viceversa en función de las fases de equilibrio y desequilibrio en los conflictos de clases y de naciones, desencadenaron una sucesión y recombinación de formas políticas destinadas al mantenimiento del mismo Estado, garante del mismo contenido. Nadie estaría más calificado para decirlo que el PC español, cuando declaró, ya fuera de manera cínica o ingenua, durante la transición del franquismo a la monarquía democrática a mediados de los años setenta:

> La sociedad española quiere que todo se transforme de manera que el funcionamiento normal del Estado quede asegurado, sin sobresaltos ni convulsiones sociales. La continuidad del Estado exige la discontinuidad del Régimen.[10]

10 Citado por *Le Prolétaire*, n° 206.

Volksgemeinschaft versus *Gemeinwesen*

La contrarrevolución triunfa inevitablemente en el terreno de la revolución. A través de su «comunidad del pueblo», el nacionalsocialismo aseguró haber eliminado el parlamentarismo y la democracia burguesa contra los que el proletariado se rebeló después de 1917. No obstante, la revolución conservadora también se apoderó de viejas tendencias anticapitalistas (la vuelta a la naturaleza, la huida de las ciudades…) que los partidos obreros, incluso los extremistas, habían negado o desestimado por su incapacidad de integrar la dimensión aclasista y comunitaria del proletariado, por su incapacidad para criticar la economía, así como de imaginar el mundo futuro sino como una mera prolongación de la gran industria. Durante la primera mitad del siglo XIX, estos temas habían figurado en el corazón del movimiento socialista, antes de ser abandonados por el «marxismo» en nombre del progreso y la ciencia, y sólo sobrevivieron en el anarquismo o entre las sectas.[11]

Volksgemeinschaft versus *Gemeinwesen*, comunidad del pueblo o comunidad humana… 1933 no fue la derrota, sólo su consumación. El nazismo apareció para desactivar, resolver y cerrar una crisis social tan profunda que seguimos sin apreciar plenamente su magnitud. En Alemania, la cuna de la socialdemocracia más grande del mundo, también se vivió el movimiento radicalmente antiparlamentario y antisindical más poderoso, que aspiraba a un «mundo obrero» pero que también se mostró muy capaz de atraer a muchas otras protestas antiburguesas y anticapitalistas. La presencia de artistas de vanguardia en las filas de la «izquierda radical alemana» no fue ningún accidente. Fue un signo del enjuiciamiento del capital como «civilización» en el sentido en que la

11 Sobre la «revolución conservadora» aparecen muchos elementos en «Pensée, révolution, réaction et catastrophes», prólogo en cuatro partes a los «Textes du mouvement ouvrier révolutionnaire», *Invariance*, mayo, junio, septiembre y octubre de 1969.

criticó Fourier. La pérdida de la comunidad, el individualismo y el gregarismo, la miseria sexual, la familia desarticulada y al mismo tiempo convertida en refugio, el alejamiento de la naturaleza, la alimentación industrializada, una artificialidad cada vez mayor, la «protetización» del hombre, la carrera contra el tiempo, unas relaciones cada vez más mediadas por el dinero y la técnica… todas estas alienaciones fueron sometidas a la prueba de fuego de una crítica confusa y multiforme, de la que sólo una mirada superficial a posteriori no ve más que su inevitable recuperación.

La contrarrevolución sólo triunfó sobre este movimiento en los años veinte, al inaugurar, en Alemania y en Estados Unidos, los inicios de una sociedad de consumo y del fordismo, y conduciendo hacia la modernidad industrial y mercantil a millones de alemanes, obreros incluidos. Diez años de frágil reinado, como demuestra la demencial hiperinflación de 1923, seguidos por el formidable descalabro de 1929: ya no fue el proletariado sino la práctica capitalista la que renegó de una ideología del *progreso* que ofrecía a todo el mundo un consumo de objetos y signos cada vez mayor.

El extremismo nazi, y el aluvión de violencia que desencadenó, estuvieron a la medida de la profundidad del movimiento revolucionario que tuvo que afrontar y negar, y de esta doble impugnación de la modernidad capitalista, con diez años de intervalo, primero por parte de los proletarios, y luego por el capital. Al igual que los radicales de 1919-1921, el nazismo propuso una comunidad de asalariados, pero autoritaria, cerrada, nacional, y racial, y durante doce años logró transformar a los proletarios en asalariados y en soldados.

El fascismo es hijo de un capitalismo que arruinó las viejas relaciones sin poder reemplazarlas por las que corresponden a la comunidad mercantil. Por más que Hitler dijera tomar prestado de épocas anteriores, no por ello fue menos producto de las contradicciones del mundo moderno.

Berlín, 1919-1933

La dictadura siempre llega tras la derrota de los movimientos sociales, una vez anestesiados y masacrados por la democracia, los partidos de izquierda y los sindicatos. En Italia, varios meses separaron los últimos fracasos del proletariado del nombramiento del líder fascista como jefe del Estado. En Alemania, un intervalo de una docena de años rompió la continuidad e hizo que el 30 de enero de 1933 se presentara como un fenómeno político, ideológico o económico (el contragolpe de la crisis de 1929), no como el efecto de una conmoción social previa. La base popular del nacionalsocialismo y la energía homicida que desencadenó siguen siendo un misterio si se ignora la cuestión del trabajo asalariado y del lugar que ocupa en la sociedad, tanto en lo que se refiere a sus revueltas como a su sumisión, voluntaria o forzosa.

La derrota alemana de 1918 y la caída del Imperio pusieron en marcha un asalto proletario lo bastante fuerte para conmocionar la sociedad, pero impotente para revolucionarla, y que convirtió a la socialdemocracia y a los sindicatos en la clave de bóveda del equilibrio político. Sus líderes, hombres de orden, no tuvieron ningún empacho en recurrir a los *Freikorps*, agrupaciones totalmente fascistas que contaban con muchos futuros nazis en sus filas, para reprimir a una minoría obrera radical en nombre de los intereses de la mayoría reformista. Derrotados por las reglas de la democracia burguesa, los comunistas también fueron derrotados por la democracia obrera: los «consejos de fábrica» otorgaron su confianza a las organizaciones tradicionales, no a revolucionarios a los que resultaba fácil denunciar como antidemocráticos.

La democracia y la socialdemocracia fueron imprescindibles para que el capitalismo alemán pudiera encuadrar a los obreros,

liquidar el espíritu de rebelión en las urnas, arrancar una serie de reformas a los patronos, y dispersar a los revolucionarios.[12]

Después de 1929, en cambio, el capitalismo necesitaba concentrarse, eliminar a una parte de las clases medias, disciplinar a los proletarios e incluso a la burguesía. El movimiento obrero, que defendía el pluralismo político y los intereses inmediatos obreros de los trabajadores, se había convertido en un obstáculo. En tanto mediadores entre el capital y el trabajo, las organizaciones obreras deben su función tanto a uno como al otro, pero también pretenden conservar su autonomía respecto de ambos, así como en relación al Estado. La socialdemocracia sólo tiene sentido al lado de los patrones y del Estado, no como una fuerza absorbida por ellos. Tiene por vocación la gestión de una inmensa red política, municipal, social, mutualista y cultural, junto con todo lo que hoy se denomina «asociativo». El KPD, por lo demás, había constituido rápidamente su propia red, menor pero igualmente extensa. No obstante, el capital, cada vez más organizado, tiende a congregar todos sus hilos, introduciendo un elemento estatista en la empresa, un elemento burgués en la burocracia sindical, y un elemento social en la administración. El peso del reformismo obrero, presente incluso en el seno del Estado, y su existencia como «contra-sociedad», lo convierten en un factor de conservación social y de maltusianismo, que el capital en crisis tiene que eliminar. Gracias a su defensa del trabajo asalariado en tanto componente del capital, el SPD y los sindicatos desempeñaron una función anticomunista indispensable en 1918-1921, pero esta misma razón los condujo más tarde a anteponer el interés de los

12 D. Authier, J. Barrot [G. Dauvé], *La izquierda comunista en Alemania: 1918-1921*, Zero-zyx (Madrid, 1978). [Disponible en la biblioteca virtual de la revista *Cuadernos de Negación*]. Sobre el antisemitismo en el SPD, Abraham J. Berlau, *The German Social-Democratic Party*, *1914-21*, Columbia University Press (Nueva York, 1949). En *(Dis) Continuité*, nº 7, 1999, aparece reproducido un pasaje.

asalariados a todo lo demás, en detrimento de la reorganización de conjunto del capital.

Un Estado burgués estable habría tratado de resolver este problema mediante una legislación antisindical, una reducción de las «fortalezas obreras», así como azuzando a las clases medias contra los proletarios en nombre de la modernidad frente al arcaísmo, como hizo la Inglaterra de Thatcher mucho más tarde. Pero una ofensiva semejante presupone a su vez que el capital se encuentra relativamente unido en torno a unas pocas fracciones dominantes. La burguesía alemana de 1930 estaba profundamente dividida, las clases medias estaban colapsadas, y el Estado-nación estaba desgarrado.

Sea mediante la negociación o la fuerza, la democracia moderna representa y reconcilia –en la medida de lo posible– los intereses antagónicos. En democracia, las interminables crisis parlamentarias y los complots, verdaderos o imaginados (de los que Alemania fue escenario tras la caída del último canciller socialista en 1930), son el signo invariable de una desunión duradera de los círculos dirigentes. A principios de los años treinta, frente a la crisis, la burguesía se debatía entre estrategias sociales y geopolíticas irreconciliables: o integración intensificada o eliminación del movimiento obrero; o comercio internacional «pacífico» o una autarquía que pusiera los cimientos de una expansión militar. La solución no tenía necesariamente que pasar por Hitler, pero sí presuponía en todo caso una concentración de fuerza y violencia en manos del poder central. Una vez agotado el compromiso centrista-reformista, la única opción que quedaba era la estatista, proteccionista y represiva.

Un programa semejante requería el violento desmantelamiento de la socialdemocracia, que al domesticar a los obreros había llegado a ejercer una influencia excesiva, sin ser por ello capaz de unificar a toda Alemania detrás de sí. Esta fue tarea del nazismo, que logró apelar a todas las clases, desde los desempleados a los

capitanes de industria, a través de una demagogia que superaba incluso a la de los políticos burgueses, y un antisemitismo cuya intención era construir cohesión mediante la exclusión.

¿Cómo podrían los partidos de la clase obrera haber obstaculizado semejante locura xenófoba y racista, después de haber sido tan a menudo los compañeros de viaje del nacionalismo? Para el SPD, este papel había estado claro desde principios de siglo, se hizo obvio en 1914, y fue firmado con sangre en el pacto de 1919 con los *Freikorps*, quienes salieron de un molde bélico vecino al de sus contemporáneos, los *fasci*. En cuanto al racismo, no era raro que un periodista del SPD, un dirigente sindical o incluso la prestigiosa revista teórica *Die Neue Zeit* la emprendiera contra los judíos «extranjeros» (polacos o rusos). En marzo de 1920, la policía berlinesa, bajo control socialista en aquel entonces, detuvo a un millar de personas en el barrio judío y las encerró en un campo antes de acabar liberándolas. ¿Cómo iba la socialdemocracia alemana a escapar a las obsesiones y a las fobias del *Volk* al que consideraba su deber pertenecer?

El KPD, por su parte, no había vacilado en aliarse con los nacionalistas contra la ocupación francesa del Ruhr en 1923. Según Radek, «sólo la clase obrera podía salvar a la nación». Thalheimer, dirigente del KPD, no ocultaba que el partido debía combatir al lado de una burguesía que desempeñaba «un papel objetivamente revolucionario por su política exterior». Zinóviev no dijo otra cosa durante la sesión del Ejecutivo Ampliado de la IC, en junio de 1923:[13]

> La cuestión nacional también es la cuestión crucial de la política alemana. Nuestro partido puede decir con todo derecho que, pese a que no reconozcamos a la patria burguesa, somos

13 Citas extraídas del informe publicado en *Bulletin Communiste*, 28 de junio de 1923.

> nosotros quienes defendemos en Alemania el futuro del país y de la nación. Nuestros camaradas lo han reconocido sin atreverse a llevar a cabo una campaña práctica.

Y en la misma reunión Radek dijo:

> En Inglaterra, plantear la cuestión nacional, es decir, hacer comprender al proletariado que él ha de ser el Partido de la Nación, no es más que una fórmula propagandística para alcanzar el objetivo final. No es lo mismo en Alemania. Es significativo que un periódico nacionalsocialista se alce violentamente contra las sospechas de las que son objeto los comunistas: eso los señala como un partido combativo que se vuelve cada vez más nacional-bolchevique. En 1920, el nacionalbolchevismo representaba una tentativa a favor de determinados generales; en la actualidad, traduce el sentimiento unánime de que la salvación está en manos del PC. Sólo nosotros somos capaces de encontrar una salida a la situación actual de Alemania. Tanto en Alemania como en las colonias, poner a la nación en primer plano, es obrar de manera revolucionaria.

Una decena de años estalinistas después, el KPD llamaba a una «revolución nacional y social», denunciaba al nazismo como «traidor a la nación» e hizo tanto uso del eslogan de «revolución nacional» que en 1931 le inspiró a Trotsky un panfleto titulado «¡Contra el comunismo nacional!». Por desgracia para los militantes del KPD, en materia de demagogia nacional los nazis eran imbatibles.

En enero de 1933, la suerte estaba echada. Nadie puede negar que la República de Weimar se entregara voluntariamente a Hitler. Tanto la derecha como el centro habían coincidido en verlo como una solución viable para sacar al país de su *impasse*, o como un mal menor temporal. El «gran capital», reticente ante cualquier agitación incontrolable, no había sido, hasta el momento, más

generoso con el NSDAP [Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán] que con las otras formaciones derechistas y nacionalistas. Sólo en 1932 Schacht, un consejero íntimo de la burguesía, convenció a los círculos empresariales para que apoyaran a Hitler (quien acababa de sufrir, además, una ligera disminución de su apoyo electoral) porque vio en Hitler a una fuerza capaz de unificar el Estado y la sociedad. El hecho de que la gran burguesía ni previó, ni menos aún apreció lo que apoyó entonces, lo que condujo a la guerra y luego a la derrota, es otra cuestión, y de cualquier modo su presencia no se notó en la resistencia clandestina al régimen.

El 30 de enero de 1933, Hitler fue designado canciller, con total legalidad, por Hindenburg, quien había sido elegido constitucionalmente como presidente un año antes con el apoyo de los socialistas, que vieron en él un muro contra… Hitler. En el primer gobierno formado por el líder del NSDAP los nazis eran una minoría.

En las semanas siguientes, cayeron las máscaras: los militantes obreros fueron perseguidos, sus locales fueron saqueados y se impuso un régimen de terror. En las elecciones de marzo de 1933, que tuvieron lugar con un telón de fondo de violencia tanto por parte de las SA [secciones de asalto] y de la policía, doscientos ochenta y ocho diputados del NSDAP fueron enviados al Reichstag (mientras el KPD todavía retenía ochenta y el SPD ciento veinte).

Los ingenuos se sorprenden ante la docilidad con la que el aparato represivo se pone servilmente al servicio los dictadores; como siempre en casos semejantes, del policía de barrio al director del ministerio, la maquinaria estatal no hace otra cosa que obedecer a las autoridades que la dirigen. ¿Acaso los nuevos líderes no gozaban de plena legitimidad? ¿Acaso eminentes juristas no redactaron sus decretos en conformidad con las leyes máximas del país? En un «Estado democrático» –y Weimar lo era– si hay conflicto entre los dos componentes del binomio, no es la democracia la que ganará. En un «Estado de derecho» –y Weimar también lo era– si

hay una contradicción, es la ley la que debe plegarse para servir al Estado, y nunca al revés.

¿Durante estos pocos meses, qué hicieron los demócratas? Los que estaban a la derecha aceptaron la nueva administración. El Zentrum, el partido católico del centro, que incluso había visto aumentar su apoyo en las elecciones de marzo de 1933, votó darle cuatro años de plenos poderes extraordinarios a Hitler, poderes que se convirtieron en la base legal de la futura dictadura. El Zentrum se autodisolvió en julio.

Los socialistas, por su parte, intentaron evitar el destino del KPD, que había sido prohibido el 28 de febrero a raíz del incendio del Reichstag. El 30 de marzo de 1933, para demostrar su carácter nacional alemán, abandonaron la Segunda Internacional. El 17 de mayo, su grupo parlamentario votó a favor de la política exterior de Hitler. Aun así, el 22 de junio, el SPD fue disuelto en calidad de «enemigo del pueblo y del Estado».

En 1932, los sindicatos siguieron los pasos de la CGL italiana, y depositaron sus esperanzas en salvar lo que pudieran insistiendo en su apoliticismo. Sus líderes proclamaron su independencia de todos los partidos y su indiferencia ante la forma del Estado. Esto no les impidió intentar un acuerdo con Schleicher, canciller entre noviembre de 1932 y enero de 1933, que buscaba una base de poder y una demagogia obrerista con cierta credibilidad. En cuanto los nazis formaron gobierno, los líderes sindicales se convencieron a sí mismos de que si reconocían al nacionalsocialismo, el régimen les dejaría algún pequeño espacio. Esta estrategia culminó en el irrisorio desfile de los sindicalistas bajo la esvástica el 1 de mayo de 1933, que había sido rebautizado como «Fiesta del Trabajo Alemán». De nada les sirvió. En los días siguientes, los nazis liquidaron a los sindicatos y detuvieron a sus militantes…

Formada para encuadrar a las masas y negociar en su nombre, o reprimirlas, la burocracia obrera no entendió que los tiempos habían cambiado. Multiplicar los signos de fidelidad no le sir-

vió de nada. No se le reprochaba que injuriase a la patria, sino a la caja fuerte de las clases poseedoras. No era su internacionalismo verbal anterior a 1914 lo que molestaba a la burguesía, sino la existencia de un sindicalismo sumiso, pero todavía independiente, en una era en la que el capital ya no toleraba ninguna otra comunidad salvo la suya, y en la que incluso un órgano de colaboración de clases era superfluo si no estaba completamente controlado por el Estado.

Barcelona 1936

En Italia y en Alemania, el fascismo llegó al poder por medios legales. La democracia capituló ante la dictadura, o peor aún, le dio la bienvenida con los brazos abiertos. Pero ¿y España? Lejos de ser la excepción representada por una acción resuelta, pero sin embargo derrotada, España fue el caso extremo de la confrontación armada entre la democracia y el fascismo sin que la naturaleza de la lucha cambiase; opuso a dos formas de desarrollo capitalista, dos formas políticas del Estado capitalista, dos estructuras estatales que se disputaban la legitimidad en el mismo país.

«¡Objeción!», exclama aquí el antifascista: «¿Así que, en vuestra opinión, Franco y una milicia obrera son lo mismo? ¡¿Los grandes terratenientes y los campesinos empobrecidos que colectivizan la tierra vendrían a ser dos bandos de idéntica naturaleza?!»

En primer lugar, sólo hubo confrontación porque los obreros se levantaron contra el fascismo. Todo el poder y todas las contradicciones y toda la complejidad del movimiento se manifestaron en sus primeras semanas de vida: una indiscutible guerra de clase se transformó en una guerra civil capitalista en la que los proletarios de ambos bandos murieron por estructuras estatales capitalistas rivales (aunque no hubiera, por supuesto, ningún acuerdo pre-

vio explícito, ni reparto de papeles según la cual las dos facciones burguesas teledirigieran a las masas).[14]

La historia de una sociedad dividida en clases gira en torno a la necesidad de unir a esas clases. Cuando, como sucedió en España, una explosión popular se combina con el desgarramiento de las capas dirigentes, la crisis social adopta la forma de una crisis del Estado. Tanto Mussolini como Hitler triunfaron en países recientemente unificados con estructuras nacionales débiles y poderosas corrientes regionalistas. En España, desde el Renacimiento hasta la época contemporánea, el Estado fue la punta de lanza colonial de una sociedad comercial que enseguida arruinó, al paralizar una de las condiciones previas de la expansión industrial: una reforma agraria. De hecho, la industrialización tuvo que abrirse camino mediante los monopolios, la malversación de fondos públicos y el parasitismo.

Carecemos de espacio aquí para hacer un resumen del siglo XIX y la interconexión de innumerables reformas y callejones sin salida liberales, disputas dinásticas, las guerras carlistas, la sucesión tragicómica de regímenes y partidos después de la Primera Guerra Mundial, así como del ciclo de insurrecciones y represiones que siguió a la proclamación de la República en 1931. En el trasfon-

14 Además del volumen agotado de UGE - 10/18, numerosos artículos de *Bilan* aparecieron en la *Revista Internacional* de la CCI y en *Invariance*, que también ha publicado una recopilación de textos de O. Perrone, uno de los animadores de *Bilan*. Sobre España, véanse Gerald Brenan, *El laberinto español*, Ruedo Ibérico, trad. José Cano Ruiz (París, 1962); Vernon Richards, *Lecciones de la revolución española*, Campo Abierto Ediciones, S. A. (Madrid, 1977); Broué, *Staline et la Révolution*. *Le cas espagnol*, Fayard, e *Histoire de l'I.C.*, Fayard. (Para Broué, el defecto del antifascismo reside en haber sido pervertido por el estalinismo). Véase también *Chazé, Chroniques de la révolution espagnole*, Spartacus (artículos de la Union Communiste, 1933-39, grupo que estaba en desacuerdo tanto con el trotskismo como con *Bilan*), y M. Seidman, *Los obreros contra el trabajo*, Pepitas de calabaza (Logroño, 2014). Todas nuestras citas de la «izquierda holandesa» han sido extraídas del estudio de Ph. Bourrinet publicado por la CCI.

do de todos estos sobresaltos estaba la debilidad de una burguesía ascendente atrapada entre su rivalidad con la oligarquía terrateniente y la necesidad imperiosa de contener las rebeliones obreras y campesinas. En 1936, la cuestión agraria no había sido resuelta; a diferencia de Francia después de 1789, la venta de los bienes del clero español, impuesta a mediados del siglo XIX, terminó reforzando a una burguesía latifundista. Incluso en los años posteriores a 1931, el Instituto para la Reforma Agraria sólo utilizó un tercio de los fondos a su disposición para adquirir grandes extensiones de tierra. La conflagración de 1936-1939 nunca habría alcanzado tal intensidad *política*, llegando hasta el extremo de hacer estallar el Estado en dos facciones opuestas por una guerra civil durante tres años, sin el terremoto que había estado acumulándose en las profundidades *sociales* durante un siglo.

Semejante desunión permanente impedía la alternancia entre dos partidos de la Conservación y de la Reforma (como en Inglaterra), o la fuerza estabilizadora de una formación que estuviera en el centro de gravedad política (como el partido radical francés bajo la IIIª República). Antes de julio de 1936, en una España en la que los obreros agrícolas no dudaban en ocupar las tierras ni las masas en liberar a la fuerza a alrededor de treinta mil presos políticos, la socialdemocracia adoptó inevitablemente una faz más extremista. Como dijo un jefe socialista: «En nuestro país, las posibilidades de estabilizar una república democrática disminuyen de un día para otro. Las elecciones no son más que una forma de guerra civil.» (Digamos más bien: una forma de control de la misma).

En el verano de 1936, después de dar a los militares rebeldes todas las posibilidades de prepararse, el Frente Popular elegido en febrero estaba listo para negociar y quizás hasta para rendirse. Los políticos habrían hecho las paces con los rebeldes, como habían hecho durante la dictadura de Primo de Rivera (1923-1931), que fue apoyada por eminentes socialistas (Caballero lo había servido como consejero técnico, antes de convertirse en ministro de

trabajo en 1931, y luego en cabeza del gobierno republicano desde septiembre de 1936 a mayo de 1937). Además, el general que había obedecido órdenes republicanas dos años antes y aplastado la insurrección de Asturias –Franco– no podía ser tan malo.

Pero el proletariado se levantó, hizo fracasar el golpe de Estado en medio país, y se aferró a sus armas. Actuando de tal forma, los obreros obviamente luchaban contra el fascismo, pero no actuaban como antifascistas porque sus acciones se dirigieron tanto contra Franco como contra un Estado democrático más preocupado por la iniciativa obrera que por la rebelión militar. Antes de que el hecho consumado del armamento popular fuera aceptado se sucedieron tres primeros ministros en veinticuatro horas.

Una vez más, el desarrollo de la insurrección demostró que el problema de la violencia jamás es principalmente técnico. La victoria no pertenece al bando con la ventaja en materia de armamento (los militares) o en número (el pueblo), sino al que se atreve a tomar la iniciativa. Donde los obreros confiaron en el Estado, éste se mantuvo pasivo o les hizo falsas promesas, como sucedió en Zaragoza. Cuando su respuesta fue viva (como en Málaga), los obreros triunfaron; cuando careció de vigor, fue ahogada en sangre (veinte mil asesinados en Sevilla).

La Guerra Civil Española comenzó como una auténtica insurrección, pero esta caracterización es incompleta. Sólo define el momento inicial de la lucha. Tras derrotar a la reacción en un gran número de ciudades, los obreros tenían el poder. ¿Pero qué iban a hacer con él? ¿Debían devolverlo al Estado republicano, o debían servirse de él para ir más lejos?

El Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña, creado inmediatamente después de la insurrección, incluyó a delegados de la CNT, la FAI, la UGT, el POUM, el PSUC[15] (producto de la

15 CNT (Confederación Nacional del Trabajo), FAI (Federación Anarquista Ibérica), UGT (Unión General de Trabajadores), POUM (Partido Obrero

fusión reciente del PC y el PS en Cataluña), y cuatro representantes de la Generalitat, el gobierno regional catalán. Como un verdadero puente entre el movimiento obrero y el Estado y, además, vinculado si no integrado en el Ministerio de Defensa de la Generalitat por la presencia en su seno del consejero de defensa de esta última, el comisario del orden público, etc., el Comité Central de Milicias no tardó en disolverse.

Por supuesto, al renunciar a su autonomía, la mayoría de los proletarios creyeron que sólo habían entregado una fachada de autoridad a una clase política de la que desconfiaban, y a la que podrían controlar y orientar en una dirección favorable. ¿Acaso no estaban armados?

Fue un error fatal. La cuestión no es quién tiene las armas, sino qué es lo que hacen con ellas los que las tienen. Diez mil o cien mil proletarios armados hasta los dientes no son nada si depositan su confianza en otra cosa que no su propio poder para cambiar el mundo. De otra manera, el día siguiente, el próximo mes o el próximo año, el poder cuya autoridad reconocen les quitará las armas que no utilizaron *en su contra*.

> La lucha en España entre el «gobierno legal» y el «bando insurgente» no es en modo alguno una lucha de ideales, sino una lucha de determinados grupos capitalistas que se han asentado en la república burguesa contra otros grupos capitalistas […] Este gabinete español no es, en principio, diferente del régimen de perro sangriento de Lerroux, que en 1934 hizo masacrar a miles de proletarios españoles […] ¡En este momento los trabajadores españoles están oprimidos con las armas en la mano![16]

de Unificación Marxista), PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña). [N. del e.]

16 *Proletariër*, publicado por el grupo consejista de La Haya, 27 de julio de 1936.

Los insurrectos no se enfrentaron al gobierno legal, es decir al Estado existente, y todas sus acciones ulteriores se produjeron bajo sus auspicios. «Se trataba de una revolución que había comenzado, pero que nunca se había consolidado», como escribió Orwell. Este es el quid de la cuestión que determinó tanto el destino de una lucha armada contra Franco cada vez más condenada al fracaso como el agotamiento y la destrucción violenta *por parte de ambos bandos* de las colectivizaciones y socializaciones. Después del verano de 1936, el verdadero poder lo ejercía en España el Estado y no las organizaciones, los sindicatos, las colectividades, los comités, etc. En Cataluña, incluso aunque Nin, el líder del POUM, fuera consejero del Ministerio de Justicia, «el POUM no pudo en ninguna parte ejercer influencia sobre la policía», como admitió un defensor de dicho partido.[17] Por mucho que las milicias obreras constituyeran el grueso del ejército republicano, y pagaran un alto precio en combate, no tuvieron ningún peso en las decisiones del alto mando militar, que paulatinamente las integró en unidades regulares (proceso que se completó a comienzos de 1937), y que prefirió reducirlas antes que tolerar su autonomía. En cuanto a la poderosa CNT, tuvo que ceder ante un PC muy débil antes de julio de 1936 (catorce diputados elegidos por el Frente Popular en febrero de 1936, frente a ochenta y cinco socialistas), pero que supo fusionarse con una parte del aparato estatal y extraer de ahí la fuerza que utilizó cada vez más contra los radicales, y en particular contra los militantes de la CNT. ¿Quién era el amo? Y la respuesta fue: el Estado sabe hacer un uso brutal de su poder cuando hace falta.

Si la burguesía republicana y los estalinistas perdieron un tiempo precioso desmantelando las comunas campesinas, desarmando a las milicias del POUM, y persiguiendo a «saboteadores» trotskis-

17 V. Alba, *Història del P.O.U.M.* (Volumen 2 de *Marxisme a Catalunya, 1919-1939*), Editorial Pòrtic (Barcelona, 1974).

tas y otros «cómplices de Hitler» en el mismo momento en que se suponía que el antifascismo supuestamente había puesto todas sus fuerzas en el asador de la lucha contra Franco, no lo hicieron por algún error suicida. Para el Estado y para el PC –que se iba convirtiendo en la columna vertebral del Estado a través de los militares y la policía– estas operaciones no eran una pérdida de tiempo. Se atribuye esta frase al jefe del PSUC: «Antes de tomar Zaragoza, tenemos que tomar Barcelona.» Su objetivo principal nunca había sido aplastar a Franco, sino mantener el control sobre las masas, porque esa es la función de un Estado. Barcelona fue arrebatada a los proletarios. Zaragoza permaneció en las manos de los franquistas.

Barcelona, mayo de 1937

La policía intentó ocupar la Central Telefónica, que estaba bajo el control de obreros anarquistas (y socialistas). En la metrópoli catalana, corazón y símbolo de la revolución, las autoridades legales no se detuvieron ante nada a la hora de desarmar todo lo que quedara de vivo, espontáneo y antiburgués. La policía local, además, estaba en manos del PSUC. Enfrentados a un poder abiertamente hostil, los proletarios finalmente entendieron que este poder no era el suyo, que le habían regalado su insurrección diez meses antes, y que ahora su insurrección había sido vuelta contra ellos. Como reacción a la intentona del Estado, una huelga general paralizó Barcelona. Era demasiado tarde. La capacidad de levantarse contra el Estado (esta vez en su forma democrática) seguía ahí, pero no la de llevar su lucha hasta el punto de ruptura.

Como siempre, lo «social» primó sobre lo militar. La autoridad legal no se impuso mediante batallas callejeras. Luego de unas pocas horas, en vez de una guerra de guerrillas urbana, se estableció una guerra de posición, una confrontación de edificios contra

edificios. Se trataba de una tregua defensiva en la que nadie podía ganar porque nadie atacaba. Con su ofensiva atascada, la policía no arriesgaría sus fuerzas en ataques contra los edificios en los que estaban atrincherados los anarquistas. En resumidas cuentas, el PC y el Estado tenían el centro de la ciudad, mientras que la CNT y el POUM controlaban los barrios populares. El statu quo terminó resolviéndose por medios políticos. Las masas depositaron su confianza en las dos organizaciones atacadas, mientras éstas, temerosas de alienarse del Estado, consiguieron (aunque no sin dificultad) que se reanudara el trabajo, minando así a la única fuerza capaz de salvarlas política y «físicamente». Tan pronto como la huelga se dio por finalizada, sabiendo que de aquí en adelante controlaba la situación, el gobierno trajo de Valencia a seis mil Guardias de Asalto, la élite de la policía. Al aceptar la mediación de las «organizaciones representativas» y los consejos de moderación por parte del POUM y la CNT, los mismos que habían derrotado a los militares fascistas en julio de 1936 se rindieron sin luchar a la policía republicana en mayo de 1937.

En aquel momento, la represión podía comenzar. Sólo unas semanas fueron necesarias para proscribir al POUM, detener a sus líderes, asesinarlos legalmente o por otros medios, y hacer desaparecer a Nin. Se estableció una policía paralela en locales secretos, organizada por el NKVD [Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos de la URSS] y el aparato clandestino de la Internacional Comunista, que sólo respondía ante Moscú. De entonces en adelante, cualquiera que mostrara la más leve oposición al Estado republicano y a su aliado principal, la URSS, fue denunciado y perseguido como «fascista», y de un continente a otro, un ejército de almas bien intencionadas repetía la calumnia, unos por ignorancia, otros en función de sus intereses, pero todos ellos estaban convencidos de que ninguna denuncia podía ser demasiado excesiva cuando el fascismo atacaba. La furia desencadenada contra el POUM no fue ninguna aberración. Al oponerse a los procesos de

Moscú, el POUM se condenó a ser destruido por un estalinismo enzarzado en una despiadada lucha mundial contra sus rivales por el control de las masas. En esa época, la mayoría de los partidos, los comentaristas y hasta la Liga de los Derechos del Hombre salieron a ratificar la culpabilidad de los acusados. Sesenta años más tarde, la versión oficial es la de denunciar estos procesos y considerarlos como un signo de la obsesión del Kremlin por el poder. ¡Como si los delitos estalinistas no tuvieran nada que ver con el antifascismo! La lógica antifascista siempre será la de alinearse con las fuerzas más moderadas *y* luchar contra las más radicales. La acción antifascista nunca se olvida de combatir el fascismo llamado de izquierda, o sea, según las épocas, trotskista, anarquista, izquierdista, de ultraizquierda, en pocas palabras, todo lo que moleste a la izquierda oficial.

En el plano puramente político, mayo de 1937 engendró lo que, unos meses antes, habría sido impensable, un socialista aún más a la derecha que Caballero: Negrín, que encabezó un gobierno que se declaró abiertamente «de orden», lo que incluía la represión antiobrera. Con toda claridad, Orwell –que casi se dejó la vida en estos acontecimientos– comprendió que la guerra «por la democracia» había terminado. Quedaron frente a frente dos fascismos, con la diferencia de que uno era menos inhumano que su rival.[18] Sin embargo, Orwell no renunció a la necesidad de evitar «el fascismo más abierto y más desarrollado de Franco y de Hitler». Ya no se trataba sino de luchar por un fascismo menos malo que el otro…

18 *Homenaje a Cataluña*, abril de 1938. En 1951 había vendido menos de mil quinientos ejemplares. Fue traducido por primera vez (al francés) en 1948, y publicado en los Estados Unidos al año siguiente.

La guerra devora a la revolución[19]

El poder no sale más del cañón de un arma que de una urna. Ninguna revolución es pacífica, pero la dimensión militar no es central. La cuestión no es si los proletarios finalmente deciden saquear las armerías, sino si ponen en práctica lo que son: seres mercantilizados que ya no pueden y ya no quieren existir como mercancías, y cuya rebelión hace estallar la lógica del capitalismo. Las barricadas y las ametralladoras surgen de este «arma». Cuanto mayor sea la vitalidad social, menor será el uso efectivo de las armas y el número de muertos. Una revolución comunista jamás se parecerá a una matanza: no porque sea por principio no violenta, sino porque no será una revolución si no subvierte y destruye al ejército profesional. Imaginarse un frente proletario contra un frente burgués es concebir al proletariado en términos burgueses, siguiendo el modelo de una revolución política o una guerra (quitarle el poder al otro, ocupar su territorio). De pasada, se reintroduce todo lo que el movimiento insurreccional había superado: la jerarquía, el respeto por los especialistas, por la ciencia «que sabe», y por la técnica que soluciona los problemas, en resumen, por todo lo que disminuye al hombre común. Al servicio del Estado, el «miliciano» obrero invariablemente muta en «soldado». En España, desde el otoño del 1936 en adelante, la revolución se disolvió en la guerra, y en una forma de combate típica de los Estados: la guerra de frentes.

Encuadrados en «columnas», los obreros salieron de Barcelona para derrotar a los fascistas en otras ciudades, ante todo Zaragoza. Suponiendo que intentaban la revolución más allá de la zona republicana, también habría hecho falta que revolucionaran esa misma zona. Pero ni siquiera Durruti pareció comprender que

19 Tomamos prestado este título del libro de Henri Paechter, *Espagne 1936. La guerre dévore la révolution* (París, 1986), publicado por primera vez en 1938.

el Estado todavía estaba en pie. El avance de la columna Durruti (compuesta en un 70% por anarquistas), impulsó las colectivizaciones: las milicias ayudaron a los campesinos y difundieron las ideas revolucionarias. Sin embargo Durruti declaró, «sólo tenemos un objetivo: aplastar a los fascistas». Por más que reiterara que «estas milicias nunca defenderán a la burguesía», *tampoco la atacaron*. Dos semanas antes de su muerte, en un discurso radiofónico difundido el 4 de noviembre de 1936, declaró:

> Se mira fijo, se mira adelante, con el sólo propósito de aplastar al fascismo.
>
> Pedimos al pueblo de Cataluña que se terminen las intrigas, las luchas intestinas; que os pongáis a la altura de las circunstancias; dejad las rencillas y la política y pensad en la guerra. […] Es necesaria una movilización efectiva de todos los trabajadores de la retaguardia, porque los que ya estamos en el frente queremos saber con qué hombres contamos detrás de nosotros. […]
>
> Y que no piense nadie ahora en aumentos de salarios y en reducciones de horas de trabajo. El deber de todos los trabajadores, especialmente los de la CNT es el de sacrificarse, el de trabajar lo que haga falta. […]
>
> Si esa militarización decretada por la Generalidad es para meternos miedo y para imponernos una disciplina de hierro, se han equivocado. Vais equivocados consejeros, con el decreto de militarización de las milicias. Ya que habláis de disciplina de hierro, os digo que vengáis conmigo al frente. Allí estamos nosotros que no aceptamos ninguna disciplina, porque somos conscientes para cumplir con nuestro deber. […]
>
> No provoquemos, con nuestra incompetencia, después de esta guerra, otra guerra civil entre nosotros.
>
> Si cada cual piensa en que su partido sea más potente para imponer su política, está equivocado, porque frente a la tira-

> nía fascista sólo debemos oponer una fuerza, sólo debe existir una organización, con una disciplina única.[20]

Durruti y sus compañeros encarnaron lo mejor de una energía lanzada al asalto de un mundo. Pero la capacidad combativa no es suficiente cuando sólo se golpea a una forma particular del poder con exclusión de las demás. A mediados de 1936, aceptar una guerra de frentes significaba partir con las armas contra Franco dejando en la retaguardia las armas sociales y políticas en las manos de la burguesía y, en definitiva, privar a la propia acción militar del vigor inicial que obtuvo de otro terreno, el único favorable al proletariado. Como escribió la izquierda comunista germano-holandesa:

> Si los obreros quieren realmente formar un frente defensivo contra los blancos, pueden hacerlo con la única condición de tomar ellos mismos el poder político, en lugar de dejarlo en manos de un gobierno de frente popular. Esto significa: la defensa de la revolución sólo es posible sobre la base de la dictadura del proletariado por medio de los consejos obreros, y no sobre la base de la colaboración de todos los partidos antifascistas […] La aniquilación del viejo aparato estatal y el ejercicio de las funciones centrales del poder por los propios trabajadores son el eje de la revolución proletaria.[21]

En el verano de 1936, lejos de tener una superioridad militar decisiva, los nacionalistas no controlaban ninguna de las principales ciudades. Su fuerza principal estaba en la Legión Extranjera y en los «moros» reclutados en Marruecos, que había estado bajo un

20 *Boletín de Información*, CNT-AIT-FAI, Vía Layetana, 32 y 34, Barcelona, 11 de noviembre de 1936.

21 *P.I.K.*, publicado por el GIK [Grupo de Comunistas Internacionalistas], Ámsterdam, octubre de 1936.

protectorado español desde 1912 pero que se rebelaba desde hacía mucho tiempo contra los sueños coloniales tanto de España como de Francia. El ejército real español había sufrido una gran derrota allí en 1921, en gran parte debido a la deserción de las tropas marroquíes. A pesar de la colaboración franco-española, la guerra del Rif (en la que se había distinguido un general llamado Franco) sólo finalizó cuando Abd el-Krim se rindió en 1926. Diez años más tarde, el anuncio de la independencia inmediata e incondicional del Marruecos español, como mínimo, habría creado intranquilidad en el seno de las tropas de choque de la reacción. Obviamente, la República rechazó esta solución, bajo la presión combinada de los sectores conservadores y de las democracias de Inglaterra y Francia, poco deseosas de ver desintegrarse sus propios imperios. Al mismo tiempo, además, el Frente Popular francés no sólo rechazó conceder cualquier reforma digna del nombre a sus súbditos coloniales, sino que disolvió la Etoile Nord-Africaine, un movimiento proletario argelino.

Cualquiera sabe que la política de «no intervención» en España fue una farsa. Una semana después del golpe de Estado, Londres anunció su oposición a cualquier envío de armas al gobierno español *legal*, y su neutralidad en caso de que Francia fuera arrastrada al conflicto. De esta manera, en 1936 la Inglaterra democrática puso a la república y al fascismo al mismo nivel. Como resultado, la Francia de Blum y Thorez envió algunos aviones, mientras Alemania e Italia enviaron ejércitos enteros bien equipados. En cuanto a las Brigadas Internacionales, controladas por la Unión Soviética y los Partidos Comunistas, su valor militar tuvo un alto precio: la eliminación de cualquier oposición al estalinismo en las filas obreras. Fue a principios de 1937, después del primer embarque de armas ruso, cuando Cataluña excluyó a Nin de su puesto como consejero del Ministerio de Justicia.

Rara vez la concepción estrecha de la historia como una sucesión de batallas y contabilización de cañones y estrategias ha sido

más inepta para explicar el curso de una guerra directamente «social», cuya evolución fue determinada por la dinámica interna del antifascismo. El ímpetu revolucionario superó al principio el de los nacionalistas. Entonces los obreros aceptaron la legalidad; se instaló el conflicto, y luego se agotó. A partir de finales de 1936 en adelante, las columnas milicianas quedaron atascadas ante Zaragoza. El Estado sólo armó a las unidades militares fiables, es decir, aquellas que no atentasen contra la propiedad. A principios de 1937, entre los mal vestidos milicianos del POUM, que luchaban contra los franquistas con armas antiguas, un revólver era considerado un lujo. En las ciudades, los milicianos se codeaban con soldados regulares perfectamente equipados. Los frentes se atascaron, como los proletarios de Barcelona contra la policía. El último sobresalto fue la victoria republicana ante Madrid. Poco después, el gobierno ordenó a los particulares que cedieran sus armas. El decreto tuvo escaso efecto, pero demostró la voluntad manifiesta de desarmar a la gente. La desilusión y las sospechas minaron la moral. La guerra se convirtió en asunto de especialistas. Finalmente, la República perdió cada vez más terreno a medida que se marchitaba en el bando antifascista todo el contenido social y las apariencias revolucionarias.

Reducir la revolución a la guerra simplifica y falsea la cuestión social en el marco de la alternativa ganar o perder, y por ser «el más fuerte». Se convierte, entonces, en cuestión de tener soldados disciplinados, un material superior, oficiales competentes y el apoyo de aliados cuyo régimen no sea escrutado demasiado de cerca. Curiosamente, esto también significa alejar el conflicto de la vida cotidiana. Es una cualidad peculiar de la guerra que, incluyendo a sus entusiastas, nadie quiere perder, pero todos quieren que termine. A diferencia de la revolución, salvo en caso de derrota, la guerra no atraviesa el umbral de la puerta de casa. Transformada en un conflicto militar, la lucha contra Franco dejó de ser un compromiso personal, perdió su realidad inmediata, y se convirtió en

una movilización económica (trabajar para el frente), ideológica (carteles en la calle, mítines) y humana: a partir de de enero de 1937, los alistamientos voluntarios escasearon, y la guerra civil, en ambos bandos, vino a depender principalmente del servicio militar obligatorio. Como resultado, un miliciano de julio de 1936 que abandonara su columna un año más tarde, asqueado por la política republicana, ¡podía ser detenido y fusilado por «desertor»!

En condiciones históricas diferentes, la evolución militar del antifascismo –desde la insurrección a las milicias y luego a un ejército regular– recuerda a la guerra de «guerrillas» antinapoleónica (el término fue tomado del español en esa época) descrita por Marx:

> Si se comparan los tres períodos de la guerra de guerrillas con la historia política de España, vemos que representan los grados respectivos en que el espíritu contrarrevolucionario del gobierno había conseguido enfriar el espíritu del pueblo. Comenzada con el levantamiento de poblaciones enteras, la guerra de guerrillas fue después realizada por grupos guerrilleros, cuya reserva estaba formada por regiones enteras, y terminó convertida en actuación de *corps francs* [cuerpos voluntarios], siempre a punto de descender a *banditti* [bandidos] o de caer al nivel de regimientos regulares.[22]

Tanto en 1936 como en 1808, la evolución de la situación militar no puede explicarse exclusiva o principalmente por el arte de la guerra, sino que depende del equilibrio de las fuerzas políticas y sociales y su modificación en un sentido antirrevolucionario. El compromiso evocado por Durruti, la necesidad de unidad a cualquier coste sólo podía dar la victoria primero al Estado repu-

22 «España revolucionaria (V)», artículo de Marx publicado en el *New York Daily Tribune*, nº 4.222 (30 de octubre de 1854), incluido en Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos sobre España*, Trotta (Madrid, 1998), p. 129.

blicano (sobre el proletariado) y luego al Estado franquista (sobre la República).

Hubo un conato de revolución en España, pero se convirtió en su opuesto tan pronto como los proletarios, convencidos de tener el poder efectivo, confiaron en el Estado para luchar contra Franco. Sobre aquella base, la multiplicidad de iniciativas y medidas subversivas tomadas en la producción y en la vida diaria fueron condenadas por el simple y terrible hecho de que tuvieran lugar bajo la sombra de una estructura estatal absolutamente intacta, que inicialmente había sido puesta en suspenso, pero que luego fue revigorizada por las necesidades de la guerra contra Franco. Para consolidarse y extenderse, las transformaciones sociales sin las cuales la revolución es una palabra vacía tendrían que haberse planteado como antagonistas a un Estado claramente designado como el adversario. Ahora bien, después de julio de 1936, el *poder dual* existía sólo en apariencia. No sólo los órganos proletarios que surgieron de la insurrección, y aquellos que posteriormente llevaron a cabo las socializaciones, toleraron al Estado, sino que reconocieron su preeminencia en la lucha antifascista, como si fuera tácticamente necesario pasar por el Estado a fin de derrotar a Franco. En términos de «realismo», recurrir, en nombre de la eficacia, a métodos militares tradicionales aceptados por la extrema izquierda (incluyendo al POUM y a la CNT), casi siempre demostró ser ineficaz. Cincuenta años más tarde, todavía se sigue deplorando. Pero el Estado democrático está tan poco equipado para la lucha armada contra el fascismo como para impedir su acceso pacífico al poder. Es normal que un Estado aborrezca la guerra social, y temen más que animan cualquier fraternización. Cuando, en marzo de 1937, en Guadalajara, los antifascistas se dirigieron como obreros a los soldados italianos enviados por Mussolini, un grupo de italianos desertó. Pero este hecho siguió siendo una excepción.

Desde la batalla por Madrid (marzo de 1937) a la caída final de Cataluña (febrero de 1939), el cadáver de la revolución abortada se descompuso en el campo de batalla. Se puede hablar de guerra en España, no de revolución. Esta guerra acabó teniendo como primera función la resolución de un problema capitalista: la constitución en España de un Estado legítimo que desarrollase mejor o peor su capital nacional mientras mantenía bajo control a las masas populares. En febrero de 1939, el surrealista y (en aquel entonces) trotskista Benjamin Péret comentó así la consumación de la derrota:

> La clase obrera […], al haber perdido de vista sus propias metas, ya no ve ninguna razón urgente para morir defendiendo al clan democrático burgués contra el clan fascista, es decir, en último análisis, para defender al capital anglo-francés contra el imperialismo ítalo-alemán. La guerra civil se convierte cada vez más en una guerra imperialista.[23]

El mismo año, Bruno Rizzi hizo un comentario similar en su ensayo sobre el «colectivismo burocrático» de la URSS:

> Las viejas democracias recitan una política antifascista para no desvelar a los canes que duermen. Hay que mantener tranquilos a los proletarios […] y entretanto dan de comer antifascismo a las masas obreras […] Y les va bien que España se convierta en una carnicería proletaria internacional, tanto para calmar los ánimos revolucionarios de los trabajadores como para dar salida a los productos de su industria pesada. Precisamente el proletariado era la única clase que podía hacer frente al fascismo, pero hacía falta un proletariado dirigente, no uno remolcado por la vieja carcasa capitalista. En este sentido, las

23 *Clé*, nº 2.

> experiencias de China y España son inequívocas, y se están gestando otras aún más duras.

Los dos campos innegablemente tenían composiciones sociológicas muy diferentes. Si la burguesía estaba presente en ambos lados, la mayoría inmensa de los obreros y los campesinos pobres apoyaban a la República, mientras que los estratos arcaicos y reaccionarios (terratenientes, pequeños propietarios, el clero) se alineaban detrás de Franco. Esta polarización de clase dio una apariencia progresista al Estado republicano, pero no reveló el sentido histórico del conflicto, igual que el porcentaje de miembros obreros de los partidos socialistas y estalinistas no agota la cuestión de la naturaleza de estos partidos. Tales hechos son reales, pero secundarios en cuanto a la función social de lo que se trata de comprender. El partido, al estar compuestos por obreros y controlar y oponerse a todo desbordamiento proletario, amortigua las contradicciones de clase. De la misma manera, el ejército republicano cuenta con gran número de obreros, ¿pero para qué, con quién y bajo las órdenes de quién luchaban? Plantear la pregunta es responderla, a menos que uno considere posible luchar contra la burguesía junto a la burguesía.

«La guerra civil es la expresión suprema de la lucha de clases», escribió Trotsky en *Su moral y la nuestra* (1938). Cierto… siempre y cuando se añada que, de las llamadas «guerras de religión» a las convulsiones irlandesas, libanesas o africanas de nuestra época, la guerra civil es también, y de hecho más a menudo, la forma de una lucha social imposible o fallida: cuando las contradicciones de clase no pueden afirmarse como tales, hacen irrupción como bloques ideológicos o étnicos, retrasando aún más cualquier emancipación humana.

¿Anarquistas en el gobierno?

La socialdemocracia no «capituló» en agosto de 1914, como un boxeador que tira la toalla antes del combate: siguió la trayectoria normal de un movimiento internacionalista en la retórica y que, en realidad, se había hecho profundamente nacional desde hacía mucho tiempo. Puede que el SPD fuera la principal fuerza electoral en Alemania en 1912, pero era poderoso sólo para la reforma, dentro del marco del capitalismo y según sus leyes, que incluían la aceptación de la guerra cuando ésta se convirtió en la única solución a las contradicciones sociales y políticas.

Del mismo modo, la integración del anarquismo español en el Estado en 1936 sólo puede sorprender a quien olvide su naturaleza: la CNT era un sindicato, indudablemente original, pero un sindicato, al fin y al cabo, y no existe tal cosa como un sindicato antisindical. La función transforma al órgano. Cualesquiera que fueran sus ideales originales, todo organismo permanente de defensa de los obreros asalariados como tales se convierte en un mediador, y luego en un conciliador. Incluso cuando está en las manos de radicales, incluso cuando es reprimido, la institución está condenada a escapar del control de la base y a convertirse en un instrumento de moderación. Sindicato anarquista, la CNT era *sindicato* antes que anarquista. Todo un mundo separaba al militante de base del líder sentado en la mesa de la patronal, pero la CNT como aparato era poco diferente de la UGT. La una y la otra trabajaron para modernizar y manejar racionalmente la economía: en pocas palabras, para socializar el capitalismo. Un mismo hilo une el voto socialista de los créditos de guerra en agosto de 1914 con la participación en el gobierno de los líderes anarquistas, primero en Cataluña (septiembre de 1936) y luego en la República (noviembre de 1936). Tan pronto como 1914, Malatesta había llamado «anarquistas de gobierno» a aquellos de sus compañeros (incluso a Kropotkin) que habían aceptado la defensa nacional.

La CNT era a la vez institución e instrumento de una subversión social. La contradicción fue zanjada en las elecciones generales de 1931, cuando, renunciando a su antiparlamentarismo, la CNT pidió a las masas que votaran a candidatos republicanos. La CNT se estaba transformando en «un sindicato que aspiraba a la conquista del poder», lo que «la condujo inevitablemente a una dictadura sobre el proletariado».[24]

De compromiso en retroceso, la CNT terminaría renegando del antiestatismo que había sido su razón de ser, aun después de que la República y su aliado ruso hubieran mostrado sus verdaderas caras encarnizándose con los radicales en mayo de 1937, sin mencionar todo lo que siguió, en las cárceles y los sótanos secretos. Como el POUM, la CNT era eficaz en desarmar a los proletarios, llamándolos a abandonar su lucha contra la policía oficial y estalinista, decididas a llegar hasta el final. Como dijo el GIK:

> […] la CNT se encuentra entre los máximos responsables del aplastamiento de la insurrección, porque desmoralizó al proletariado cuando éste se estaba movilizando contra la reacción democrática.[25]

Algunos radicales tuvieron la amarga sorpresa de verse encerrados en una prisión administrada por un viejo camarada anarquista, despojado de cualquier verdadero poder sobre lo que sucedía entre sus muros. En 1938, una delegación de la CNT que fue a la Unión Soviética a solicitar ayuda material ni siquiera mencionó el asunto de los procesos de Moscú… ¡La prioridad era los cañones y los fusiles![26]

24 *P.I.K.*, edición alemana, diciembre de 1931.

25 *Räte-Korrespondenz*, órgano del GIK holandés, junio de 1937.

26 H. Wagner, *L'Anarchisme et la révolution espagnole*, ADEL, 1997 (1ª ed.: 1937). [Existe ed. cast. en *Expectativas fallidas (España 1934-1939): el movimiento consejista ante la guerra y la revolución españolas: artículos y reseñas de Korsch,*

Pero aún así, podrían objetar algunos, los anarquistas están vacunados por naturaleza contra el virus estatista. En apariencia.

Los «marxistas» pueden recitar páginas enteras de Marx sobre la destrucción de la máquina estatal, y citar el pasaje de *El Estado y la revolución* donde Lenin dice que un día la sociedad será administrada por cocineras en vez de por políticos, y practicar al mismo tiempo la estatolatría más servil, por poco que vean en el Estado el agente del progreso o de la necesidad histórica. Al concebir la sociedad futura como una socialización capitalista sin capitalistas, como un mundo todavía basado en el trabajo asalariado pero igualitario, democratizado y planificado, todo los prepara para aceptar un Estado (de transición, ni que decir tienen) cuando no a marchar a la guerra por un Estado capitalista considerado malo, contra otro considerado peor.

El anarquismo sobreestima el poder del Estado o porque ve a la autoridad como el enemigo principal, o porque cree que su destrucción puede producirse por sí sola. No percibe que el Estado no es el creador sino el garante de la relación asalariada. Representa y unifica al capital, pero no es ni el motor de éste, ni su constituyente principal. Del hecho indiscutible de que las masas estaban armadas, el anarquismo dedujo que el Estado había perdido su sustancia. Pero la sustancia del Estado no reside en sus formas institucionales, sino en su función de unificación. El Estado asegura el vínculo que los seres humanos no pueden o no se atreven a crear entre sí, y crea una red de servicios a la vez parasitarios y reales. En el verano de 1936, el aparato del Estado pudo haber parecido débil en la España republicana, pero subsistió como marco capaz de recoger los pedazos de la sociedad capitalista; mientras tanto, continuó existiendo, en hibernación social. Después se despertó y recobró fuerzas cuando las relaciones sociales esbozadas por la

Mattick, trad. S. Rosés Cordovilla y C. García Velasco, Virus Editorial (Barcelona, 1999)].

subversión se distendieron o desgarraron. Reanimó sus órganos, y, cuando se dio la ocasión, se apoderó de los que la subversión había hecho surgir. Lo que había sido visto como un caparazón hueco demostró ser capaz no sólo de resucitar, sino de vaciar de contenido las formas de poder paralelo en las cuales la revolución había creído depositar lo mejor de sí misma.

La justificación última de la CNT se resume en la idea de que el gobierno legal ya no ejercía realmente el poder, porque el movimiento obrero lo había conquistado de facto.

> El gobierno en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya el organismo que separa la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT.[27]

No menos que el «marxismo», el anarquismo fetichiza el Estado y lo imagina encarnándose en un determinado lugar. Blanqui había lanzado ya a su pequeño ejército al asalto de ayuntamientos o de cuarteles, pero al menos nunca pretendió basar sus acciones en el movimiento proletario, sino sólo en una minoría que despertara al pueblo. Un siglo más tarde, la CNT declaró que el Estado español era un fantasma en relación a la realidad tangible de las «organizaciones sociales» (es decir, milicias, sindicatos, etc.). Sin embargo, la existencia del Estado, su razón de existir, es paliar los defectos de la sociedad «civil» mediante un sistema de relaciones, de eslabones, de concentraciones de fuerza, una red administrativa, judicial y militar que permanece «en suspenso», reservada para tiempos de crisis, esperando el momento en que la investigación policial vaya a sumergirse en las fichas de los ser-

27 *Solidaridad Obrera*, 4 de noviembre de 1936.

vicios sociales. La revolución no tiene ninguna Bastilla, comisaría o mansión del gobernador que «tomar»; su tarea es hacer inofensivo o destruir todo aquello que constituye su fuerza.

Fracaso de las colectivizaciones

La amplitud de las socializaciones industriales y agrarias posteriores a julio de 1936 no fue ningún azar histórico. Marx ya había señalado la tradición española de autonomía popular, y la distancia entre el pueblo y el Estado, que se hizo manifiesta durante la guerra antinapoleónica, y luego durante las revoluciones del siglo XIX, que renovaron la resistencia comunal histórica hacia el poder dinástico. La monarquía absoluta, observó, no reorganizó los estratos sociales para forjar un Estado moderno, sino que dejó intactas las fuerzas vivas del país. Puede que Napoleón viera en España un «cadáver», «pero si el Estado español estaba efectivamente muerto, la sociedad española estaba llena de vida» y «lo que llamamos el Estado en el sentido moderno de la palabra sólo se encuentra materializado, en realidad, en el ejército, de acuerdo con la vida "exclusivamente provincial" del pueblo».[28]

En la España de 1936, la revolución burguesa ya estaba hecha, y era en vano soñar con escenarios como 1917, por no mencionar 1848 o 1789. Ahora bien, si la burguesía dominaba políticamente, y el capital económicamente, estaban muy lejos de haber creado un mercado interno unificado y un aparato estatal moderno, de haber subyugado a la sociedad en su conjunto, y dominado la vida local y sus particularismos. Para Marx, en 1854, un gobierno «despótico» coexistía con una desunión que se extendía hasta la existencia de diferentes monedas y diferentes regímenes fiscales: sus observaciones seguían conservando cierta validez ochenta

28 Citado por M. Laffranque, *Cahiers de l'ISEA*, serie S, n° 15.

años más tarde. El Estado no era capaz de estimular la industria o de realizar la reforma agraria, de extraer de la agricultura las ganancias necesarias para la acumulación de capital, de unificar las regiones, así como tampoco de contener a los proletarios de las ciudades y del campo.

Era, entonces, casi natural, que la convulsión de julio de 1936 diera lugar, *al margen* del poder político, a un movimiento social cuyas realizaciones con potencial comunista serían reabsorbidas por un Estado al que permitieron subsistir. Los primeros meses de una revolución que ya refluía, pero cuya extensión todavía ocultaba su fracaso, se parecieron a un proceso de diseminación en el que cada región, comuna, empresa, colectividad y municipio escaparon del control de las autoridades centrales. El anarquismo y el regionalismo del POUM expresaron esta originalidad española, que es incorrectamente comprendida si uno ve sólo el lado negativo de este desarrollo «tardío» del capitalismo. Ni siquiera el reflujo de 1937 erradicó el ímpetu de cientos de miles de obreros y campesinos, que se habían apoderado de la tierra, las fábricas, los vecindarios, los pueblos, atentando contra la propiedad y socializando la producción con una autonomía y una solidaridad cotidianas que impresionaron tanto a observadores como a participantes.[29] Triste es decir que, a la vez que estos actos y hechos innumerables, que a veces se prolongaron durante varios años, dan fe (como hacen, a su propio modo, las experiencias rusa y alemana) de la existencia de un movimiento comunista que obraba en toda la sociedad, y de sus formidables capacidades subversivas cuando emerge a gran escala, es igualmente cierto que su destino quedó sellado a partir del verano de 1936. La Guerra Civil Española demostró a la vez el vigor revolucionario de los lazos y las

29 Orwell y Mary Low, *Cuaderno rojo de Barcelona: agosto-diciembre de 1936*, trad. Núria Pujol i Valls, Alikornio (Barcelona, 2001). Mika Etchebéhère, *Mi guerra de España*, Traficantes de Sueños (Madrid, 2003).

formas comunitarias penetrados por el capital, pero todavía no reproducidas directamente por él, y también demostró su impotencia para permitir *por sí solas* una revolución. En ausencia de un asalto contra el Estado y la instauración de relaciones diferentes a escala de todo el país, se consagraron a una autogestión fragmentaria que conservaba el contenido y a menudo las formas del capitalismo, especialmente el dinero y la división entre empresas. Toda persistencia del trabajo asalariado perpetúa la jerarquía de las funciones y los ingresos.[30]

Unas medidas comunistas podrían haber minado las bases sociales de los dos Estados (republicano y nacionalista), aunque sólo fuera resolviendo la cuestión agraria: en los años treinta, más de la mitad de la población estaba desnutrida. Una fuerza subversiva hizo erupción, poniendo al frente a los estratos más oprimidos, a los más alejados de la «vida política» (por ejemplo, las mujeres), pero no pudo llegar hasta el fondo ni tomar las cosas por la raíz.

En aquel entonces, el movimiento obrero en los principales países industriales correspondía a áreas socializadas por un capital que dominaba toda la sociedad, donde el comunismo estaba más cercano debido a esta socialización, y a la vez más lejos debido a la disolución de todas las relaciones en la forma mercancía. El nuevo mundo, en estos países, era habitualmente concebido como un mundo obrero, cuando no industrial.

El proletariado español, por el contrario, seguía siendo tributario de una penetración más cuantitativa que cualitativa del capital en la sociedad, de la que extrajo tanto su fuerza como su debilidad, como atestiguan la tradición y las reivindicaciones de autonomía representada por el anarquismo.

30 Sobre las colectivizaciones, F. Mintz, *La autogestión en la España revolucionaria*, Ediciones La Piqueta (Madrid, 1977).

> No ha habido un solo alzamiento de campesinos en los últimos cien años en Andalucía en el que el pueblo no se haya organizado en comuna, no haya dividido las tierras, abolido el dinero y declarado su independencia y libertad frente a la interferencia de los terratenientes «extranjeros» y la policía [...] El anarquismo de los obreros industriales no es demasiado diferente. Lo primero que piden es el autogobierno de su localidad industrial o de su sindicato, y, a continuación una reducción de las horas de trabajo o de la cantidad del mismo.[31]

Un aspecto crucial fue la actitud hacia el dinero. La «desaparición del dinero» no tiene sentido salvo si implica más que el reemplazo de un instrumento para medir el valor por otro (los bonos de trabajo, por ejemplo). Como la mayoría de los grupos radicales, se consideren marxistas o anarquistas, los proletarios españoles no vieron el dinero como la expresión y la abstracción de relaciones reales, sino como un instrumento de medida, un dispositivo de contabilidad, y de esta manera redujeron el socialismo a una gestión diferente de las mismas categorías y componentes fundamentales del capitalismo.

El fracaso de las tentativas antimercantiles no se debió al poder del sindicato socialista UGT (hostil a las colectivizaciones) sobre los bancos. El cierre de los bancos privados y del banco central sólo pone fin a las relaciones mercantiles si la producción y la vida se organizan de una manera que ya no esté mediada por la mercancía, y si éstas llegan gradualmente a dominar la totalidad de las relaciones sociales. El dinero no es el «mal» opuesto a una producción que sería el «bien», sino la manifestación (hoy en día cada vez más inmaterial) del carácter mercantil de todos los aspectos

31 G. Brenan, *El laberinto español*. Ver también el capítulo sobre el anarquismo andaluz en Y. Delhoysie y G. Lapierre, *El incendio milenarista*, Pepitas de Calabaza (Logroño, 2008).

de la vida. No podrá ser destruido eliminando signos, sino sólo haciendo que el intercambio desaparezca como relación social.

De hecho, sólo las colectividades agrarias lograron funcionar sin dinero, y a menudo lo hacían con la ayuda de monedas locales, y los bonos a menudo se usaban como «dinero interno». A veces el dinero era entregado a las colectividades. A veces a los obreros se les entregaban cupones según el tamaño de sus familias, y no el trabajo realizado («a cada cual según sus necesidades»). A veces el dinero no desempeñaba ningún papel y los bienes eran compartidos sin contabilidad alguna. Prevalecía un espíritu igualitario, a menudo ligado a una actitud de desprecio hacia el «lujo». De todas maneras, al ser incapaz de extender la producción no-mercantil más allá de las distintas zonas autónomas yuxtapuestas, sin una acción global, los soviets, las colectividades y los pueblos liberados se transformaron en comunidades precarias, y tarde o temprano fueron o destruidas desde adentro o aniquiladas por las armas, fuesen fascistas o republicanas. En Aragón, la columna del estalinista Líster hizo de ello su especialidad. Al entrar en el pueblo de Calanda, su primer acto fue escribir en una pared: «la colectivización es un robo».

¿Colectivizar o comunizar?

Desde los tiempos de la Primera Internacional, el anarquismo contrapuso la apropiación colectiva de los medios de producción a la estatización socialdemócrata. Ambas visiones, sin embargo, partían de la misma exigencia: la necesidad de una gestión colectiva. Pero el problema es: ¿gestión de qué? Por supuesto, lo que la socialdemocracia llevó a cabo desde arriba, y burocráticamente, los proletarios españoles lo practicaron desde la base, armados, siendo cada individuo responsable ante los demás, expropiando así la tierra y las fábricas de manos de una minoría especializada en la

organización y la explotación de otros para confiarla a la congregación consciente de los trabajadores. En resumen, lo opuesto a la cogestión de la Junta de Carbón por parte de los sindicalistas socialistas o estalinistas. Sin embargo, el hecho de que una colectividad, en vez del Estado o de una burocracia, tome la producción de su vida material en sus propias manos no suprime por sí solo el carácter capitalista de aquella vida.

El trabajo asalariado significa el paso de una actividad, independientemente de la que sea, arar un campo o imprimir un periódico, por la forma del dinero, que a la vez que la hace posible, se incrementa mediante esa actividad. Igualar los salarios, decidirlo todo colectivamente, y sustituir el dinero por bonos nunca ha sido suficiente para erradicar el trabajo asalariado. Lo que está unido por el dinero no puede ser libre, y tarde o temprano el dinero se convierte en su amo.

La sustitución de la asociación por la competencia sobre una base local era una receta abocada al desastre. Porque, si bien la colectividad abole la propiedad privada en su seno, también se constituye en entidad distinta y elemento particular que coexiste con otros dentro de la economía global, y por tanto, como colectividad privada, obligada a comprar y vender, a comerciar con el mundo exterior, convirtiéndose de esta manera en una empresa que, guste o no, tiene que desempeñar su papel en la competencia regional, nacional y mundial, o desaparecer.

Uno sólo puede alegrarse de que una parte de España hiciera implosión: lo que la opinión dominante llama «anarquía» es la condición necesaria para la revolución, como escribió Marx en su propio tiempo. Pero el impacto subversivo de estos movimientos se debió a una fuerza centrífuga que alimentó el localismo. La revitalización de los lazos comunitarios también sirvió para encerrar a cada uno en su pueblo y su barrio, como si se tratara de descubrir un mundo perdido y una humanidad degradada, de contraponer el barrio obrero a la metrópoli, la comuna autoges-

tionada a los vastos dominios latifundistas, el campo popular a la ciudad mercantil, en una palabra, el pobre al rico, lo pequeño a lo grande y lo local a lo internacional, olvidando que una cooperativa es a menudo sinónimo del camino más largo al capitalismo.

No hay revolución sin la destrucción del Estado; ésta es la «lección» española. Sin embargo, la revolución no es la conmoción política, sino un movimiento social en el que la destrucción del Estado y la comunización van a la par. No queremos «el poder», sino el poder *de* transformar toda la vida. Al tratarse de un proceso histórico que abarca a generaciones, ¿puede uno imaginar seguir cobrando salarios para pagar comida y alojamiento durante todo ese tiempo? Si la revolución ha de ser ante todo política, crearía un aparato cuya única función sería la lucha contra los partidarios del viejo mundo, es decir una función negativa, de represión, un sistema de control que no descansaría en otro contenido que su «programa», su voluntad de realizar el comunismo el día en que las condiciones finalmente lo permitan. Así es como una revolución se ideologiza a sí misma y legitima el nacimiento de una capa especializada a la que se le asigna la supervisión de la maduración y la expectativa del siempre radiante pasado mañana. La esencia de la política consiste en no poder ni querer cambiar nada: reúne lo separado sin ir más allá. El poder está ahí: gestiona, administra, supervisa, adormece, reprime: *es*.

La dominación política (en la que toda una escuela de pensamiento ve el problema nº 1) fluye de la incapacidad de los seres humanos para hacerse cargo de sí mismos, de organizar sus vidas y su actividad. Sólo persiste mediante la desposesión radical que caracteriza al proletario. Cuando todo el mundo participe en la producción de su existencia, la capacidad de presión y de opresión, ahora en manos del Estado, dejará de ser operativa. El Estado es todopoderoso porque la sociedad del trabajo asalariado nos priva de nuestros medios de vida, de producción y de comunicación, llegando incluso a invadir lo que en otro tiempo fue espacio privado,

a suministrarnos nuestras propias emociones. La mejor garantía contra la reaparición de una nueva estructura de poder sobre nosotros es la apropiación más profunda posible de las condiciones de existencia, a todos los niveles. Por ejemplo, aun si excluimos que cada uno genere su propia electricidad pedaleando en su sótano, la dominación del Leviatán también procede del hecho de que nuestra *energía* (término significativo, que en inglés *power*, además de energía, también significa poder) nos hace dependientes de complejos industriales que, nucleares o no, inevitablemente siguen siendo exteriores a nosotros y estando fuera de todo control.

Concebir la destrucción del Estado como una lucha armada contra la policía y las fuerzas militares es confundir la parte con el todo. El comunismo es antes que nada actividad. Un modo de vida en el cual los hombres y las mujeres produzcan su existencia social paraliza o reabsorbe el surgimiento de poderes separados.

La alternativa planteada por Bordiga: «¿Tomar la fábrica o tomar el poder?»[32] puede y debe ser superada. No decimos: poco importa quién gestione la producción, sea un comité ejecutivo o un consejo, porque lo que cuenta es que se produzca sin pasar por el valor. Decimos: mientras la producción de valor continúe, mientras la producción esté separada del resto de la vida, mientras la humanidad no produzca colectivamente sus medios y sus formas de existencia, mientras haya una «economía», cualquier consejo más luminoso está condenado a perder su poder en beneficio de un director. Aquí es donde nos diferenciamos tanto de los «consejistas» como de los «bordiguistas», y corremos el riesgo de ser calificados de bordiguistas por los primeros, y de consejistas por los segundos.

32 *Il Soviet*, 20 de febrero de 1920.

¡Balance!

El fracaso español de 1936-1937 fue simétrico al fracaso ruso de 1917-1921. Los obreros rusos fueron capaces de tomar el poder, pero no de emprender una transformación comunista. El atraso, la ruina económica y el aislamiento internacional por sí solos no explican toda la involución. La perspectiva trazada por Marx, y quizás aplicable de un modo diferente después de 1917, de un renacimiento bajo una nueva forma de las estructuras agrarias comunales, ni siquiera se contempló. Dejando de lado el elogio del taylorismo por parte de Lenin, y la justificación del trabajo militarizado por parte de Trotsky, para casi todos los bolcheviques y la mayoría aplastante de la Tercera Internacional, incluida la izquierda comunista, el socialismo equivalía a la socialización capitalista *más* los soviets, y la agricultura del futuro era concebida como grandes latifundios gestionados democráticamente. (La gran diferencia entre la izquierda comunista germano-holandesa y la Internacional Comunista, era que la izquierda comunista se tomaba a los soviets en serio, mientras que los rusos, como demostró su práctica, no veían en ellos más que fórmulas tácticas).

Los bolcheviques son el mejor ejemplo de lo que le pasa a un poder que es sólo un poder, y que tiene que «mantenerse» sin cambiar demasiado las condiciones reales.

Lo que distingue a la reforma de la revolución no es su violencia, sino en que la insurrección tiende a comunizar a los sublevados. La guerra civil rusa se ganó en 1919, pero selló el destino de la revolución, pues la victoria contra los blancos, lograda sin comunizar la sociedad, desembocó en un nuevo poder estatal. En *Fascismo pardo, fascismo rojo*, Otto Rühle recordó que la Revolución Francesa había dado origen a una estructura y a una estrategia militar adecuadas a su contenido social, unificando a la burguesía y al pueblo. Por el contrario, el ímpetu insurreccional de los proletarios rusos se redujo cada vez más a la defensa de un

territorio y del poder político que se ejercía en él. La visión bolchevique del revolucionario como buen administrador y de los proletarios como buenos administrados («trabajo, orden y disciplina», anunció Trotsky desde 1918) contribuyó ampliamente a ello. El Ejército Rojo derrotado por Polonia en 1920 había perdido lo esencial de su dimensión revolucionaria.

Muy lógicamente y, al menos en principio, con toda la buena fe del mundo, el Estado soviético se perpetuó a sí mismo a toda costa, primero con la perspectiva de la revolución mundial, y luego para sí mismo, y pronto no tuvo otra solución que la coacción, dado que la prioridad absoluta era preservar la unidad de una sociedad que estaba deshaciéndose. Esto explica, por un lado, las concesiones a la pequeña propiedad campesina, seguida de requisiciones, y tanto unas como otras cada vez más alejadas de cualquier producción o vida comunal. Esto explica, por otro lado, la represión contra los obreros y contra cualquier oposición dentro del partido.

En 1921, el círculo se había cerrado. La ola revolucionaria surgida unos años antes de motines y reivindicaciones elementales terminó igual que había empezado, excepto que esta vez los proletarios estaban siendo reprimidos por un Estado «proletario». Un poder que llega al punto de masacrar a los amotinados de Kronstadt en el nombre de un socialismo que no podía llevar a cabo, y que se justifica después mediante mentiras y calumnias, sólo demuestra que ya carece de cualquier carácter comunista. Lenin murió en 1924, pero el Lenin revolucionario había muerto como jefe de Estado en 1921, si no antes. A los dirigentes bolcheviques ya no les quedaba sino convertirse en los gerentes del capitalismo.

Al mismo tiempo que la hipertrofia de una política encarnizada en *eliminar* los obstáculos que no podía subvertir, la Revolución de Octubre se disolvió en una guerra civil caníbal. Su drama fue el de un poder que, incapaz de transformar la sociedad, degeneró en órgano contrarrevolucionario. En la tragedia española, los proletarios, al haber abandonado su propio terreno, terminaron

prisioneros de un conflicto en el cual la burguesía y su Estado estaban presentes detrás de ambos lados del frente. En 1936-1937, el proletariado de España no luchó sólo contra Franco, sino también contra los países fascistas, contra las democracias y la farsa de la «no intervención», contra su propio Estado, contra la URSS, que no les armó más que para desarmar a los revolucionarios, contra…

La izquierda comunista «italiana» y «germano-holandesa» (incluyendo a Mattick en los Estados Unidos) estuvieron entre la exigua minoría de los que definieron el periodo post-1933 como profundamente antirrevolucionario, mientras que muchos grupos (los trotskistas, por ejemplo) tendieron a ver potencialidades subversivas en Francia, en España, en Estados Unidos, etc.

1936-1937 cerró el momento histórico abierto por 1917. A continuación, el capital no admitió otra comunidad que la suya, lo que significa que, salvo en períodos de ruptura social, es imposible que existan grupos proletarios radicales permanentes de cualquier tamaño o actividad significativas. La muerte del POUM marcó el fin del movimiento obrero.

En un futuro período revolucionario, los defensores más sutiles y más peligrosos del capitalismo no serán los que griten consignas procapitalistas y proestatales, sino aquellos que hayan encontrado el punto de una ruptura posible. Lejos de hacer el elogio de la publicidad y de la sumisión social, propondrán cambiarlo todo… pero, a tal efecto, llamarán primero a construir un verdadero poder democrático. Si logran imponerse, la instauración de esta nueva forma política consumirá las energías, desgastará las aspiraciones radicales y, una vez que el medio se haya vuelto un fin, convertirá de nuevo la revolución en una ideología. Contra ellos, y por supuesto contra la reacción abiertamente capitalista, la única forma de que los proletarios triunfen será multiplicando y extendiendo coordinadamente iniciativas comunistas concretas, que naturalmente serán denunciadas a menudo como antidemocráticas cuando no como… «fascistas». La lucha por establecer

lugares y momentos de deliberación y decisión, única garantía de la autonomía del movimiento, demostrará ser inseparable de medidas prácticas tendentes a cambiar la vida.

> […] todas las anteriores revoluciones dejaron intacto el modo de actividad y sólo trataban de lograr otra distribución de esta actividad, una nueva distribución del trabajo entre otras personas, al paso que la revolución comunista está dirigida contra el *modo* anterior de actividad, elimina el *trabajo* y suprime la dominación de las clases al acabar con las clases mismas, ya que esta revolución es llevada a cabo por la clase a la que la sociedad no considera como tal, no reconoce como clase y que expresa ya de por sí la disolución de todas las clases, nacionalidades, etc., dentro de la actual sociedad.[33]

33 Karl Marx, *La ideología alemana*, Akal (Madrid, 2014), p. 61.

Fascismo/Antifascismo

Gilles Dauvé, 1979

Totalitarismo y fascismo

Los horrores del fascismo no fueron los primeros en su género, ni tampoco los últimos. Tampoco fueron los peores, diga lo que diga quien sea.[34] Aquellos horrores no fueron peores que las masacres «normales» debidas a las guerras, las hambrunas, etc. Para los proletarios fueron una versión más sistemática de los terrores experimentados en 1832, 1848, 1871, 1919… Sin embargo, el fascismo ocupa un lugar especial en el espectáculo de los horrores. En aquella ocasión, desde luego, algunos capitalistas y una buena

34 Cf. «Auschwitz ou le grand alibi», texto de *Programme Communiste*, reproducido en el suplemento al nº 5 de *Mouvement Communiste*, octubre de 1973. [Existe traducción al castellano como «Auschwitz o la gran coartada»] La opinión pública no condena al nazismo tanto por sus horrores, porque desde entonces otros Estados –en realidad la organización capitalista de la economía mundial– han demostrado ser igualmente destructores de la vida humana, a través de guerras y hambrunas artificiales, que los nazis. Más bien se condena al nazismo porque actuó deliberadamente, porque era conscientemente malvado, porque *decidió* exterminar a los judíos. Nadie es *responsable* de las hambrunas que diezman a pueblos enteros, pero los nazis: ellos *querían* exterminar. A fin de erradicar este absurdo moralismo, se ha de tener una concepción materialista de los campos de concentración. No fueron el producto de un mundo que se había vuelto loco. Por el contrario, obedecían a la lógica capitalista *normal* aplicada en circunstancias especiales. Tanto por sus orígenes como por su modo de operar, los campos pertenecían al universo capitalista.

parte de la clase política fueron reprimidos, junto con la directiva e incluso las bases de las organizaciones obreras oficiales. Para la burguesía y la pequeña burguesía, el fascismo fue un fenómeno anormal, una degradación de los valores democráticos explicable sólo mediante el recurso a las explicaciones psicológicas. El antifascismo liberal consideró al fascismo como una *perversión* de la civilización occidental, generando así un efecto complementario: la fascinación sadomasoquista con el fascismo tal y como se manifiesta en el coleccionismo de parafernalia nazi. El humanismo occidental nunca comprendió que las esvásticas vestidas por los Hells Angels reflejaban la imagen invertida de su propia visión del fascismo. La lógica de esta actitud puede resumirse así: si el fascismo es el Mal supremo, invirtamos todos los valores. Se trata de un fenómeno típico de una época desorientada.

Desde luego, el análisis marxista habitual no se deja empantanar en el lodazal de la psicología. La interpretación del fascismo como instrumento del gran capital ha sido clásica desde Daniel Guérin.[35] Pero la seriedad de su análisis oculta un error central. La mayoría de los estudios «marxistas» mantienen la idea de que, a pesar de todo, el fascismo era evitable en 1922 o 1933. Reducen el fascismo a un arma empleada por el capitalismo en un momento dado. Según estos estudios el capitalismo no habría recurrido al fascismo si el movimiento obrero hubiese ejercido suficiente presión en lugar de hacer una demostración de sectarismo. Por supuesto que no habría habido «revolución», pero al menos Europa se habría ahorrado el nazismo, los campos de concentración, etc. A pesar de algunas observaciones muy precisas sobre las clases sociales, el Estado, y la conexión entre fascismo y gran capital, a esta perspectiva se le escapa el hecho de que el fascismo fue el producto de un doble fracaso: la derrota de los revolucionarios,

35 Daniel Guérin, *Fascismo y gran capital*, trad. Daniel de la Iglesia, Fundamentos (Madrid, 1973).

que fueron aplastados por los socialdemócratas y sus aliados liberales, seguida del fracaso de los liberales y socialdemócratas para gestionar el capital eficazmente. La naturaleza del fascismo y su acceso al poder siguen siendo incomprensibles sin el estudio de las luchas de clase del período precedente y de sus limitaciones. No se puede entender el uno sin las otras. No es casualidad que Guérin se equivoque no sólo acerca del significado del fascismo, sino también acerca del Frente Popular francés, que considera como «una revolución fallida».

Paradójicamente, resulta que la esencia de la mistificación antifascista está en que los demócratas ocultan la naturaleza del fascismo tanto como sea posible mientras despliegan un radicalismo de apariencias denunciándolo aquí, allá y por doquier. Y llevan así ya más de cincuenta años.

En 1925, escribía Boris Souvarine:[36]

> Fascismo aquí, fascismo allí. Acción Francesa: es el fascismo. El Bloque Nacional: es el fascismo… Todos los días durante los últimos seis meses, *L'Humanité* nos ha servido una nueva sorpresa fascista. Un día es un enorme titular de seis columnas de anchura que trompetea: «el senado, fascista hasta la médula». En otra ocasión, denuncian a un imprentero que se niega a imprimir un periódico comunista: «golpe fascista»…
>
> Hoy no existen en Francia ni el bolchevismo ni el fascismo, ni más ni menos de lo que pueda existir el kerenskismo. *Liberté* y *L'Humanité* destilan aire caliente: el fascismo *que evocan de cara a nosotros* no es viable, las condiciones objetivas para su existencia aún no están realizadas…

36 Boris Souvarine nació en Kiev en 1895 pero emigró a Francia a temprana edad. Obrero autoeducado, fue uno de los fundadores del Comintern y del PCF, pero fue expulsado de ambas organizaciones en 1924 por desviación izquierdista. [N. del t.]

> No puede dejarse el campo libre a la reacción. Pero es innecesario bautizar como fascismo a esta reacción a fin de combatirla.[37]

En una era de inflación verbal, «fascismo» es una muletilla empleada por los izquierdistas para demostrar su radicalismo. Sin embargo, su empleo indica tanto una confusión como una concesión teórica al Estado y al capital. La esencia del antifascismo consiste en luchar contra el *fascismo* mientras se apoya a la *democracia*; en otras palabras, luchar no por la destrucción del capitalismo, sino para forzar al capitalismo a renunciar a su forma totalitaria. Identificado el socialismo con la democracia total, y el capitalismo con el auge del fascismo, la oposición entre proletariado/capital, comunismo/trabajo asalariado, proletariado/Estado, se hace a un lado en favor de la oposición «democracia»/«fascismo», presentada como la quintaesencia de la perspectiva revolucionaria. El antifascismo sólo consigue mezclar dos fenómenos: el «fascismo» propiamente dicho, y la evolución del capital y del Estado hacia el *totalitarismo*. Al confundir estos dos fenómenos, al sustituir la parte por el todo, se mistifica la causa del fascismo y el totalitarismo y uno acaba reforzando lo que quería combatir.

No podemos comprender la evolución del capital y sus formas totalitarias mediante la denuncia del «fascismo latente»; el fascismo fue un episodio particular en la evolución del capital hacia el totalitarismo, una evolución en la que la democracia ha jugado y juega aún un papel tan contrarrevolucionario como el fascismo. Es un abuso de lenguaje hablar hoy de un fascismo «amistoso», no-violento, que dejaría intactos los órganos tradicionales del movimiento obrero. El fascismo fue un movimiento limitado en el tiempo y en el espacio. La situación europea tras 1918 le dio sus características originarias, que nunca volverán a repetirse.

37 *Bulletin communiste*, 27 de noviembre de 1925.

Fundamentalmente, el fascismo va asociado a la unificación económica y política del capital, tendencia que se generalizó desde 1914. El fascismo fue una forma particular de realizar este objetivo en ciertos países –Italia y Alemania– donde el Estado se mostró incapaz de mantener el orden (tal y como lo entiende la burguesía), a pesar de que la revolución había sido aplastada. El fascismo tiene las características siguientes: (1) nace en la calle; (2) crea desorden mientras predica el orden; (3) es un movimiento de clases medias obsoletas que termina en su destrucción más o menos violenta; y (4) regenera *desde el exterior* el Estado tradicional, que se ha vuelto incapaz de resolver la crisis capitalista.

El fascismo fue una solución a la *crisis del Estado* durante la transición a la dominación total del capital sobre la sociedad. Para sojuzgar la revolución habían hecho falta cierto tipo de organizaciones obreras; a continuación, hizo falta el fascismo para poner fin al desorden consiguiente. La crisis nunca fue superada realmente: el Estado fascista sólo resultó efectivo de forma superficial, porque reposaba sobre la exclusión sistemática de la clase obrera de la vida social. Esta crisis ha sido superada por el Estado con mayor éxito en nuestros propios tiempos. El Estado democrático emplea todas las herramientas del fascismo, de hecho más, porque integra a las organizaciones obreras sin aniquilarlas. La unificación social va más allá de la que proporciona el fascismo, pero el fascismo como movimiento específico ha desaparecido. Corresponde a la disciplina forzada de la burguesía bajo presión del Estado en una situación verdaderamente única.

De hecho, la burguesía tomó prestado el nombre «fascismo» de organizaciones obreras italianas que a menudo se denominaban a sí mismas «fasci» [haces o fasces]. Es significativo que el fascismo se autodefiniese a sí mismo ante todo como una *forma de organización* y no como un *programa*. Su único programa era unir a todo el mundo en *fasci*, unir a la fuerza todos los elementos que componen la sociedad: «El fascismo roba su secreto al

proletariado: organización… El liberalismo es todo ideología sin organización alguna; el fascismo es todo organización sin ideología alguna.» (Bordiga)

La dictadura no es un *arma* del capital, sino más bien una *tendencia* del capital que se materializa cuando resulta necesario. El retorno a la democracia parlamentaria tras un período de dictadura, como en Alemania tras 1945, significa únicamente que la dictadura es inútil (hasta la próxima ocasión) para integrar a las masas en el Estado. No negamos que la democracia asegura una explotación más gentil que la dictadura: cualquiera preferiría ser explotado a la sueca que a la brasileña. Pero, ¿tenemos *opción*? La democracia se transforma en dictadura tan pronto como resulta necesario. El Estado sólo puede tener *una* función, que puede cumplir o bien democráticamente o bien dictatorialmente. Podemos preferir el primer modo al segundo, pero no podemos doblegar al Estado para obligarlo a permanecer democrático. Las formas políticas que el capital se da a sí mismo no dependen de la acción de la clase obrera más de lo que dependen de las intenciones de la burguesía. La República de Weimar capituló ante Hitler; de hecho, le recibió con los brazos abiertos. Y en Francia el Frente Popular no «impidió el fascismo», porque en 1936 Francia no necesitaba unificar su capital ni reducir sus clases medias. Tales transformaciones no requieren elección alguna por parte del proletariado.

A Hitler se le menosprecia por no retener de la socialdemocracia vienesa de su juventud más que los métodos de propaganda. ¿Y qué? La «esencia» del socialismo estaba más en aquellos métodos que en los distinguidos escritos del austro-marxismo. El problema común de la socialdemocracia y el nazismo era cómo organizar a las masas y, en caso necesario, reprimirlas. Fueron los socialistas y no los nazis quienes aplastaron las insurrecciones proletarias (esto no impide al SPD actual, de nuevo en el poder como en 1919, publicar un sello de correos en honor de Rosa Luxemburgo, a la que asesinó en 1919). La dictadura siempre llega *después* de que

los proletarios hayan sido derrotados por la democracia con la ayuda de los sindicatos y los partidos de izquierda. Por otra parte, tanto el socialismo como el nazismo contribuyeron a una mejora (temporal) en el nivel de vida. Como el SPD, Hitler se convirtió en instrumento de un movimiento social cuyo contenido se le escapó. Como el SPD, luchó por el poder, por el derecho a mediar entre los obreros y el capital. Y tanto Hitler como el SPD se convirtieron en herramientas del capital y fueron descartados una vez que habían cumplido sus tareas respectivas.

Antifascismo: el peor producto del fascismo

Desde el fascismo del período de entreguerras, el término «fascismo» ha seguido en boga. ¿Qué grupo político no ha acusado a sus adversarios de emplear «métodos fascistas»? La izquierda nunca deja de denunciar el fascismo resucitado, la derecha no duda en etiquetar al PCF de «partido fascistoide». Significando todo y cualquier cosa, la palabra ha perdido su significado desde que la opinión liberal internacional describe a cualquier Estado fuerte como «fascista». Así, se resucitan y se presentan como realidades contemporáneas las ilusiones de los fascistas de los años treinta. Franco decía que era fascista, como sus patrocinadores, Hitler y Mussolini, pero nunca hubo una Internacional fascista.

Si bien hoy la ideología dominante llama fascistas a los coroneles griegos y los generales chilenos, representan no obstante variantes del *Estado* capitalista. Aplicar la etiqueta fascista al Estado equivale a denunciar a los partidos que encabezan ese Estado. Uno evita así la crítica del Estado mediante la denuncia de aquellos que lo dirigen. Los izquierdistas buscan autentificar su extremismo con su clamor acerca del fascismo, al tiempo que abandonan la crítica del Estado. En la práctica proponen otro tipo de Estado (democrático o popular) en lugar de la forma existente.

El término «fascismo» es todavía más irrelevante en los países capitalistas avanzados, donde los partidos comunistas y socialistas jugarán un papel central en cualquier Estado «fascista» futuro que se erija contra un movimiento revolucionario. En este caso es mucho más exacto hablar del Estado puro y simple, y dejar el fascismo al margen. El fascismo triunfó porque sus principios se habían generalizado: la unificación del capital y el Estado eficiente. Pero en nuestros tiempos el fascismo ha desaparecido como tal, tanto como movimiento político y como forma de Estado. Pese a algunas semejanzas, los partidos considerados como fascistas desde 1945 (en Francia, por ejemplo, el RPF, el poujadismo, hasta cierto punto hoy el RPR)[38] no han intentado conquistar un Estado impotente desde el exterior.

Insistir sobre la amenaza recurrente del fascismo es ignorar el hecho de que el fascismo real estaba pobremente equipado para la tarea que asumió y que fracasó: más que fortalecer al capital nacional alemán, el nazismo acabó por dividirlo en dos. Hoy han aparecido otras formas del Estado, muy lejanas de aquel fascismo y de esa democracia cuyos elogios oímos constantemente.

Con la Segunda Guerra Mundial la mitología del fascismo se vio enriquecida con un nuevo elemento. Este conflicto fue la solución necesaria a problemas tanto económicos (crack del 29) como sociales (clase obrera revoltosa que, aunque no revolucionaria, había que disciplinar). Podría describirse la Segunda Guerra Mundial como una guerra contra el totalitarismo en su forma fascista. Esta interpretación ha perdurado, y el constante recordatorio de las atrocidades nazis por parte de los vencedores de 1945 sirve para justificar la guerra dándole el carácter de una cruzada humanitaria. Todo, incluso la bomba atómica, puede justificarse

38 Agrupación del pueblo francés (RPF), partido gaullista (1947-1955). El poujadismo (1953-1958) fue un movimiento pequeñoburgués de derechas de la Cuarta República. Agrupación por la República (RPR), partido gaullista contemporáneo (1976-2002). [N. del t.]

frente a tan bárbaro enemigo. Esta justificación, no obstante, no es más creíble que la demagogia de los nazis, que decían luchar contra el capitalismo y la plutocracia occidental. Las fuerzas «democráticas» incluyeron en sus filas a un Estado tan totalitario y sanguinario como la Alemania de Hitler: la Unión Soviética de Stalin, con su código penal que preveía la pena de muerte a partir de los doce años. Todo el mundo sabe, asimismo, que los Aliados recurrieron a similares métodos de terror y exterminio cada vez que lo consideraron necesario (bombardeos estratégicos, etc). Occidente esperó hasta la guerra fría para denunciar los campos soviéticos. Pero cada país capitalista ha tenido que vérselas con sus propios problemas específicos. Gran Bretaña no tuvo que lidiar con una guerra de Argelia, pero la partición de la India supuso millones de víctimas. Los EE. UU. nunca tuvieron que organizar campos de concentración[39] a fin de silenciar a sus obreros y deshacerse del excedente de pequeña burguesía, pero encontró en el Vietnam su propia guerra colonial. Por lo que toca a la Unión Soviética, con su Gulag hoy en día denunciado universalmente, se contentó con concentrar en unas pocas décadas los horrores esparcidos a lo largo de varios siglos en los países capitalistas más antiguos, que también produjeron millones de víctimas considerando sólo el trato dispensado a los Negros. El desarrollo del capital conlleva ciertas consecuencias, siendo las principales: (1) dominación sobre la clase obrera, lo que incluye la *destrucción*, suave o no, del movimiento revolucionario; (2) competencia con otros capitales nacionales, que acaba en *guerras*. Cuando el poder está en manos de los partidos «obreros», sólo cambia una cosa: la demagogia obrerista resulta más conspicua, pero no se les ahorra a los obreros la más severa represión cuando hace falta. El triunfo

39 Cien mil japoneses fueron internados en campos en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, pero no había necesidad alguna de liquidarlos.

del capital nunca es tan total como cuando los obreros se movilizan en su nombre en busca de «una vida mejor».

A fin de protegernos de los excesos del capital, el antifascismo invoca la intervención del Estado como algo que va de sí. Paradójicamente, el antifascismo se convierte en el campeón del Estado fuerte; por ejemplo, el PCF nos pregunta:

> ¿Qué clase de Estado hace falta hoy en Francia?… ¿Es fuerte y estable nuestro Estado, como asegura el presidente de la República? No, es débil, es impotente para sacar al país de la crisis social y política en la que está empantanado. De hecho, fomenta el desorden.[40]

Tanto la dictadura como la democracia se proponen *fortalecer al Estado*, la primera como cuestión de principios, la segunda para protegernos, acabando en el mismo resultado. Ambos trabajan por la misma meta: el totalitarismo. En ambos casos es cuestión de obligar a todo el mundo a *participar* en la sociedad: «de arriba abajo» para la dictadura, «de abajo arriba» para los demócratas.

Por lo que se refiere a la dictadura y la democracia, ¿podemos hablar de una lucha entre dos fracciones sociológicamente diferenciadas del capital? Más bien tratamos con dos métodos diferentes de regimentar al proletariado, ya integrándolo por la fuerza, ya agrupándolo a través de la mediación de sus «propias» organizaciones. El capital opta por una u otra de estas soluciones de acuerdo con las necesidades del momento. En Alemania, después de 1918, la socialdemocracia y los sindicatos eran indispensables para controlar a los trabajadores y aislar a los revolucionarios. Por otra parte, después de 1929, Alemania tenía que concentrar su industria, eliminar a un sector de sus clases medias y disciplinar a la burguesía. El mismo movimiento obrero tradicional, que defen-

40 *L'Humanité*, 6 de marzo de 1972, citado en *Le Prolétaire*, n° 124.

día los intereses inmediatos de los obreros, se había convertido en un impedimento al desarrollo ulterior. Las «organizaciones obreras» habían sostenido fielmente al capitalismo, pero conservando su autonomía; como organizaciones buscaban ante todo perpetuarse a sí mismas. Esto les hizo jugar un eficaz papel contrarrevolucionario en 1918-1921, como demuestra el fracaso de la revolución alemana. En 1920 las organizaciones socialdemócratas dieron el primer ejemplo de *antifascismo* antirrevolucionario (antes de que el nombre de fascismo existiera siquiera).[41] A continuación el peso adquirido por estas organizaciones, tanto en la sociedad como en el propio Estado, les hizo jugar un papel de conservación social, de maltusianismo económico. Tenían que ser eliminadas. Habían cumplido una función anticomunista en 1918-1921 porque eran la expresión de la defensa del trabajo asalariado como tal; pero esta misma base requería que siguieran representando los intereses inmediatos de los *asalariados*, en detrimento de la reorganización del capital *como un todo*.

Se entiende por qué el nazismo tenía como meta la destrucción violenta del movimiento obrero, al contrario de los llamados partidos fascistas de la actualidad. Esa es la diferencia crucial. La socialdemocracia había hecho bien su trabajo de domesticar a los obreros, *demasiado bien*. La socialdemocracia había ocupado un lugar importante en el Estado pero era incapaz de unificar tras de sí a toda Alemania. Esa fue la tarea del nazismo, que supo cómo atraerse a todas las clases, desde los parados hasta los capitalistas monopolistas.

41 Cf. el capítulo acerca del putsch de Kapp en D. Authier, J. Barrot [G. Dauvé], *La izquierda comunista en Alemania 1918-1921*. El putsch de Kapp en 1920 fue derrotado por una huelga general, pero la insurrección del Ruhr que estalló inmediatamente a continuación y que aspiraba a ir más allá de la defensa de la democracia fue reprimida en nombre del Estado… por el ejército que acababa de secundar el putsch.

De modo similar, en Chile la Unidad Popular fue capaz de controlar a los obreros, pero sin reunir a su alrededor a toda la nación. Así pues, se hizo necesario derrocarla por la fuerza. Por contra, no ha habido (¿aún?) ninguna represión masiva en Portugal desde noviembre de 1975, y si el régimen actual proclama que continúa la obra de la «revolución de los oficiales», no se debe a que el poder de la clase obrera y de las organizaciones democráticas impide un golpe de Estado de la derecha. Los partidos de izquierda y los sindicatos nunca han impedido algo semejante, salvo cuando el golpe de Estado era prematuro, por ejemplo cuando el putsch de Kapp en 1920. No hay Terror Blanco en Portugal porque resulta innecesario, pues hasta ahora el Partido Socialista ha unificado tras de sí al conjunto de la sociedad.

Lo reconozca o no, el antifascismo se ha convertido en la forma necesaria del reformismo obrero y del reformismo capitalista. El antifascismo reúne a los dos diciendo representar el verdadero ideal de la revolución burguesa traicionado por el capital. Concibe la democracia como un elemento del socialismo, un elemento ya presente en nuestra sociedad. Concibe el socialismo como la democracia total. La lucha por el socialismo consistiría en obtener más y más derechos democráticos dentro del marco del capitalismo. Con la ayuda del chivo expiatorio fascista, se revitaliza el gradualismo democrático. El fascismo y el antifascismo tienen los mismos orígenes y el mismo programa, pero el primero proclamaba que iba más allá del capital y de las clases, mientras que el segundo intenta alcanzar la «verdadera» democracia burguesa, que es infinitamente perfectible mediante el añadido de dosis cada vez más fuertes de democracia. En realidad, la democracia burguesa es un estadio en la toma del poder por el capital, y su prolongación en el siglo XX ha dado como resultado el aislamiento creciente de los individuos. Nacida como la solución ilusoria al problema de la separación de la actividad humana y la sociedad, la democracia nunca será capaz de resolver el problema de

la sociedad más escindida de toda la historia.[42] El antifascismo siempre terminará por incrementar el totalitarismo; su lucha en favor de un Estado «democrático» acabará fortaleciendo al *Estado.*[43]

Por varias razones, los análisis revolucionarios del fascismo y el antifascismo, y en particular el análisis de la Guerra Civil Española, que es un ejemplo más complejo, son ignorados, incomprendidos, o son deformados con regularidad. En el mejor de los casos, se les considera una perspectiva idealista; en el peor, un apoyo indirecto al fascismo. Fíjense, dicen ellos, en cómo el PCI ayudó a Mussolini negándose a tomarse el fascismo en serio, y sobre todo por no aliarse con las fuerzas democráticas; o cómo el KPD permitió a Hitler acceder al poder mientras trataba al SPD como el enemigo principal. En España, por el contrario, se tiene un ejemplo de resuelta lucha antifascista, que podría haber triunfado de no ser por las deficiencias de los estalinistas-socialistas-anarquistas (tachar los nombres apropiados). Estas afirmaciones se basan en la distorsión de los hechos.[44]

42 «De la politique». *Le Mouvement Communiste* n° 5, octubre de 1973.

43 Sobre el caso particular de Francia, ver la obra colectiva de Barrot [Dauvé], Borcksuk, Riviale, *La légende de la gauche au pouvoir. Le Front Populaire*, La Tête de Feuilles, 1973. Esta compilación contiene textos de la izquierda comunista de los años 30, entre ellos un informe sobre el 6 de febrero de 1934 y otro sobre España de la minoría de la Ligue des Communistes Internationalistes de Belgique, pp. 119-122.

44 El n° 2 de los *Cahiers du Futur*, dedicado a la «dictadura» por J. Baynac, G. Guégan y P. Sorin, supera –aunque a su manera– la oposición tradicional fascismo-democracia.
En lugar de analizar las condiciones en las cuales se constituyó la democracia burguesa y sus ambiguas relaciones con el movimiento proletario, esta revista celebra la lucidez de aquellos (por ejemplo, los contrarrevolucionarios del siglo XIX) que siempre la combatieron. En lugar de explicar la recuperación de los asuntos revolucionarios por parte de la contrarrevolución, se complace en describir aquello que en sus manos se convierte en un embrollo sin sentido. El lector emerge de ello con un sentimiento de aversión: pero ¿hacia qué? ¿hacia la contrarrevolución? ¿o hacia la revolución? Puede ser

Italia y Alemania

Encabezando las contraverdades se halla un relato distorsionado del caso en que al menos un importante sector del proletariado luchó contra el fascismo con sus propios métodos y objetivos: Ita-

una, puede ser la otra o quizás las dos. Todo se resume en esta frase de la presentación: «entiéndalo quien pueda». En efecto.
Describir el horror sin buscar ni indicar el medio de librarse de él, ¿no es el último refugio del esteticismo para la pequeña élite que ha comprendido que el arte había muerto? El cinismo hace aquí las veces de la filosofía. La visión que se desprende de esta revista es, por desgracia, demasiado conocida: la de un mundo dividido en lobos y ovejas. A los redactores les gusta ocultar las huellas, pero ¿dónde se posicionan ellos? ¿por encima de la contienda o de qué lado? No sirve de nada reivindicar la «revolución» –por supuesto total– mientras no se explicite de qué se trata. En el mejor de los casos, es una exigencia moral. En el peor, se aceptará cualquier agitación que sepa presentarse como un soplo de aire fresco, como un impulso violento de fuerzas oscuras tanto más seductoras por el hecho de que no las comprendemos. Nada nos impediría apoyar un «fascismo» (es decir, ¡lisa y llanamente el capitalismo!) por poco que se presente como una aventura. La esencia del elitismo no reside en unas ideas particulares, sino que se rodea tanto de ideas reaccionarias como de tesis ultrarradicales. Lo que lo define, en primer lugar, es una cierta manera de situarse frente al mundo, de distinguirse de las masas (en las que, en cambio, los izquierdistas quisieran sumergirse). Poco importa aquí que ese sub-nietzscheanismo coincida con un cinismo real o esconda un profundo desasosiego.
Las ilustraciones transmiten una fascinación por la violencia y por la muerte, so pretexto de exorcizarlas. El mínimo exigible a todo individuo o grupo con pretensiones revolucionarias es rechazar el chantaje de la «barbarie nazi», de la «represión», del «martirio de los judíos», o de los campos de concentración rusos, de las que la democracia occidental nos abruma para persuadirnos de sus beneficios y que nos olvidemos de su vertiente totalitaria. Los *Cahiers du Futur* se limitan a invertir esta demagogia, a desenmascarar lo atroz para… ¿Para qué exactamente? Mofarse de todo, por tanto, también de la revolución. Esta revista sólo privilegia una cosa: el punto de vista lúcido de sus redactores, que han «comprendido». Una paradoja: el pensamiento más a la última reinventa la obsesión de la filosofía occidental y privilegia al «sujeto» que piensa y observa el mundo, incapaz de comprenderse a sí mismo como parte de él y, por supuesto, de transformarlo en un sentido revolucionario. Actitud típica de la decadencia.

lia en 1918-1922. Esta lucha no fue específicamente antifascista: luchar contra el capital significaba luchar tanto contra el fascismo como contra la *democracia* parlamentaria. Este episodio resulta significativo porque el movimiento en cuestión estuvo liderado por *comunistas*, y no por socialistas reformistas que se habían unido a la Comintern, verbigracia, el PCF, o por estalinistas compitiendo en demagogia nacionalista con los nazis (como el KPD y su palabrería acerca de la «revolución nacional» a comienzos de los años treinta). Perversamente, el carácter proletario de la lucha ha permitido a los antifascistas rechazar todo lo que de revolucionario tuvo la experiencia italiana: acusan al PCI, dirigido en aquel entonces por Bordiga y los comunistas de izquierda, de favorecer el acceso al poder de Mussolini. Sin romantizar este episodio, merece la pena estudiarlo porque demuestra sin la menor ambigüedad que el consiguiente derrotismo[45] de los revolucionarios frente a la guerra entre la «democracia» y el «fascismo» (Guerra Civil Española o Segunda Guerra Mundial) no era la actitud de unos puristas que sólo insistían en «la revolución» y se negaban a mover un dedo hasta el Gran Día. Este derrotismo se basaba sencillamente en la desaparición, durante los años veinte y treinta, del proletariado como fuerza histórica, después de su derrota tras su parcial constitución en clase al final de la Primera Guerra Mundial.

La represión fascista tuvo lugar solamente *después de la derrota del proletariado*. No fue ella la que destruyó a las fuerzas revolucionarias, que sólo el movimiento obrero tradicional pudo dominar tanto por métodos directos como indirectos. Los revolucionarios fueron derrotados por la democracia, que no se encogía al emplear todos los recursos disponibles, incluida la acción militar. El fascismo sólo destruyó a adversarios menores, incluyendo

45 El derrotismo revolucionario implica una postura internacionalista no solo contraria a la guerra, y por tanto de no apoyo a ninguno de los bandos en disputa, sino también de confrontación, en la medida de lo posible, con el propio Estado y burguesía local. [N. del e.]

al movimiento obrero reformista que se había convertido en un obstáculo para el desarrollo futuro. Es una mentira describir la llegada al poder del fascismo como el resultado de luchas callejeras en las que los fascistas derrotaron a los trabajadores.

En Italia, como en muchos otros países, 1919 fue el año decisivo en que la lucha proletaria fue derrotada por la acción directa del Estado así como por la política electoral.[46] Hasta 1922, el Estado concedió la mayor libertad de acción a los fascistas: indulgencia en los procesos judiciales, desarme unilateral de los trabajadores, en ocasiones apoyo armado, por no hablar del memorándum Bonomi de octubre de 1921, que envió a sesenta mil oficiales a hacer de líderes de los grupos de asalto fascistas. Ante la ofensiva armada fascista, el Estado apeló… a las urnas. Durante las ocupaciones de fábricas de 1920, el Estado se abstuvo de atacar a los proletarios, permitiendo que su lucha se extinguiese, con la ayuda de la CGL, que rompió las huelgas. En cuanto a los «demócratas», no vacilaron en formar un «bloque nacional» (liberales y derechistas) que *incluía* a los fascistas, para las elecciones de mayo de 1921. Durante junio y julio de 1921, el PSI concluyó un inútil y falso «tratado de paz» con los fascistas.

Apenas puede hablarse de un golpe de Estado en 1922: fue una transmisión del poder. La «Marcha sobre Roma» de Mussolini (que prefirió tomar el tren) no fue un medio de presionar al gobierno legal sino más bien una maniobra publicitaria. El ultimátum que entregó al gobierno el 24 de octubre no amenazaba con la guerra civil: era una notificación al Estado capitalista (y en-

46 «Le P.C. d'I. face à l'offensive fasciste (1921-1924)», *Programme Communiste*, nºs 45 a 60. Esta revista del Partido Comunista Internacional se empeña en no criticar a los sindicatos. El PCI (entonces dirigido por la izquierda y por Bordiga) rechazaba el «frente único» político, pero intentaba imponerlo a nivel sindical. Sobre esta época, ver el tomo I de *l'Histoire du fascisme* de R. Paris (Maspero), y la *Revue Théorique* nº 2 de la Corriente Comunista Internacional.

tendida como tal por el Estado) de que en adelante el PNF era la fuerza más capacitada para asegurar la unidad del Estado. El Estado se sometió muy rápidamente. La ley marcial declarada tras el fracaso de un intento de compromiso fue anulada por el rey, que a continuación pidió a Mussolini que formara el nuevo gobierno (que incluía a liberales). Todos los partidos salvo el PSI y el PCI, se entendieron con el PNF y votaron la investidura de Mussolini en el parlamento. El poder del dictador fue ratificado por la democracia. El mismo escenario se reprodujo en Alemania. Hitler fue designado como canciller por el presidente Hindenburg (elegido en 1932 con el apoyo de los socialistas que veían en él… un baluarte contra Hitler), y los nazis eran minoría en el primer gabinete de Hitler. Después de algunas vacilaciones, el capital apoyó a Hitler, pues veía en él la fuerza política necesaria para unificar el Estado y por tanto la sociedad. (Que el capital no previese algunas de las formas subsiguientes del Estado nazi es un asunto de importancia secundaria).

En ambos países, el «movimiento obrero» estuvo lejos de ser aplastado por el fascismo. Sus organizaciones, totalmente independientes del movimiento social del proletariado, sólo funcionaban de cara a conservar su existencia institucional y estaban dispuestas a aceptar cualquier régimen político, de derechas o de izquierdas, que quisiera tolerarlas. El PSOE español y su federación sindical, (UGT) colaboraron entre 1923 y 1930 con la dictadura de Primo de Rivera. En 1932, los sindicatos socialistas alemanes, por boca de sus dirigentes, se declararon independientes de cualquier partido político e indiferentes frente a la forma del Estado, e intentaron llegar a un acuerdo con Schleicher (el desgraciado predecesor de Hitler), y después con Hitler, que les convenció de que el Nacionalsocialismo permitiría la continuidad de su existencia. Tras lo cual los sindicalistas alemanes desaparecieron detrás de las esvásticas al mismo tiempo que el 1 de mayo de 1933 se convertía en la «Fiesta del Trabajo Alemán». Los nazis procedieron entonces

a enviar a los líderes sindicales a las cárceles y los campos, lo que tuvo como efecto otorgar a los supervivientes la reputación de ser resueltos «antifascistas» desde el primer momento.

En Italia, los líderes sindicales quisieron llegar a un acuerdo de mutua tolerancia con los fascistas. Se pusieron en contacto con el PNF a finales de 1922 y en 1923. Poco antes de que Mussolini tomase el poder, declararon:

> En el momento en que se exacerban las pasiones políticas y en que dos fuerzas ajenas a los sindicatos se disputan ásperamente el poder, la CGL considera su deber poner en guardia a los trabajadores frente a las especulaciones de partidos o agrupaciones políticas que pretenden arrastrar al proletariado a una lucha ante la que debe permanecer absolutamente ajeno para no comprometer su independencia.[47]

Por otra parte, en febrero de 1934, en Austria[48] hubo resistencia armada por parte de la izquierda del Partido Socialdemócrata contra las fuerzas de un Estado que se venía mostrando cada vez más dictatorial y conciliador con los fascistas. Esta lucha no tenía carácter revolucionario, sino que procedía del hecho de que prácticamente no hubo luchas callejeras en Austria después de 1918. Los proletarios más combativos (aunque no eran comunistas) no habían sido derrotados, y habían permanecido en el seno de la socialdemocracia, la cual, pues, conservaba algunas tendencias revolucionarias. Por supuesto, esta resistencia hizo irrupción espontáneamente y no logró coordinarse a sí misma.

La crítica revolucionaria de estos acontecimientos no desemboca en una conclusión del tipo «todo o nada», como si uno insistie-

47 Citado en *Programme Communiste*, n°. 50, p. 8.

48 «L'éffondrement du parti social-démocrate autrichien», *Les Temps Modernes*, diciembre de 1954.

se en combatir únicamente por «la revolución» y sólo junto a los comunistas más puros y más duros. Uno tiene que luchar, se nos dice, por reformas cuando no es posible hacer la revolución; una lucha por reformas bien llevada prepara el camino a la revolución: aquél que puede hacer más, puede hacer menos; pero quien no puede hacer menos, no puede hacer más; aquél que no se sabe defender, no sabrá cómo atacar, etc. Todas estas generalidades yerran el blanco. La polémica entre marxistas, desde la Segunda Internacional, no versa en torno a la necesidad o la inutilidad de la participación comunista en luchas reformistas, que en cualquier caso son una *realidad*. Es una cuestión de saber si una lucha dada pone a los trabajadores bajo el control (directo o indirecto) del capital y en particular de su Estado, y qué posición deben adoptar los revolucionarios en tal caso.[49] Para un revolucionario, una «lucha» (término que hace las delicias de los izquierdistas) no tiene valor en si misma; las acciones más violentas han acabado a menudo en la constitución de partidos y sindicatos que a continuación han demostrado ser enemigos del comunismo. Cualquier lucha que coloque a los trabajadores en posición de dependencia ante el Estado capitalista, sin importar lo espontáneo o lo enérgico de sus orígenes, sólo puede tener una función contrarrevolucionaria. La lucha antifascista, que pretende luchar por el mal menor (mejor la democracia capitalista que el fascismo capitalista), es como arrojarse al río para evitar la lluvia. Más aún, al colocarse bajo la dirección del Estado, uno tiene que aceptar todas las consecuencias, incluida la represión que ejercerá, si hiciera falta, contra los trabajadores y revolucionarios que quieran ir más allá del antifascismo.

En vez de responsabilizar a Bordiga y al PCI de 1921-1922 por el triunfo de Mussolini, más valdría plantearse la perpetua ende-

49 Cf. *Communisme* n° 5, 15 de agosto de 1937, en *La légende de la gauche au pouvoir*, p. 122.

blez del antifascismo, cuyo expediente resulta abrumadoramente negativo: *¿cuándo* ha impedido o siquiera ralentizado al totalitarismo el antifascismo? Se supone que la Segunda Guerra Mundial debía salvaguardar la existencia de los Estados democráticos, pero hoy día las democracias parlamentarias son la excepción. En los llamados países socialistas, la desaparición de la burguesía tradicional y las exigencias del capitalismo de Estado han desembocado en dictaduras que no resultan preferibles en nada a las de los antiguos países del Eje. Hay quién acariciaba ilusiones acerca de China, pero poco a poco la información disponible confirma los análisis marxistas ya publicados[50] y revela la existencia de los campos, la realidad de los cuales siguen negando los maoístas… al igual que los estalinistas negaban la existencia de los campos soviéticos durante los últimos 30 años. África, Asia y Latinoamérica viven bajo sistemas de partido único o dictaduras militares. Uno queda horrorizado por las torturas en Brasil, pero la democracia mexicana no dudó en abrir fuego contra los manifestantes en 1968, matando a 300. Al menos la derrota de las potencias del Eje trajo la paz… pero sólo a los europeos, no para los millones que han muerto desde entonces en interminables guerras y hambrunas crónicas. Resumiendo, que la guerra para acabar con todas las guerras y contra el totalitarismo fue un fracaso.

La respuesta del antifascismo es automática: es culpa del imperialismo americano o soviético o de ambos; en todo caso, dicen los más radicales, se debe a la supervivencia del capitalismo y de sus crímenes correspondientes. De acuerdo. Pero el problema sigue allí. ¿Cómo podría una guerra creada por Estados capitalistas tener otro efecto que el fortalecimiento del capital?

50 Cf. los artículos de Brune en los n° 24 y 29 de *Socialisme ou Barbarie*; Simon Leys, *Los Trajes Nuevos del Presidente Mao*, Tusquets (1976) y El Salmón (2017); C. Reeves, *Le trigre de papier*, Spartacus, 1972; y *Revó. Cul. dans la Chine Pop.*, UGE - 10/18, 1974.

Los antifascistas (sobre todo los «revolucionarios») sacan exactamente la conclusión opuesta, haciendo un llamamiento en favor de un resurgir del antifascismo, que debe radicalizarse continuamente para que progrese lo máximo posible. Nunca desisten de denunciar «retornos» o «métodos» fascistas (por ejemplo, en Alemania Occidental), pero nunca deducen de todo esto la necesidad de destruir la raíz del mal: el capital. Más bien sacan la conclusión inversa de que es preciso retornar al «verdadero» antifascismo, de proletarizarlo, de reemprender el trabajo de Sísifo consistente en democratizar el capitalismo. Ahora bien, uno puede odiar el fascismo y amar el humanitarismo, pero nada cambiará el punto esencial: (1) el Estado capitalista (y eso quiere decir todos los Estados) se ve cada vez más constreñido a mostrarse como totalitario y represivo; (2) todos los intentos de ejercer presión sobre ellos para obligarlos a tomar una dirección más favorable a los trabajadores o a las «libertades», acabarán en el mejor de los casos en la nada, y en el peor (y ése suele ser el caso) reforzando la ilusión ampliamente extendida de que el Estado es un árbitro por encima de las clases. Los izquierdistas son perfectamente capaces de repetir el clásico análisis marxista del Estado como un instrumento de dominación de clase y proponer al mismo tiempo «usar» ese mismo Estado. De modo parecido, los izquierdistas estudiarán los escritos de Marx sobre la abolición del trabajo asalariado y el intercambio, y después darán media vuelta y describirán la revolución como una ultrademocratización del trabajo asalariado.

Los hay que van más lejos. Adoptando parte de la teoría revolucionaria afirman que, puesto que el capital hoy solo puede ser «fascista», la lucha por la democracia contra el fascismo implica la lucha contra el propio capital. ¿Pero sobre qué terreno luchan? Luchar bajo la dirección de uno o más Estados capitalistas –porque tienen y retienen el control de la lucha– es asegurar la derrota en la lucha contra el capital. La lucha por la democracia no es un atajo que permita a los trabajadores hacer la revolución sin darse

cuenta. El proletariado destruirá el totalitarismo sólo mediante la destrucción de la democracia y la totalidad de las formas políticas al mismo tiempo. Hasta entonces habrá una sucesión de sistemas «fascistas» y «democráticos» en el tiempo y en el espacio; regímenes dictatoriales que se transforman por voluntad propia o por fuerza en regímenes democráticos; dictaduras coexistiendo con democracias, las unas sirviendo de contraste y autojustificación para las otras.

Así pues, es absurdo decir que la democracia proporciona un sistema social más favorable que la dictadura para las actividades revolucionarias, puesto que la primera se vuelve inmediatamente hacia los medios dictatoriales cuando se ve amenazada por la revolución; tanto más cuando están en el poder los «partidos obreros». Si uno quiere seguir al antifascismo hasta su conclusión lógica, tendrá que imitar a ciertos liberales de izquierda que nos dicen: puesto que el movimiento revolucionario empuja al capital hacia la dictadura, renunciemos a toda revolución y contentémonos con ir lo más lejos posible por el camino de las reformas –siempre y cuando no asustemos al capital. Pero esta prudencia es utópica ella misma, porque la «fascistización» que intenta evitar no es sólo el producto de la acción revolucionaria, sino también de la concentración capitalista. Podemos discutir acerca de lo oportuno y de los resultados prácticos de la participación de los revolucionarios en los movimientos democráticos hasta principios del siglo XX, pero esta opción queda excluida una vez que el capital alcanza la dominación total sobre la sociedad, pues entonces sólo es posible un tipo de política: la democracia se convierte en una mistificación y una trampa para los incautos. Cada vez que los proletarios dependen de la democracia como arma contra el capital, escapa a su control o se transforma en su opuesto… Los revolucionarios rechazan el antifascismo porque uno no puede luchar *exclusivamente* contra *una* forma política sin apoyar las otras, lo cual es el meollo del antifascismo. Estric-

tamente hablando, el error del antifascismo no consiste tanto en la lucha contra el fascismo sino en darle *prioridad* a esta lucha, lo que la vuelve ineficaz. Los revolucionarios no denuncian el antifascismo por «no hacer la revolución», sino por ser impotente para detener el totalitarismo, y por reforzar, voluntariamente o no, al capital y al Estado.

No es sólo que la democracia se rinda siempre ante el fascismo prácticamente sin luchar, sino también que el fascismo regenera la democracia de sus propias entrañas según lo requiera el estado de las fuerzas socio-políticas. Por ejemplo, en 1943, Italia fue obligada a unirse al bando de los vencedores, y por tanto su líder, el «dictador» Mussolini, se encontró en minoría en el Gran Consejo Fascista y se sometió al veredicto democrático de este órgano. Uno de los más altos funcionarios fascistas, el mariscal Badoglio, convocó a la oposición democrática y formó un gobierno de coalición. Mussolini fue arrestado. En Italia esto se conoce como la «revolución del 25 de agosto de 1943». Los demócratas vacilaban, pero la presión de los rusos y del PCI les obligó a aceptar un gobierno de unidad nacional en abril de 1944, dirigido por Badoglio, al cual pertenecieron Togliatti y Benedetto Croce. En junio de 1944, el socialista Bonomi formó un ministerio que excluyó a los fascistas. Esto estableció la fórmula tripartita (PCI-PSI-Democracia Cristiana) que dominó los primeros años del período de posguerra.[51] De este modo contemplamos una transición deseada y orquestada en parte por los fascistas. Al igual que la democracia comprendió en 1922 que el mejor medio de conservar el Estado era confiárselo a la dictadura del partido fascista, así el fascismo comprendió en 1943 que la única forma de proteger la integridad de la nación y la continuidad del Estado era devolver el control de éste último a los partidos democráticos. La democracia se metamorfosea en fascismo, y viceversa, de acuerdo con las circunstancias: lo que

51 M. Vaussard, *L'Italie contemporaine*, Hachette, 1950, pp. 298-300.

está en juego es una sucesión o combinación de formas políticas que aseguren la conservación del Estado como garante del capitalismo. Hagamos notar que el «retorno de la democracia» está lejos de producir en sí mismo una renovación de la lucha de clases. De hecho, los partidos obreros que llegan al poder son los primeros en luchar en nombre del capital nacional. Así pues, los sacrificios materiales y la renuncia a la lucha de clases, justificados por la necesidad de «derrotar primero al fascismo», fueron impuestos *después* de la derrota del Eje, siempre en nombre de los ideales de la Resistencia. Las ideologías fascista y antifascista son adaptables cada una a los intereses momentáneos y fundamentales del capital, de acuerdo con las circunstancias.

Desde el primer momento, siempre que surge el grito de «el fascismo no pasará», no sólo pasa siempre, sino además de una forma tan grotesca que la demarcación entre el fascismo y el no-fascismo sigue una línea en constante movimiento. Por ejemplo, la Izquierda Francesa denunció el «peligro» fascista tras el 13 de mayo de 1958, pero el secretario general de la SFIO [Sección Francesa de la Segunda Internacional] colaboró en la redacción de la constitución de la Quinta República.

Portugal y Grecia han ofrecido nuevos ejemplos de la autotransformación de dictaduras en democracias. Bajo el impacto de circunstancias exteriores (la cuestión colonial para Portugal,[52] el conflicto de Chipre para Grecia), un sector de los militares prefirió dejar tirado al *régimen* a fin de poder salvar al *Estado*; los

52 Sobre Portugal, ver el artículo del n° 2 de *La Guerre Sociale*, 1978. Los análisis de *Le Prolétaire* (la revista bimestral del Partido Comunista Internacional) exageran la influencia de los movimientos nacionales de las colonias portuguesas sobre la metrópoli, del mismo modo que se engañan sobre el alcance «revolucionario» de los movimientos nacionales de los países del Tercer Mundo en general.
Para un ejemplo de esta confusión, ver el n° 1 de la revista *Spartacus*, que habla de «Octubre en Portugal». Véase su crítica en el n° 20 de *Révolu tion Internationale*.

demócratas razonan exactamente de la misma manera cuando los «fascistas» pujan por el poder. El actual Partido Comunista de España expresa precisamente este punto de vista (queda por ver si el capital español quiere y necesita al PCE):

> La sociedad española quiere que todo se transforme de manera que el funcionamiento normal del Estado quede asegurado, sin sobresaltos ni convulsiones sociales. La continuidad del Estado exige la discontinuidad del Régimen.[53]

Hay una transición de una forma a otra, una transición de la que está excluido el proletariado y sobre la que no ejerce ningún control. Si el proletariado intenta intervenir, termina integrado en el Estado y sus luchas subsiguientes resultan tanto más difíciles, como demuestra claramente el caso portugués.

Chile

Probablemente sea el ejemplo de Chile el que más ha hecho para revitalizar la falsa oposición democracia/fascismo. Este caso ilustra con triste claridad el mecanismo del triunfo de la dictadura, conllevando en esta ocasión la *triple* derrota del proletariado.

Contemporáneamente a los acontecimientos en Europa, el Frente Popular chileno de los años treinta ya había designado a la «oligarquía» como su enemigo. La lucha contra el control oligárquico de la legislatura, presentada como la supresión de las fuerzas más conservadoras, facilitó la evolución hacia un sistema presidencial más centralizado, con un poder estatal reforzado, capaz de sacar adelante reformas, o sea, el desarrollo industrial. Este Frente Popular (que en lo esencial duró desde 1936 hasta 1940)

53 Citado en *Le Prolétaire*, n° 206.

correspondía a la coyuntura al alza de las clases medias urbanas (burguesía y trabajadores de cuello blanco) y las luchas de la clase obrera. La clase obrera estaba organizada por la federación socialista del trabajo (diezmada por la represión); por la CGT anarcosindicalista, influenciada por los IWW [Trabajadores Industriales del Mundo] y bastante débil (entre 20 y 30 mil miembros de un total de 200.000 obreros sindicalizados); y especialmente por la federación bajo la influencia del Partido Comunista. Los sindicatos de trabajadores de cuello blanco habían llevado a cabo huelgas tan feroces como las de los trabajadores industriales durante los años veinte con excepción de los dos bastiones de militancia obrera: las industrias de nitratos (de cobre, después) y el carbón. Aunque insistía en la reforma agraria, la coalición socialista-estalinista-radical no logró imponérsela a la oligarquía. La coalición no hizo mucho para recuperar la riqueza cedida a las explotaciones extranjeras de los recursos naturales (principalmente nitratos), sino que gestionó un salto en la producción industrial como el que nunca antes o después había conocido Chile. Mediante instituciones semejantes a las del New Deal, el Estado se aseguró la mayor parte de las inversiones e introdujo una estructura de capitalismo de Estado, concentrándose en la industria pesada y la energía. La producción industrial se incrementó en este período un 10% anual; desde este período hasta 1960, en un 4% anual; y durante los sesenta, de 1 a 2% al año. A finales de 1936 tuvo lugar una reunificación de las federaciones del trabajo socialista y estalinista y se debilitó aún más a la CGT; el Frente Popular barrió cualquier cosa que fuese auténticamente subversiva. Como coalición, el régimen duró hasta 1940, cuando el Partido Socialista se retiró. Pero el régimen fue capaz de seguir hasta 1947, apoyado por los Radicales y el Partido Comunista, además del apoyo intermitente de la Falange fascista (antecesor derechista de la Democracia Cristiana chilena y partido de origen del líder democristiano Eduardo

Frei[54]). El Partido Comunista apoyó al régimen hasta 1947, cuando fue ilegalizado por los Radicales.

Como siempre nos cuentan los izquierdistas, los Frentes Populares también son el producto de la lucha de la clase obrera, pero de una lucha que permanece en el marco del capitalismo e impulsa al capital a modernizarse. Después de 1970, la Unidad Popular se dio como meta la revitalización del capital nacional chileno (que el PDC no había sabido proteger durante los sesenta), integrando al mismo tiempo a los trabajadores. Al final el proletariado chileno fue derrotado tres veces seguidas. La primera, por desistir de sus luchas económicas para formar bajo la bandera de las fuerzas de la izquierda, aceptando el nuevo Estado porque estaba sostenido por las organizaciones «obreras». Allende respondía en 1971 a esta pregunta:

—¿Cree Ud. posible evitar la dictadura del proletariado?
—Yo lo creo así: es de cara a ese objetivo que trabajamos.[55]

Segundo, al sufrir la represión a manos de los militares después del golpe de Estado, en contra de lo que había dicho la prensa izquierdista acerca de la «resistencia armada». Los proletarios habían sido desarmados material e ideológicamente por el gobierno de Allende. Este último había iniciado él mismo la transición hacia un gobierno militar al nombrar ministro del interior a un general. Al colocarse bajo la protección del Estado democrático, que

54 Este apoyo que se extiende desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda no debería resultar sorprendente. Es más que frecuente que los Partidos Comunistas latinoamericanos apoyen regímenes militares o dictatoriales con la excusa de ser «progresistas» en el sentido de haber apoyado a los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial, desarrollar el capital nacional, o hacer concesiones a los trabajadores. Cf. Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, Libreros Mexicanos Unidos, 1964. Los maoístas y trotskistas suelen comportarse del mismo modo, por ejemplo en Bolivia.

55 *Le Monde*, 7-8 de febrero de 1971, en *Le Prolétaire*, n° 99.

era congénitamente incapaz de evitar el totalitarismo (porque el Estado está ante todo *a favor del Estado* –democrático o dictatorial– antes que por la democracia o la dictadura), los proletarios se condenaron de antemano a la parálisis frente a un golpe de la derecha. Un importante acuerdo entre la UP y el PDC decía:

> Deseamos que la policía y las fuerzas armadas sigan garantizando nuestro ordenamiento democrático, lo cual implica el respeto a la estructura organizada y jerárquica del ejército y la policía.[56]

Sin embargo, la derrota más vil fue la tercera. Aquí uno tiene que otorgarle a la extrema izquierda internacional la medalla que se merece. Tras haber sostenido al Estado capitalista a fin de impulsarlo más lejos, la izquierda y la extrema izquierda adoptaron la pose del profeta: «Se lo advertimos: el Estado es la fuerza represiva del capital». Los mismos que seis meses antes habían insistido en la entrada de elementos radicales en el ejército o la infiltración de los revolucionarios en el conjunto de la vida política y social, repetían ahora que el ejército seguía siendo «el ejército de la burguesía», y que ellos siempre lo habían sabido…

Buscando ante todo, evidentemente, justificar su inextricable fracaso, hicieron uso de la emoción y el espanto causado por el golpe de Estado a fin de ahogar el intento por parte de algunos proletarios (en Chile y en otras partes) de sacar las lecciones de estos acontecimientos. En vez de mostrar lo que hizo la UP y lo que no podía hacer, estos izquierdistas resucitaron la vieja política de siempre, dándole un barniz de izquierdas. La foto de Allende abrazado a un arma automática durante el golpe se convirtió en el símbolo de la democracia de izquierdas, finalmente resuelta a luchar eficazmente contra el fascismo. El voto está bien, pero no

56 En *Le Prolétaire*, n° 158.

basta: también son necesarias las armas –ésa es la lección que saca la izquierda de Chile. La muerte del propio Allende, prueba «física» suficiente del fracaso de la democracia, queda disfrazada de testimonio de su voluntad de luchar.

> Y si, al poner en práctica la cosa, sus intereses resultan no interesar y su poder ser impotencia, la culpa la tienen los sofistas perniciosos, que escinden el *pueblo indivisible* en varios campos enemigos, o el ejército, demasiado embrutecido y cegado para ver en los fines puros de la democracia lo mejor para él, o bien ha fracasado todo por un detalle de ejecución, o ha surgido una casualidad imprevista que ha malogrado la partida por esta vez. En todo caso, el demócrata sale de la derrota más ignominiosa tan inmaculado como inocente entró en ella, con la convicción readquirida de que tiene necesariamente que vencer, no de que él mismo y su partido tienen que abandonar la vieja posición, sino de que, por el contrario, son las condiciones las que tienen que madurar para ponerse a tono con él.[57]

En cuanto a hacer preguntas sobre la naturaleza de la Unidad Popular, sobre el contenido de esta famosa lucha (un día con votos, otro día con balas), en definitiva sobre lo que son el capitalismo y el comunismo, sobre el Estado; eso es otro asunto, un lujo que no nos podemos permitir mientras «el fascismo ataca». Uno podría preguntarse también por qué los «cordones» industriales apenas se movieron. Pero ahora es el momento de estrechar las filas: la derrota unifica a los antifascistas todavía más que la victoria. Inversamente, a la vista de la situación portuguesa, uno debe evitar toda crítica bajo el pretexto de no hacer nada que obstaculice el «movimiento». De hecho, una de las primeras declaraciones de

57 Karl Marx, «El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte», en *Antología*, Siglo XXI, 2019, pp. 183-4.

los trotskistas portugueses tras el 25 de abril de 1974, era para denunciar a la «ultraizquierda» que no quería jugar a la democracia.

En resumen, la extrema izquierda internacional estuvo unida en la obstrucción del desciframiento de los acontecimientos chilenos, a fin de separar a los proletarios aún más de la perspectiva comunista. De este modo la izquierda prepara el retorno de la democracia chilena para el día en que el capital la necesite de nuevo.

Portugal

Aunque siga abierto a nuevas posibilidades de desarrollo, el caso portugués sólo constituye un acertijo insoluble para aquellos (los más) que no saben lo que es una revolución. Incluso revolucionarios sinceros pero confundidos siguen perplejos ante el colapso de un movimiento que tan sustancial les parecía pocos meses atrás. Esta incomprensión reposa sobre una confusión. Portugal muestra de lo que es capaz el proletariado, demostrando una vez más que el capital tiene que tenerlo en cuenta. La acción proletaria podrá no ser el motor de la historia, pero en el plano político y social constituye la piedra angular de la evolución de cualquier país capitalista moderno. Sin embargo, esta irrupción sobre el escenario histórico no es automáticamente sinónimo de progreso revolucionario. Mezclar teóricamente las dos cosas es confundir la revolución con su opuesto. Hablar de la Revolución Portuguesa es confundir la revolución con la reorganización del capital. En tanto que el proletariado permanezca dentro de los límites económicos y políticos del capitalismo, no sólo la base de la sociedad sigue sin haber cambiado, sino que incluso las reformas obtenidas (libertades políticas y reivindicaciones económicas) están condenadas a una existencia efímera. Cualquier cosa que el capital conceda bajo presión de la clase obrera puede ser retirada, en todo o en parte, en cuanto esa presión se relaje: cualquier mo-

vimiento se condena a sí mismo, si se limita a *hacer presión* sobre el capitalismo. Mientras los proletarios siguen actuando de esta forma, no hacen más que darse de cabeza contra el muro.

La dictadura portuguesa había dejado de ser la forma adecuada del desarrollo del capital nacional, como quedó evidenciado por su incapacidad de resolver la cuestión colonial. Lejos de enriquecer a la metrópoli, las colonias la desestabilizaron. Afortunadamente, listo para combatir al «fascismo», estaba… el ejército. La única fuerza organizada del país, sólo el ejército podía iniciar el cambio; en cuanto a llevarlo con éxito hasta sus últimas conclusiones, eso es harina de otro costal. Actuando según su costumbre, cegados por su papel y por sus pretensiones de poder dentro del marco del capital, la izquierda y la extrema izquierda detectaron una profunda subversión del ejército. Allí donde anteriormente habían visto a los oficiales como torturadores coloniales, ahora descubrían a un Ejército Popular. Con la ayuda de la sociología, demostraron los orígenes y las aspiraciones populares de los dirigentes militares, que supuestamente les inclinaban hacia el socialismo. Sólo hacía falta cultivar las buenas intenciones de estos oficiales, los cuales, se nos decía, no pedían otra cosa que ser iluminados por los «marxistas». Desde el PS hasta los izquierdistas más extremistas, todo el mundo conspiraba para ocultar el simple hecho de que el Estado capitalista no había desaparecido, y de que el ejército seguía siendo su instrumento esencial.

Puesto que algunas vacantes del aparato del Estado habían sido puestas al alcance de militantes obreros, nos dijeron que el Estado había cambiado de función. Puesto que se había expresado en un lenguaje populista, se consideraba que el ejército estaba del lado de los trabajadores. Puesto que prevalecía una relativa libertad de expresión, se juzgaba que la «democracia obrera» (fundamento del socialismo, como sabe todo el mundo) estaba bien arraigada. Desde luego hubo una serie de señales de alarma y renovaciones de la autoridad donde el Estado mostraba su viejo ser. Aquí de

nuevo, la izquierda y la extrema izquierda sacaron la conclusión de que era necesario ejercer todavía más presión sobre el Estado, pero sin atacarlo, por miedo a hacerle el juego a la «derecha». No obstante, fue precisamente el programa de la derecha lo que realizaron y al hacerlo le añadieron algo de lo que la derecha generalmente es incapaz: la integración de las masas. La apertura del Estado a influencias «desde la izquierda» no señala el principio de su extinción, sino más bien de su *fortalecimiento*. La izquierda puso una ideología popular y el entusiasmo de los trabajadores al servicio de la construcción del capitalismo nacional portugués.

La alianza entre la izquierda y el ejército era precaria. La izquierda puso las masas, el ejército la estabilidad garantizada por la amenaza de sus armas. Era necesario que el PCP y el PS controlasen cuidadosamente a las masas. A fin de poder hacerlo, tuvieron que conceder ventajas materiales que resultaban peligrosas para un capitalismo débil. De ahí las contradicciones y los sucesivos reagrupamientos políticos. Las organizaciones «obreras» eran capaces de controlar a los obreros, pero no de suministrar al capital los beneficios que exige. Así pues, se hizo necesario resolver la contradicción y restaurar la disciplina. La supuesta revolución había servido para agotar a los más resueltos, desalentar a los demás y aislar, e incluso reprimir, a los revolucionarios. A continuación el Estado intervino brutalmente, demostrando convincentemente que nunca había desaparecido. Aquellos que intentaron conquistar el Estado desde dentro sólo consiguieron sostenerlo en un momento crítico. No es posible un movimiento revolucionario en Portugal, y en todo caso sólo será posible sobre bases *distintas* a las del movimiento capitalista-democrático de abril de 1974.

La lucha obrera, incluso por objetivos reformistas, causa dificultades al capital y además constituye la experiencia necesaria para que el proletariado se prepare para la revolución. La lucha prepara el futuro: pero esta preparación puede conducir en dos direcciones –no hay nada automático– puede ahogar o reforzar

al movimiento comunista con idéntica facilidad. Bajo tales condiciones no es suficiente con insistir sobre la «autonomía» de las acciones de los trabajadores.[58] La autonomía no es un principio más revolucionario de lo que pueda serlo la planificación por parte de una minoría. La revolución no insiste más en la democracia de lo que insiste en la dictadura.

Los proletarios sólo pueden retener el control de la lucha llevando a cabo determinadas medidas. Si se limitan a la acción reformista, más pronto o más tarde la lucha escapará a su control y será tomada a cargo por un órgano especializado de tipo *sindical*, que puede llamarse a sí mismo sindicato o «comité de base». La autonomía no es en sí misma una virtud revolucionaria. Toda forma de organización depende del contenido de la meta para la que se creó. No se debe poner el acento en la auto-actividad de los trabajadores, sino en la perspectiva comunista, y únicamente la realización de ésta permite efectivamente que la acción de la clase obrera no caiga bajo el liderazgo de los partidos y sindicatos tradicionales. El contenido de la acción es el criterio determinante: la revolución no es sólo cuestión de lo que quiera la «mayoría». Dar prioridad a la autonomía de los trabajadores conduce a un callejón sin salida.

A veces el obrerismo es una respuesta saludable, pero resulta inevitablemente catastrófico cuando se convierte en un fin en sí mismo. El obrerismo tiende a conjurar las tareas decisivas de la revolución. En el nombre de la democracia «obrera», confina a los proletarios dentro de la empresa capitalista con sus problemas de producción (sin visualizar la revolución como la destrucción de la *empresa* como tal). Y el obrerismo mistifica el problema del Estado. En el mejor de los casos, reinventa el «sindicalismo revolucionario».

58 Cf. la compilación *Portugal l'autre combat. Classes et conflits dans la société*, Spartacus n°61 série B, 1975.

España: ¿guerra o revolución?

Por doquier, la democracia capitulaba ante la dictadura. Mejor dicho, recibía a la dictadura con los brazos abiertos. ¿Y España? Lejos de constituir la feliz excepción, España representó el caso extremo de la confrontación armada entre la democracia y el fascismo sin *cambiar la naturaleza* de la lucha: son siempre dos formas de desarrollo capitalista las que se oponen, dos formas políticas del Estado capitalista, dos sistemas estatistas peleándose sobre la legitimidad del Estado capitalista legal y normal en un país. Además, la confrontación fue violenta sólo porque los trabajadores se pusieron en orden de batalla contra el fascismo. La complejidad de la guerra en España procede de este doble aspecto: una guerra civil (proletariado versus capital) transformada en una guerra capitalista (con los proletarios sosteniendo a estructuras estatales capitalistas en ambos bandos).

Tras haber dado a los «rebeldes» todas las facilidades para prepararse, la República iba a negociar y/o someterse, cuando los proletarios se lanzaron contra el golpe de Estado fascista, impidiendo que triunfara en medio país. La guerra de España no se habría desencadenado sin esta auténtica *insurrección* proletaria (fue más que una explosión espontánea). Pero esto no basta por sí sólo para caracterizar *toda* la guerra española y los acontecimientos subsiguientes. Sólo define el *primer momento* de la lucha, que efectivamente fue un alzamiento proletario. Tras haber derrotado a los fascistas en gran número de ciudades, los trabajadores tenían el poder. Esa era la situación inmediatamente después de la insurrección. ¿Pero qué es lo que procedieron a hacer con aquel poder? ¿Se lo devolvieron al Estado republicano o lo utilizaron para ir más lejos en dirección al comunismo? Pusieron su confianza en el gobierno legal, es decir, en el Estado capitalista existente. Todas sus acciones subsiguientes fueron llevadas a cabo bajo la dirección de este Estado. Esa es la cuestión central. De ello se sigue

que en su lucha armada contra Franco y en sus transformaciones socioeconómicas, todo el movimiento del proletariado español se colocaba de lleno dentro del marco del Estado capitalista y sólo podía ser de naturaleza capitalista. Sus verdaderos intentos de ir más lejos tuvieron lugar en la esfera social (volveremos sobre ello); pero estos intentos seguían siendo hipotéticos mientras se conservara al Estado capitalista. La destrucción del Estado es la condición necesaria (pero no suficiente) para la revolución comunista. En España, el poder real lo ejercía el Estado y no las organizaciones, sindicatos, colectividades, comités, etc. La prueba de ello es que la poderosa CNT tuvo que someterse al PCE (muy débil antes de julio de 1936). Esto puede ser verificado por el simple hecho de que el Estado pudo emplear brutalmente su poder cuando hizo falta (mayo del 37). No hay revolución sin destruir el Estado. Esta «obvia» verdad marxista, olvidada por el 99% de los «marxistas», sale una vez más a la luz en la tragedia española.

> Una de las peculiaridades de las revoluciones consiste en que precisamente cuando el pueblo parece estar a punto de dar un gran salto y de abrir una nueva era, se deja arrastrar por las ilusiones del pasado y deja todo el poder e influencia, que tan costosamente ha conseguido, en manos de hombres que representan, o se supone que representan, el movimiento popular de una época pasada.[59]

No puede compararse a las «columnas» de obreros armados de la segunda mitad de 1936 con su militarización consiguiente y su reducción al nivel de órganos del ejército burgués. Una diferencia considerable separa a las dos fases, pero no en el sentido

59 «Espartero», artículo de Marx publicado en el *New York Daily Tribune*, nº 4.161 (19 de agosto de 1854), incluido en Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos sobre España*, Trotta (Madrid, 1998), p. 86.

de que una fase no-revolucionaria sucedió a una fase revolucionaria. Primero hubo una fase de estrangulamiento del despertar revolucionario, durante la cual el movimiento de los trabajadores conservó una cierta autonomía, un cierto entusiasmo, más aún, una conducta comunista bien descrita por Orwell.[60] A continuación esta fase, revolucionaria en la superficie pero que en realidad sentaba las condiciones para una clásica guerra antiproletaria, dio paso naturalmente a lo que había preparado.

Las columnas abandonaron Barcelona para combatir al fascismo en otras ciudades, principalmente Zaragoza. Suponiendo que estaban intentando extender la revolución *más allá de las zonas republicanas*, hubiese sido necesario *revolucionar aquellas zonas republicanas*, ya previa o simultáneamente.[61] Durruti sabía que el Estado no había sido destruido, pero ignoró este hecho. Durante la marcha, su columna, compuesta de un 70% de anarquistas, impulsó la colectivización. La milicia ayudó a los campesinos y les mostró las ideas revolucionarias. Pero «sólo tenemos un propósito: destruir a los fascistas.» Durruti lo expresaba bien: «nuestra milicia nunca defenderá a la burguesía, simplemente *no la ataca*.» Dos semanas antes de su muerte (20 de noviembre, 1936), Durruti declaraba:

> Se mira fijo, se mira adelante, con el sólo propósito de aplastar al fascismo.
>
> Pedimos al pueblo de Cataluña que se terminen las intrigas, las luchas intestinas; que os pongáis a la altura de las circunstancias; dejad las rencillas y la política y pensad en la guerra. […] Es necesaria una movilización efectiva de todos los trabajadores de la retaguardia, porque los que ya estamos en el

60 George Orwell, *Homenaje a Cataluña.*

61 Abel Paz, *Durruti en la Revolución española*, Fundación Anselmo Lorenzo (Madrid, 2006).

frente queremos saber con qué hombres contamos detrás de nosotros. […]

Y que no piense nadie ahora en aumentos de salarios y en reducciones de horas de trabajo. El deber de todos los trabajadores, especialmente los de la CNT es el de sacrificarse, el de trabajar lo que haga falta. […]

Si esa militarización decretada por la Generalidad es para meternos miedo y para imponernos una disciplina de hierro, se han equivocado. Vais equivocados consejeros, con el decreto de militarización de las milicias. Ya que habláis de disciplina de hierro, os digo que vengáis conmigo al frente. Allí estamos nosotros que no aceptamos ninguna disciplina, porque somos conscientes para cumplir con nuestro deber. […]

No provoquemos, con nuestra incompetencia, después de esta guerra, otra guerra civil entre nosotros.

Si cada cual piensa en que su partido sea más potente para imponer su política, está equivocado, porque frente a la tiranía fascista sólo debemos oponer una fuerza, sólo debe existir una organización, con una disciplina única.[62]

La voluntad de lucha nunca puede servir de sucedáneo de una lucha revolucionaria. Más aún, la violencia política se adapta fácilmente a los propósitos capitalistas (como lo demuestran episodios recientes de terrorismo).[63] La fascinación por la «lucha armada»

62 Boletín de Información, CNT-AIT-FAI, Vía Layetana, 32 y 34, Barcelona, 11 de noviembre de 1936.

63 Sobre el terrorismo, ver Barrot [Dauvé], *Violence et solidarité révolutionnaires*, Ed. De l'Oubli, 1974 (en particular sobre el grupo español conocido como MIL, del que formaba parte Puig Antich). [Existe traducción de los primeros ocho apartados bajo el título «Violencia y solidaridad revolucionarias: el proceso de los comunistas de Barcelona» realizada por Ediciones Mayo 37 del propio MIL. Fue incluida en la compilación Jean Barrot y MIL-GAC, *Cartas sobre la violencia y otros archivos*, Comunización Ediciones (Santiago, 2016). Disponible en la biblioteca virtual de la revista *Cuadernos de Negación*].

se les dispara a los proletarios por la culata en cuanto dirigen sus golpes exclusivamente contra una forma particular del Estado en vez de contra el Estado en sí.

Bajo condiciones distintas la evolución militar del bando antifascista (insurrección, seguida de milicias, finalmente un ejército regular) recuerda a la guerra de guerrillas antinapoleónica descrita por Marx:

> Si se comparan los tres períodos de la guerra de guerrillas con la historia política de España, vemos que representan los grados respectivos en que el espíritu contrarrevolucionario del gobierno había conseguido enfriar el espíritu del pueblo. Comenzada con el levantamiento de poblaciones enteras, la guerra de guerrillas fue después realizada por grupos guerrilleros, cuya reserva estaba formada por regiones enteras, y terminó convertida en actuación de *corps francs* [cuerpos voluntarios], siempre a punto de descender a *banditti* [bandidos] o de caer al nivel de regimientos regulares.[64]

No se puede trasponer una situación a otra, pero en 1936 como en 1808, la evolución militar no puede explicarse sólo mediante consideraciones «técnicas» relativas al arte de la guerra: uno debe considerar también la relación de las fuerzas políticas y sociales y su modificación en sentido antirrevolucionario. Hagamos notar que las «columnas» de 1936 no fueron capaces siquiera de librar una guerra de francotiradores y se atascaron delante de Zaragoza. El compromiso evocado más arriba por Durruti –la necesidad de la unidad a cualquier precio– sólo podía dar la victoria primero

64 «España revolucionaria (V)», artículo de Marx publicado en el *New York Daily Tribune*, nº 4.222 (30 de octubre de 1854), incluido en Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos sobre España*, Trotta, Madrid (1998), p. 129.

al Estado republicano (sobre el proletariado) y a Franco después (sobre el Estado republicano).

Desde luego que hubo un *inicio* de revolución en España, pero fracasó en cuanto los proletarios pusieron su fe en el Estado existente. Poco importa cuáles fueran sus intenciones. Incluso aunque la gran mayoría de proletarios que estaban dispuestos a luchar contra Franco bajo la dirección del Estado pudiesen haber preferido aferrarse al poder real a pesar de todo, y apoyasen al Estado sólo como una cuestión de conveniencia, el factor determinante es su acción y no su intención. Después de haberse organizado para derrotar el golpe de Estado, tras haberse dado los rudimentos de una estructura militar autónoma (las milicias), los trabajadores estuvieron de acuerdo en colocarse bajo la dirección de una coalición de «organizaciones obreras» (en su mayoría abiertamente contrarrevolucionarias) que aceptaban la autoridad del Estado legal. Es seguro que al menos algunos de los proletarios esperaban retener el poder *real* (que efectivamente habían conquistado, aunque sólo por un corto espacio de tiempo), al tiempo que dejaban al Estado oficial sólo las apariencias del poder. Esto fue un auténtico error, que pagaron muy caro.

Con excepción de las corrientes de inspiración no revolucionaria, los adversarios de los análisis de *Bilan* sobre España están dispuestos a admitir lo que se acaba de decir, pero insisten en que la situación seguía «abierta» y podría haber evolucionado. Por tanto era necesario apoyar el movimiento autónomo de los proletarios españoles (por lo menos hasta mayo del 37) incluso si este movimiento se había dado formas bastante inadecuadas a la verdadera situación. Un *movimiento* estaba evolucionando, y era necesario contribuir a su maduración. A lo que respondemos que, por el contrario, el movimiento autónomo del proletariado se desvaneció rápidamente al ser absorbido por la estructura del Estado, que no era lento en ahogar cualquier tendencia radical. Esto se hizo aparente para todos a mediados de 1937, pero

las «sangrientas jornadas de Barcelona» sirvieron sólo para desenmascarar la realidad que existía desde finales de julio de 1936: el poder efectivo había pasado de las manos de los trabajadores al Estado capitalista. Añadiremos, para aquellos que equiparan el fascismo con la dictadura burguesa, que el gobierno republicano hizo uso de «métodos fascistas» contra los trabajadores. Desde luego que el número de víctimas fue mucho menor comparado con la represión de Franco, pero esto está relacionado con la distinta función de ambas represiones, democrática y fascista. Una división elemental del trabajo: el objetivo del gobierno republicano era mucho más pequeño (elementos incontrolados, POUM, izquierda de la CNT).

Octubre 1917 y julio 1936

Es evidente que una revolución no tiene lugar en un día. Siempre se da un movimiento confuso y multiforme. Todo el problema está en la capacidad del movimiento revolucionario para actuar de forma cada vez más clara e ir irreversiblemente hacia delante. La comparación, a menudo mal hecha, entre Rusia y España, es una buena muestra. Entre febrero y octubre de 1917, los soviets constituían un poder paralelo al del Estado. Durante bastante tiempo apoyaron al Estado legal y por consiguiente no actuaron en absoluto de un modo revolucionario. Incluso podría decirse que los soviets fueron contrarrevolucionarios. Pero ello no implica que estuviesen fijados a sus formas: de hecho fueron la sede de una lucha larga y amarga entre la corriente revolucionaria (representada sobre todo, pero no sólo, por los bolcheviques) y los diversos conciliadores. Fue sólo al concluir esta lucha que los soviets adoptaron una posición opuesta al Estado.[65] Habría sido

65 Oskar Anweiler, *Los soviets en Rusia, 1905-1921*, Zero-zyx (Bilbao, 1975).

absurdo que un comunista dijera en febrero de 1917: estos soviets no están actuando de forma revolucionaria, voy a denunciarlos y combatirlos. Puesto que los soviets *no estaban entonces estabilizados*. El conflicto que dio vida a los soviets a lo largo de un período de meses no era una lucha de ideas, sino el reflejo de un antagonismo de *intereses* genuinos.

> […] serán los intereses –y no los principios– los que pondrán a la revolución en movimiento. De hecho, es precisamente a partir de los intereses, y sólo de ellos, de dónde se desarrollan los principios; lo que equivale a decir que la revolución no será meramente política, sino también social.[66]

Los obreros y campesinos rusos querían paz, tierra y reformas democráticas que el gobierno no estaba dispuesto a conceder. Este antagonismo explica la creciente hostilidad, que conducía a la confrontación, que separó al gobierno de las masas. Más aún, las luchas de clase previas habían llevado a la formación de una minoría revolucionaria que sabía más o menos (cf. las vacilaciones de la dirección bolchevique después de febrero) lo que quería, y que se organizó con ese fin, asumiendo las exigencias de las masas para emplearlas contra el gobierno. En abril de 1917, Lenin decía:

> Si hablamos de la guerra civil antes que la gente haya comprendido su necesidad, caeremos inevitablemente en el blanquismo. […] los cañones y los fusiles los tienen los soldados y no los capitalistas; éstos no se imponen ahora por la violencia, y gritar que nos avasallan no se puede, es un absurdo. […] No-

66 Friedrich Engels, «Les crises anglaises», artículo publicado en dos partes en el periódico *Rheinische Zeitung* el 9 y 10 de diciembre de 1982. Marx y Engels, *Ecrits militaires*, L'Herne, 1970, p.143.

> sotros renunciamos de momento a esta consigna, pero sólo de momento.[67]

En cuanto cambió la mayoría dentro de los soviets (en septiembre) Lenin hizo un llamamiento en favor de la toma armada del poder…

Ningún acontecimiento semejante ocurrió en España. Pese a su frecuencia y a su violencia, la serie de confrontaciones que tuvo lugar después de la Primera Guerra Mundial no sirvió para unificar a los proletarios como clase. Limitados a una lucha violenta a causa de la represión del movimiento reformista, lucharon incesantemente, pero no tuvieron éxito en concentrar sus golpes sobre el enemigo. En ese sentido no hubo ningún «partido» revolucionario en España. No porque una minoría revolucionaria fracasara en organizarse: eso sería ver el problema al revés. Más bien porque las luchas, por virulentas que fuesen, no dieron como resultado una clara oposición de clases entre proletariado y capital. Hablar de un «partido» tiene sentido sólo si se entiende como la *organización del movimiento comunista*. Pero este movimiento siempre fue demasiado débil, demasiado disperso (no geográficamente, sino en la medida en que dispersaba sus golpes); no atacaba el corazón del enemigo; no se liberó de la tutela de la CNT, una organización básicamente reformista, como están condenadas a serlo *todas* las organizaciones sindicales, pese a la presión de militantes radicales; en resumen, este movimiento no se organizó de forma comunista porque no actuó de forma comunista. El ejemplo español demuestra que la intensidad de la lucha de clases –indiscutible en España– no induce automáticamente a la acción comunista, ni por consiguiente al partido revolucionario a mantener la continuidad de esa acción. Los proletarios españoles nunca vacilaron en sacrificar sus vidas (a veces para nada), pero nunca superaron la barrera que les separaba del ataque contra el

67 V.I. Lenin, *Obras completas*, Tomo 31, Ed. Progreso (Moscú, 1985), pp. 367-8.

capital (el Estado, el sistema económico comercial). Tomaron las armas, tomaron iniciativas espontáneas (las comunas libertarias antes de 1936, las colectivizaciones después), pero no fueron más lejos. Cedieron muy rápidamente el control de las milicias al Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Ni este órgano, ni ningún otro surgido de esta forma en España, puede ser comparado con los soviets rusos. La «ambigüedad del Comité Central de Milicias», simultáneamente un «apéndice importante de la Generalitat» (el gobierno catalán) y «una especie de comité de coordinación para las distintas organizaciones militares antifascistas», implicaba su integración dentro del Estado, porque era vulnerable a aquellas organizaciones que estaban disputándose el poder del Estado (capitalista).[68]

En Rusia hubo una lucha entre una minoría radical que estaba organizada y fue capaz de *formular* la perspectiva revolucionaria, y la mayoría en los soviets. En España, los elementos radicales, creyesen lo que creyesen, aceptaron la posición de la mayoría: Durruti salió resueltamente a luchar contra Franco, *dejando intacto al Estado detrás de sí*. Cuando los radicales se opusieron al Estado, no trataron de destruir a las organizaciones «obreras» que les estaban «traicionando» (incluyendo a la CNT y el POUM). La diferencia esencial, la razón por la que no hubo un «Octubre español», fue la ausencia en España de una auténtica contradicción de intereses entre los proletarios y el Estado. «Objetivamente», proletariado y capital se hallan en oposición, pero esta oposición existe a nivel de principios, que no coincide aquí con la realidad. En su movimiento social efectivo, el proletariado español no se vio forzado a confrontar, como bloque, al capital y al Estado. En España no había exigencias inaplazables, exigencias sentidas como absolutamente necesarias, que pudieron forzar a los obreros a atacar al

68 Carlos Semprún-Maura, *Revolución y contrarrevolución en Cataluña (1936-1937)*, Tusquets (Barcelona, 1978).

Estado a fin de obtenerlas (así como en Rusia estaba la paz, la tierra, etc.). Esta situación no antagónica estaba relacionada con la ausencia de un «partido», una ausencia que pesó decisivamente sobre los acontecimientos, impidiendo que el antagonismo madurase y estallase después. Comparada con la inestabilidad de Rusia entre febrero y octubre, la situación española se presentaba como encaminada hacia la normalización desde comienzos de agosto de 1936. Si el ejército del Estado ruso se desintegró después de febrero de 1917, el del Estado español se recompuso después de julio de 1936, aunque de una forma nueva, «popular».

La Comuna de París

Una comparación (entre otras) merece atención y nos obliga a criticar el punto de vista marxista habitual, que resulta ser el del propio Marx. Después de la Comuna de París, Marx sacó su famosa lección: «la clase obrera no puede limitarse simplemente a apoderarse de la maquinaria del Estado tal como está, y a servirse de ella para sus propios fines».[69] Pero Marx no estableció con claridad la distinción entre el movimiento insurreccional que databa del 18 de marzo de 1871, y su posterior transformación, finalizada con la elección de la «Comuna» el 26 de marzo. La fórmula «Comuna de París» incluye tanto como oculta la evolución. El movimiento inicial fue desde luego revolucionario, a pesar de su confusión, y extendió las luchas sociales del Imperio. Pero este movimiento estaba dispuesto a continuación a darse una estructura política y un contenido social *capitalista*. La Comuna elegida sólo cambió efectivamente las formas externas de la democracia burguesa. Si la burocracia y el ejército permanente se habían convertido en

69 Karl Marx, «La guerra civil en Francia. Manifiesto del Consejo General de la AIT», en *Antología,* Siglo XXI, 2019, p. 406.

rasgos característicos del Estado capitalista, seguían sin constituir su esencia. Marx observó que:

> Ese tópico de todas las revoluciones burguesas, «un gobierno barato», la Comuna lo convirtió en realidad al destruir las dos grandes fuentes de gastos: el ejército permanente y la burocracia del Estado.[70]

Como es bien sabido, la Comuna electa estaba ampliamente dominada por republicanos burgueses. Los comunistas, cautos y escasos en número, se habían visto obligados anteriormente a expresarse en la prensa republicana, tan débil era su propia organización, y no pesaban gran cosa en la vida de la Comuna electa. En cuanto al programa de la Comuna –éste es el criterio decisivo– sabemos que prefiguraba singularmente al de la Tercera República. Incluso sin maquiavelismo alguno por parte de la burguesía, la guerra de París contra Versalles (muy mal ejecutada, y no por casualidad) sirvió para drenar el contenido revolucionario y dirigir el movimiento inicial hacia la actividad puramente militar. Es curioso notar que Marx definió la forma gubernamental de la Comuna ante todo por su modo de operación, antes que por *lo que hizo efectivamente*. Era desde luego «la verdadera representación de todos los elementos sanos de la sociedad francesa, y por consiguiente, el auténtico gobierno nacional» *capitalista*, pero nunca al mismo tiempo un «gobierno obrero».[71] No podremos estudiar aquí por qué Marx adoptó una posición tan contradictoria (al menos en público, para la AIT, porque en privado se mostró mucho más crítico).[72] En cualquier caso, el mecanismo para sofocar el mo-

70 Ibid, pp. 411-12.

71 Ibid, p. 416.

72 Cf. la compilación de Karl Marx: *La Commune de 1871: lettres et déclarations, pour la plupart inédites*, UGE - 10/18, 1971. Cuando representan la posición marxista sobre la destrucción del Estado, Trotsky y Pannekoek no se refieren

vimiento revolucionario se parece al de 1936. Como en 1871, la República Española utilizó a los elementos radicales españoles y extranjeros (naturalmente los más inclinados a destruir al fascismo) como carne de cañón sin combatir en serio ella misma, sin emplear todos los recursos a su disposición. En ausencia de un análisis de clase de este poder (como en el ejemplo de 1871), estos hechos aparecen como «errores», incluso «traiciones», pero nunca con su propia lógica.

México

Existe otro paralelismo posible. Durante la revolución burguesa mexicana, la fracción mayoritaria de la clase obrera organizada estuvo asociada durante un tiempo con el Estado democrático y progresista a fin de impulsar hacia delante a la burguesía y asegurar sus propios intereses como *asalariados* dentro del capital. Los «batallones rojos» de 1915-1916 representaban la alianza militar entre el movimiento sindical y el Estado, encabezado entonces por Carranza. Fundada en 1912, la Casa del Obrero Mundial decidió «suspender la organización sindical profesional» y luchar junto al Estado republicano contra «la burguesía y sus aliados inmediatos, los militares profesionales y el clero». Una sección del movimiento obrero se negó y se opuso violentamente a la COM y su aliado, el Estado. La COM «intentó sindicalizar a todo tipo de trabajadores en las zonas constitucionalistas con el respaldo del ejército».[73] Los batallones rojos lucharon simultáneamente contra las demás fuerzas políticas que aspiraban a controlar el Es-

a la Comuna de París, como hizo más tarde Lenin en *El Estado y la Revolución*. Cf. Anweiler, op. cit. y Authier, Barrot [Dauvé], *La izquierda comunista en Alemania: 1918-1921*, Cap. III, Zero-zyx (Madrid, 1978).

73 A. Nunès, *Las revoluciones de México*, Huemul (Buenos Aires, 1977).

tado capitalista («reaccionarias») y contra los campesinos rebeldes y los obreros radicales.

Resulta curioso comprobar que estos batallones se organizaban según el oficio o la ocupación (tipógrafos, ferroviarios, etc.). Durante la guerra española, algunas de las milicias también llevaban el nombre de sus oficios. De modo parecido, en 1832, la insurrección de Lyon vio cómo los trabajadores textiles se organizaban en grupos según la jerarquía laboral: los trabajadores de cada taller al mando de sus capataces. Por estos medios, los asalariados se levantaron en armas *en tanto que asalariados* para defender el sistema de trabajo existente contra las «usurpaciones» (Marx) del capital. Hay una diferencia esencial entre la revuelta de 1832, dirigida contra el Estado, y los ejemplos mexicano y español en que los trabajadores organizados apoyaron al Estado. Pero la cuestión es comprender la persistencia de la lucha obrera sobre la base de la organización del trabajo como tal. Ya se integre en el Estado o no, una lucha tal está condenada al fracaso, ya porque el Estado la absorba o porque la reprima. El movimiento comunista sólo puede vencer si los proletarios van más allá de la insurrección elemental (incluso armada) que no ataca al trabajo asalariado en sí mismo. Los asalariados sólo pueden dirigir la lucha armada mediante su propia destrucción en tanto que asalariados.

Guerra imperialista

Para que se produzca una revolución, es preciso que exista por lo menos el comienzo de un ataque contra las raíces de la sociedad: el Estado y la organización económica. Eso es lo que sucedió en Rusia desde febrero de 1917 y se aceleró poco a poco… No puede hablarse de un comienzo semejante en España, donde los proletarios se sometieron al Estado. Desde el principio, todo lo que hicieron (la lucha militar contra Franco, las transformaciones so-

ciales) se llevó a cabo bajo la égida del capital. La mejor prueba de ello es el rápido desarrollo de aquellas actividades que los antifascistas de izquierdas son incapaces de explicar. La lucha militar se volvió rápidamente hacia métodos estatistas burgueses que fueron aceptados por la extrema izquierda con la excusa de la eficacia (y que casi siempre demostraron ser ineficaces). El Estado democrático no es más capaz de llevar a cabo una lucha armada contra el fascismo de lo que es capaz de impedir que llegue pacíficamente al poder. Es perfectamente normal que un Estado republicano burgués rechace el empleo de métodos de lucha social necesarios para desmoralizar al enemigo y en vez de eso se resigne a una guerra tradicional de frentes militares, donde no tiene posibilidad alguna frente a un ejército moderno, mejor equipado y entrenado en este tipo de combate. En cuanto a las socializaciones y las colectivizaciones, carecían también de la fuerza impulsora del comunismo, en particular porque la no destrucción del Estado les impedía organizar una economía antimercantil a nivel de toda la sociedad, y les aislaba en una serie de comunidades precariamente yuxtapuestas carentes de una acción común. El Estado pronto restableció su autoridad. Consecuentemente no hubo revolución alguna, y ni siquiera los comienzos de una en España después de agosto de 1936. Por el contrario, el movimiento hacia una revolución quedó cada vez más obstaculizado y su renovación se hizo cada vez más improbable. Resulta chocante observar que en mayo de 1937, los proletarios hicieron acopio de fuerzas para oponerse al Estado (el Estado democrático esta vez) mediante la insurrección armada, pero no lograron prolongar la batalla hasta el punto de *ruptura* con el Estado. Tras haberse sometido al Estado legal en 1936, los proletarios fueron capaces de sacudir los cimientos de este Estado en mayo del 37, sólo para ceder ante las organizaciones «representativas» que les suplicaban que depusiesen las armas. Los proletarios se enfrentaron al Estado, pero no lo destruyeron. Aceptaron los consejos de moderación del POUM y la CNT: ni

siquiera el grupo radical «Amigos de Durruti» llamó a la destrucción de estas organizaciones contrarrevolucionarias.

Podemos hablar de *guerra* en España, pero no de revolución. La función primordial de esta guerra fue la de resolver un problema capitalista: la construcción de un Estado legítimo en España que desarrollara su capital nacional de la forma más eficiente posible al mismo tiempo que integraba al proletariado. Vistos desde este ángulo, los análisis de la composición sociológica de los dos ejércitos enfrentados son ampliamente irrelevantes, como aquellos análisis que miden el carácter «proletario» de un partido por el porcentaje de obreros entre sus miembros. Tales hechos son muy reales y deben ser tenidos en cuenta, pero resultan secundarios en comparación con la *función* social que estamos tratando de comprender. Un partido de base obrera que apoya al capitalismo es contrarrevolucionario. El ejército de la República Española, que sin duda comprendía a un amplio número de obreros pero luchó por objetivos capitalistas, no era más revolucionario que el ejército de Franco.

La fórmula «guerra imperialista» aplicada a este conflicto escandalizará a aquellos que asocian el imperialismo a la lucha por la dominación económica pura y simple. Pero el propósito subyacente a las guerras imperialistas desde 1914-1918 hasta el presente, es resolver tanto las contradicciones económicas como las *sociales* del capital, eliminando la tendencia potencial hacia el movimiento comunista. Apenas importa que en España la guerra no estuviese *directamente* relacionada con la lucha por mercados. La guerra sirvió para polarizar a los proletarios del mundo entero, tanto en los países fascistas como en los democráticos, alrededor de la oposición fascismo/antifascismo. Así se preparó la Santa Alianza de 1939-1945. Motivos económicos y estratégicos no faltaron, sin embargo. Era necesario que los bandos opuestos, que aún no estaban bien definidos, ganasen aliados o creasen benévolas neutralidades, y pusiesen a prueba la solidez de las alianzas. Además,

era bastante normal que España no participase en la Segunda Guerra Mundial. No tenía *necesidad* de hacerlo, al haber resuelto su problema social mediante el doble aplastamiento (democrático y fascista) de los proletarios en su propia guerra; su problema económico quedó decidido por la victoria de las fuerzas capitalistas conservadoras que procedieron a limitar el desarrollo de las fuerzas productivas a fin de evitar una explosión social. Pero, contrariamente a toda ideología, este «feudal» fascismo anticapitalista empezó de nuevo a desarrollar la economía española en los años sesenta, a pesar de sí mismo.

La guerra de 1936-1939 cumplió la misma función para España que la Segunda Guerra Mundial para el resto del mundo, pero con las importantes diferencias siguientes (que no modificaron ni el carácter ni la función del conflicto): empezó a partir de un sobresalto revolucionario lo bastante fuerte como para repeler el fascismo y forzar a la democracia a tomar las armas contra la amenaza fascista pero demasiado débil para destruirlos a ambos. Pero al no derrotar a *ambos*, la revolución estaba condenada, porque tanto el fascismo como la democracia eran formas potenciales del Estado capitalista legítimo. Triunfara uno *u* otro, los proletarios sufrirían el mismo destino que siempre les reserva el Estado capitalista. Las medidas antifascistas se utilizaron entonces contra los radicales (por ejemplo, los grupos izquierdistas disueltos en 1968 por un decreto promulgado en la época del Frente Popular).[74]

74 Aquí finaliza «Fascismo/Antifascismo», que comprende las primeras diez secciones del prólogo de « *Bilan* » *Contre-Révolution en Espagne 1936-1939*. Los títulos de los apartados que le siguen son: «Le centrisme», «Le P.O.U.M.», «L'anarchisme et ses défenseurs», «La Révolution Prolétarienne», «L'anarchisme de gauche», «Anti-stalinisme», «L'union communiste», «La ligue des communistes internationalistes», «La gauche allemande», «Gauche italienne?», «Question nationale», «Révolution politique et sociale», «Force et faiblesse du communisme en Espagne», «Réforme et révolution». [N. del e.]

Correspondencia con *Aufheben* sobre *Fascismo/Antifascismo*

En 1992, la revista inglesa *Aufheben* publicó en su primer número una reseña del folleto *Fascismo/Antifascismo*, criticando algunos aspectos del mismo. A pesar de señalar la importancia y precisión del artículo en lo que refiere a las «posturas antifascistas típicas», los editores de la revista fueron muy severos con lo que señalaron como simpleza y dogmatismo, que atribuyeron también a la izquierda comunista italiana en general. Se trata, en efecto, de una reacción bastante común. Frente a la crítica comunista del antifascismo, una respuesta típica es: «Básicamente tienen razón, pero…», y lo que sigue al «pero» suele evadir la crítica. Gilles Dauvé respondió a dicha reseña con una carta en 1997, que fue publicada el año siguiente en el número 7 de *Auhfeben* junto a una breve introducción. A continuación presentamos la reseña de 1992 y la carta en respuesta de Dauvé, antecedida de la introducción. Dauvé publicó en el sitio web Troploin este intercambio con *Aufheben*, introduciendo mínimos cambios respecto de la versión original de su carta. Para esta edición utilizamos la versión revisada.

Reseña

Aufheben, 1992

Fascism/Antifascism de Jean Barrot (alias de Gilles Dauvé), Black Cat Press (Edmonton, 1982). Reproducido en Londres por Unpopular Books.

Este texto apareció por primera vez en 1979 como parte del prólogo a una compilación de escritos de algunos comunistas de izquierda italianos (bordiguistas) sobre la Guerra Civil Española.

Aunque no es reciente, hemos reseñado el folleto por tratarse de una cuestión contemporánea: la relación del antifascismo con la lucha de clases. La mitad del texto está dedicada a ejemplos históricos (Italia, Alemania, Chile, Portugal, España, Rusia, la Comuna de París, México). El espacio no permite discutir estos casos aquí, en su lugar, nos centraremos en el argumento general expuesto por Barrot.

La introducción del traductor[75] resume las debilidades del argumento (que, sugiere, son las debilidades propias del comunismo de izquierdas) de la siguiente manera: marxismo dogmático, eco-

75 Se refieren a la introducción realizada por el traductor al inglés, no incluida en este libro. Disponible en la edición de *Fascismo/Antifascismo* de la editorial Pensamiento y Batalla (Santiago, 2019). [N. del t.]

nomía positivista, análisis de clase obsoletos y desprecio por la clase obrera. Es este último el que constituye la limitación más importante del caso de Barrot. La fuerza de su caso, sin embargo, es su ataque clarividente y consistentemente intransigente contra el Estado, «un instrumento de dominación de clase», que la mayoría de los izquierdistas todavía proponen tratar como neutral y, por tanto, «utilizar». Este tema satura el argumento de Barrot.

La tesis de Barrot es muy simple; es que luchar contra el fascismo (en particular) implica necesariamente apoyar la democracia, que el capitalismo necesariamente permanecerá intacto si los antifascistas apoyan una de sus formas contra otra. Todas las manifestaciones del antifascismo acaban reforzando el Estado democrático a costa de la lucha de clases; así, tanto el fascismo como su némesis, el antifascismo, conducen al totalitarismo (el Estado fuerte) y no al comunismo. La dictadura, dice Barrot, no es un arma del capital sino una *tendencia* del capital.

Pero mientras critica a los antifascistas por su supuesto apoyo a la democracia, Barrot también se pregunta: «¿tenemos *opción*? La democracia se transforma en dictadura tan pronto como resulta necesario. […] Las formas políticas que el capital se da a sí mismo no dependen de la acción de la clase obrera más de lo que dependen de las intenciones de la burguesía.»

Barrot destaca claramente la lógica del Estado capitalista a expensas de la contralógica del proletariado. La imagen que pinta es la de un Estado capitalista muy exitoso que continuamente le gana a la clase obrera al primer golpe, de modo que esta a menudo es engañada, en última instancia, para apoyar al estado en lugar de derrocarlo. Teniendo esto en cuenta, no es de extrañar que muchas de las luchas que emprende la clase obrera (como la lucha contra el fascismo) sean, en el mejor de los casos, inútiles y, en el peor, contraproducentes; la propia clase obrera puede estar contribuyendo simplemente a la tendencia del Estado al totalitarismo.

Pero si abandonamos los supuestos, en primer lugar, de que es el Estado (el capital) el que siempre se mueve primero (con el proletariado como desafortunado demandante), y, en segundo lugar, de que el antifascismo es un fenómeno homogéneo que, por su propia naturaleza, se pone del lado del Estado democrático, obtenemos una imagen bastante diferente de este ámbito particular de lucha. Sin embargo, antes de explorar perspectivas alternativas sobre el antifascismo, es justo medir el relato de Barrot con los grupos antifascistas actuales.

Por ejemplo, el punto de vista *bennite*[76] (que en parte fundamenta el *ethos* de la Liga Antinazi) es que «nosotros» (la izquierda, ampliamente concebida) deberíamos olvidar nuestras diferencias y concentrarnos en luchar contra los fascistas (implícitamente: deberíamos unirnos en torno al mínimo común denominador y votar a los laboristas). Este argumento se basa en parte en la afirmación de que la razón del ascenso de Hitler fue que el SPD y el KPD (socialdemócratas y comunistas) luchaban entre sí en lugar de hacerlo contra los fascistas. Pero Barrot señala que las fuerzas de izquierda (que luchaban entre sí) no fueron derrotadas por los nazis, sino que la derrota proletaria ya había tenido lugar cuando se produjo la represión fascista; los revolucionarios no fueron derrotados por el fascismo sino por la democracia. La Liga Antinazi también es criticada (por ejemplo por el Partido Comunista Revolucionario) por intentar construir un movimiento de masas en torno a la cuestión de los nazis y los fascistas, cuando son los racistas (no fascistas y antinazis) en el poder el principal problema para la clase obrera (no blanca) de Gran Bretaña. La palabra «nazi» es emotiva, por lo que es fácil que la gente esté de acuerdo en oponerse al «nazismo» mientras sigue aprobando el racismo

76 Expresión utilizada para designar la perspectiva política de izquierda defendida desde finales de los 70 por el laborista Anthony Neil Wedgwood Benn. [N. del t.]

y el patriotismo. Del mismo modo, en una reciente reunión pública antifascista/antinazi, me consternó escuchar a un orador de Acción Antifascista criticar a los fascistas sobre la base de que no apoyaban realmente a «nuestro» país (lo que implica que el patriotismo –el apoyo a «nuestra» burguesía– es deseable).

En estos ejemplos podemos ver cómo Barrot ha señalado con precisión los problemas de las posiciones antifascistas típicas; hay una clara tendencia a oponerse al fascismo sobre la base de que es antidemocrático y una amenaza para «nuestro» país. En estos casos, como dice Barrot, se nos pide que nos unamos al apoyo de una manifestación del Estado contra otra. Un ejemplo clásico es el caso de la Guerra Civil Española, en la que la estrategia anarquista para luchar contra el fascismo fue unir fuerzas con el gobierno republicano.

Sin embargo, no basta con descartar todas las diversas manifestaciones antifascistas contemporáneas sólo por estos motivos. La cuestión es que muchas personas se involucran en el antifascismo no para apoyar la democracia, sino simplemente porque reconocen la necesidad de organizarse específicamente contra el Partido Nacional Británico y grupos similares que intimidan a las minorías, y contra los ataques racistas en general. El tema del racismo no es abordado por Barrot en este folleto. En su defensa, vale la pena decir que el fascismo y el racismo no son en absoluto sinónimos (conceptual o históricamente); el racismo es simplemente una herramienta contingente del fascismo y otras formas de capitalismo. Pero el racismo es la experiencia que la mayoría de la gente tiene del neofascismo actual; el fascismo se ha convertido casi en una justificación teórica del racismo en muchos casos.

El argumento de Barrot se dirige a los que combaten exclusivamente el fascismo; pero también se refiere a las luchas en Italia que eran antifascistas sin ser «específicamente antifascistas: luchar contra el capital significaba luchar tanto contra el fascismo como contra la democracia parlamentaria.» En otras palabras, no toda

la actividad antifascista implica el apoyo a la democracia. Sin embargo, el nudo del argumento es éste: el Estado se transforma para adaptarse al capital, por lo que «El proletariado destruirá el totalitarismo sólo mediante la destrucción de la democracia y la totalidad de las formas políticas al mismo tiempo». Barrot nos presenta una aguda dicotomía en la que todo lo que no sea su programa predefinido para la revolución (el ataque al trabajo asalariado) es peor que inútil. Aunque, por supuesto, apoyaríamos un ataque total al trabajo asalariado, y aunque nos reservamos el derecho a criticar la reciente oleada de grupos antifascistas, consideramos parte necesaria de nuestro apoyo a la clase proletaria enfrentarnos a todas las fuerzas que intentan dividirnos por cuestiones de «raza», nacionalidad, etc. El folleto de Barrot es importante porque nos advierte de los peligros de la participación en frentes populares; pero no debe tomarse como una justificación teórica para ignorar los problemas concretos que afectan a determinados sectores de nuestra clase.

Introducción a la respuesta de Dauvé

Aufheben, 1998

En el número 1 de *Aufheben* (verano de 1992) publicamos una breve reseña del influyente folleto *Fascismo/Antifascismo* de «Jean Barrot». Lo reseñamos porque estaba relacionado con las luchas que se estaban llevando a cabo en ese momento, y porque era un análisis con el que básicamente simpatizábamos. La crítica del antifascismo es necesaria e importante; pero también nos pareció que dicha crítica tendía al dogmatismo. Esto forma parte de una debilidad más general de la izquierda italiana de la que se deriva.

Al igual que otras expresiones de la oposición comunista de izquierda a la ortodoxia promovida desde Moscú, la izquierda italiana trató de mantener las posiciones comunistas frente a una capitulación prácticamente completa ante el oportunismo en el movimiento obrero. Parte del precio que debieron pagar fue volverse rígida y mecánica, con principios que tendían a convertirse en dogmas. Si, como dicen los situacionistas, debemos estar en contra del sectarismo, pero la única defensa contra el sectarismo es una línea teórica estricta, eso debe equilibrarse con una resistencia igualmente alerta a la tendencia de la teoría a degenerar en ideología. La oposición al antifascismo, como la oposición a los sindicatos y al izquierdismo en general, debe ser más que una

denuncia ritual; debe implicar un intento de comprender las contradicciones que surgen dentro de los movimientos y de los proletarios individuales. La intransigencia, la noción de invarianza del programa comunista, la oposición decidida al oportunismo: estos aspectos de la izquierda italiana le permitieron mantener las ideas de la ola revolucionaria que siguió a la Primera Guerra Mundial. Pero también han constituido sus debilidades: el rechazo a ver algo nuevo, la incapacidad de relacionarse con la lucha de clases y aprender de ella de forma efectiva, la tendencia a convertirse en una secta que predica sus «verdades» a un mundo que no escucha.

En retrospectiva, fuimos injustos al repetir en nuestra reseña las atribuciones del traductor de las debilidades del comunismo de izquierda a Barrot. Además, al expresar nuestras reservas sobre la posición de la izquierda italiana respecto al antifascismo aquí y en nuestra reseña, no quisimos apoyar las tergiversaciones liberales e izquierdistas de la oposición de estos comunistas italianos al antifascismo. Históricamente, como se indica en el texto de Barrot, y en nuestra reseña, la izquierda italiana no se abstuvo de combatir a los fascistas entre otros enemigos del proletariado. Como señalaron, el verdadero «frente único» de este período fue la alianza del gobierno democrático y el fascismo contra el proletariado:

> El gobierno […] había enviado, por decreto del 20 de octubre de 1920, a 60.000 oficiales desmovilizados a los campos de entrenamiento, con la obligación de alistarse en los grupos de *squadristi*. Cuando los fascistas quemaban los locales de los sindicatos o de los partidos socialistas o comunistas, el ejército y la gendarmería estaban siempre del lado de los fascistas. Y estas fuerzas armadas eran las del Estado democrático liberal.[77]

77 *The Italian Communist Left 1926-45. A contribution to the history of the revolutionary movement*, ICC.

Nuestra reseña de *Fascismo/Antifascismo* se publicó hace seis años. Volvemos a ella ahora porque acabamos de recibir esta respuesta del propio «Jean Barrot», que agradecemos.

Carta a *Aufheben*

Gilles Dauvé, 1997

Esta carta se refiere a su reseña de 1992 sobre *Fascismo/Antifascismo*, un folleto publicado en Inglaterra dos veces, y luego de nuevo por Wildcat, bajo mi seudónimo Jean Barrot, un alias del que me deshice hace unos años. Aunque me alegra que *Fascismo/Antifascismo* esté disponible en inglés, nunca se pretendió que existiera en esa forma. En 1979, escribí un prólogo de 90 páginas para una selección de artículos de la revista de la «izquierda italiana» *Bilan* (1933-38) sobre España. Años más tarde, descubrí que camaradas entonces y ahora desconocidos para mí habían editado una versión inglesa mucho más corta, como por supuesto eran perfectamente libres de hacer. Pero lo que pretendía ser una reflexión sobre la comunización (analizando Rusia y España entre otros ejemplos históricos, y criticando de hecho a *Bilan*), se ha reducido a una postura anti-antifascista. Tal vez por eso su artículo considera mis puntos de vista válidos tanto como, desafortunadamente, unilaterales. Intentaré ser más claro.

1. ¿Puede el proletariado evitar que la sociedad capitalista se convierta periódicamente en una dictadura?

La respuesta corta es *no*.

Una respuesta explícita implica no menos que la crítica de la pregunta. Cuando se formula tal pregunta, lo que realmente se quiere decir es: en 1932-33, ¿podría la clase obrera alemana haber hecho algo para bloquear el camino de Hitler al poder? Ahora estamos hablando de historia, y la historia demuestra que la pregunta es ahistórica, o incluso antihistórica: en 1932-33, la suerte estaba echada, porque fueron bloqueados la autonomía y el alcance político de la clase obrera. Y así fue no por una táctica desacertada o autodestructiva de los partidos socialistas y estalinistas, sino por el bloqueo social producto de años de un compromiso de clase que ninguna fuerza política podía deshacer o cambiar pacíficamente.

La lucha de clases activa, determinó el nacimiento y la duración de la República de Weimar. Después de la Primera Guerra Mundial la revolución fue sofocada en Alemania por una combinación de democracia y dictadura (los *Freikorps* utilizados por el gobierno liderado por el SPD para aplastar las revueltas obreras en 1919-20 eran verdaderas agrupaciones fascistas, de hecho comparables a los Camisas Negras de Mussolini en la misma época, y muchos futuros nazis tuvieron un papel destacado en los *Freikorps*). El sistema de Weimar se construyó a partir de los asaltos y retrocesos del proletariado. Luego, durante una década, los trabajadores tuvieron voz, aunque degradada y mistificada: el movimiento de los consejos se redujo a una institución burocrática, y la revolución fracasada dio paso a un régimen de orientación socialista dominado por la izquierda. Las presiones de la clase obrera y el conflicto entre una mayoría reformista y unas minorías revolucionarias marcaron el periodo de posguerra. Incluso cuando los políticos de centro-derecha estaban en el poder, incluso con Hin-

denburg como presidente (el SPD llamó a votar por él en 1932 como baluarte contra Hitler…), los trabajadores siguieron siendo la fuerza fundamental de los albores de Weimar, y a menudo su elemento decisivo.

Pero el peso de la combinación, y al mismo tiempo de la rivalidad, entre el SPD y el KPD creó sus propias debilidades. Con el crack de 1929, cuando incluso la clase dominante tuvo que disciplinarse, el capital descubrió que no sólo los radicales, sino también los líderes sindicales respetuosos, podían ser una carga. El compromiso burgués-reformista puesto en marcha por los trabajadores catorce años antes se convirtió más en un obstáculo que en una ayuda.

El hitlerismo no era inevitable, con su grotesca y asesina parafernalia. Pero el 30 de enero de 1933, alguna forma de poder central fuerte estaba a la orden del día, y las únicas opciones que le quedaban a Alemania eran directamente estatistas y represivas, a dirimirse fuera del alcance del proletariado.

Paradójicamente, es la propia fuerza del trabajo asalariado (reformista y radical) la que le priva, ocasionalmente, de intervenir en la marcha de los asuntos.

El conflicto de clase rige los tiempos modernos, y se centra en la sumisión y/o resistencia de la clase obrera, en la rebelión, en la insurrección… De ello no se deduce que los trabajadores puedan desviar el curso político en cualquier momento y evitar las secuelas de sus propios intentos de cambiar la historia.

2. ¿En qué medida puede contribuir el antifascismo a un movimiento revolucionario?

Por supuesto, el antifascismo no es un fenómeno homogéneo. Durruti, Orwell y Santiago Carrillo son antifascistas. Pero la pregunta sigue siendo: ¿Contra qué está el antifascismo? ¿Y a favor de qué está exactamente?

Estoy en contra del imperialismo, ya sea francés, británico, estadounidense o chino. No soy un «antiimperialista», ya que esa es una posición política de apoyo a los movimientos de liberación nacional opuestos a las potencias imperialistas.

Del mismo modo, estoy (y el proletariado también) en contra del fascismo, ya sea en la forma de Hitler o de Le Pen. Sin embargo, no soy «antifascista», ya que se trata de una posición política que considera al Estado o a la amenaza fascista como un enemigo de primer orden que hay que destruir a toda costa, es decir, que se pone del lado de los demócratas burgueses como un mal menor, y pospone la revolución hasta que el fascismo sea eliminado.

Tal es la esencia del antifascismo. El «antifascismo revolucionario» es una contradicción en los términos, y en la realidad. Todo lo que sea comunista inevitablemente sobrepasa los límites del antifascismo y, tarde o temprano, choca con él.

Cuando los obreros españoles se levantaron en armas contra el golpe militar de julio del 36, evidentemente luchaban contra el fascismo, pero (como sea que se hayan denominado a sí mismos) no actuaban como antifascistas, ya que su movimiento apuntaba tanto a los fascistas como al Estado democrático. Sin embargo, después, cuando se dejaron atrapar dentro del marco institucional, se convirtieron en «antifascistas», combatiendo a sus enemigos fascistas al mismo tiempo que apoyaban a sus propios enemigos democráticos.

Los críticos revolucionarios del antifascismo repetidamente han sido acusados de sabotear la lucha contra el fascismo, de ser

aliados «objetivos» de Franco o de Hitler, lo que rápidamente se acerca a lo «subjetivo»… La triste ironía es que sólo el proletariado y los comunistas son oponentes fundamentales del fascismo.

El antifascismo es siempre más partidario de la democracia que contrario al fascismo: no tomará medidas anticapitalistas para repeler al fascismo, y preferirá su propia derrota antes que arriesgarse a los estallidos proletarios. No fue un accidente ni un error que la burguesía española y los estalinistas perdieran tiempo y energía en deshacerse de las comunas campesinas anarquistas cuando se suponía que iban a hacer todo lo posible para ganar la guerra: su prioridad número uno no era ni había sido nunca aplastar a Franco, sino mantener a las masas bajo control.

Por lo tanto, la cuestión no es que haya muchas formas de ser antifascista y que los individuos antifascistas no revolucionarios puedan convertirse en revolucionarios –como por supuesto muchos lo harán– sino que el antifascismo como tal, para evitar un Estado dictatorial, se somete al Estado democrático. Esa es su naturaleza, su lógica, su pasado probado, y todos los «peros» al respecto se ahogaron en la sangre del Mayo del 37 de Barcelona de aquellos trabajadores que esperaban ser más listos que el antifascismo moderado. El antifascismo no es como una reunión en la que uno irrumpe y obliga a adoptar un nuevo programa. No es una forma: tiene un contenido y una sustancia política propia. No es una armadura «burguesa» en la que la subversión pueda poner cuerpos proletarios.

Evidentemente, no estoy sugiriendo que los comunistas acérrimos participen únicamente en luchas «puras» contra el trabajo asalariado y se mantengan alejados de todos los grupos antifascistas, esperando a que nos alcancen. Sin duda, el rechazo a todo lo que representa el fascismo (etnicismo, racismo, sexismo, nacionalismo, ley y orden, cultura reaccionaria pura y dura, etc.) es a menudo un primer paso para la rebelión. De hecho, bastantes jóvenes participan en manifestaciones contra el Frente Nacional

francés porque se dan cuenta de que pide aún más sumisión a un orden social que odian, y no tanto porque sea una amenaza para una democracia parlamentaria que no les interesa demasiado. Entonces llega la política, tratando de canalizar esto en un apoyo a la democracia. Estos gestos espontáneos se convertirán en una crítica de las raíces de este mundo si rechazan la base del antifascismo: el respeto al capitalismo democrático. Sólo señalando lo que está en juego podemos contribuir a esta maduración.

Vencer al fascismo significa destruir sus condiciones previas, es decir, sus causas sociales = el capitalismo.

3. ¿Cómo podemos derrotar a una de las peores fuerzas de división dentro de los proletarios: el racismo?

Desde luego, no tratando el racismo como una cuestión más que añadir al anticapitalismo.

El racismo hace hincapié en la diferencia. El antirracismo hace lo contrario: subraya algo en común entre aquellos que el racismo divide. Este elemento común suele ser el género humano o la humanidad. Ahora bien, cuando un burgués también apela a dicho elemento en relación a sus trabajadores, ¿qué objetarán los revolucionarios? Obviamente este factor común no puede ser el mismo para los que manejan este mundo y los que quieren cambiarlo.

En realidad, lo que solemos hacer es sustituir «Todos somos humanos» por «Todos somos proles». Decimos: (a) un trabajador negro es lo mismo que un trabajador blanco, (b) ambos no son lo mismo que un jefe negro o un jefe blanco. El problema es que esto no ataca el racismo; apoya la solidaridad, como debe ser, pero la solidaridad es precisamente lo que falta a causa del racismo. Así que sólo estamos sustituyendo un antirracismo hu-

manista por uno proletario. Sin embargo, ambos se enfrentan al racismo en su forma visible y pasan por alto sus causas.

En el 68, aunque había racistas por ahí, incluso entre los asalariados, la burguesía francesa no podía utilizar el racismo como arma principal de división, debido al efecto unificador de la lucha de clases de masas. Más tarde, cuando la militancia obrera disminuyó, aparecieron las divisiones. Por mencionar sólo un hito importante, la huelga de Talbot de 1983 puso de manifiesto una creciente división entre los llamados trabajadores nacionales y extranjeros dentro de la industria automotriz. Esta división fue más un resultado que una causa. ¿Es una mera coincidencia que en 1983-4 también se produjera el ascenso del Frente Nacional? [Desde que esto fue escrito, Le Pen llegó a obtener más votos que el candidato socialista en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2002, y pudo competir en la segunda vuelta, aunque su partido está en declive desde entonces. Adición de 2010].[78]

No es la falta de campañas antirracistas adecuadas lo que ayudó a Le Pen a conseguir hasta el 15% de los votos. Es el declive de la resistencia colectiva entre los trabajadores. El racismo se manifiesta como una ideología, pero no es primero ideológico. Es un fenómeno práctico, una relación social: uno de los aspectos

78 El Frente Nacional, renombrado como Agrupación Nacional (AN) en 2018, ha crecido electoralmente de manera notable desde que Marine Le Pen, hija de Jean-Marie, asumió su dirección en 2011. Con un discurso más moderado, y en el marco del ascenso internacional de las nuevas derechas, ha ingresado a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales en 2017 y 2022, obteniendo en estas últimas un 41% de los votos. En continuo crecimiento, AN se impuso ampliamente en las elecciones europeas de junio de 2024, lo que llevó al presidente Macron a disolver la Asamblea Legislativa y adelantar las eleciones. Sorpresivamente, a pesar de ganar en ambas vueltas en cantidad de votos, quedó tercera en cantidad de bancas. Los partidos que conformaron el Nuevo Frente Popular, la coalición de izquierda ganadora, establecieron estrategias con el oficialista Juntos, que quedó segundo y perdió su mayoría absoluta, para evitar un mayor triunfo de AN. [N. del t.]

más viciosos de la competencia entre los trabajadores asalariados, una consecuencia de la decadencia de las comunidades de vida y de lucha. La «racialización» de la clase obrera va acompañada de su atomización.

El proletariado no es débil porque esté dividido: su debilidad genera división. Por lo tanto, todo lo que lo hace más fuerte golpea al racismo. A la vez que se evita el antirracismo humanista organizado, se puede combatir el racismo cuando se lo encuentra en la vida real, como hacen espontáneamente muchos proletarios no racistas en un pub, en la fábrica o en un piquete, recreando alguna forma de comunidad autónoma.

Por ejemplo, el movimiento de diciembre del 95 silenció la retórica de Le Pen. [A finales de 1995, durante unas tres semanas, los trabajadores de los ferrocarriles franceses –y durante un tiempo una gran parte de los trabajadores del transporte público– sostuvieron una huelga contra los recortes de sus pensiones, paralizando diversos sectores de la economía francesa. La huelga fue bastante popular. Muchas personas que no podían o no querían dejar de trabajar apoyaron –sin duda de forma ambigua– a los trabajadores del ferrocarril, a través de lo que se conoció como «huelga por delegación». Lo que decíamos en 1997 es que este tipo de movimientos tienden a unificar a los trabajadores y dejan poco espacio para actitudes y políticas racistas divisorias. Adición de 2010].

El movimiento comunista tiene un contenido tanto de clase como humano. Una pregunta interesante es: ¿qué actividad de la lucha de clases une a los proletarios y tiende prácticamente a eliminar el racismo?

Los trabajadores pueden ser militantes y racistas al mismo tiempo.

En 1922, los patrones sudafricanos bajaron los salarios de los mineros blancos y abrieron varios puestos de trabajo a los negros. Los disturbios de los «blancos» acabaron en un baño de sangre: más de 200 mineros muertos. Al igual que en las huelgas contra

la mano de obra femenina o extranjera, esta fue otra expresión de la autodefensa de los asalariados en su peor versión.

Por otra parte, mientras Holanda estaba ocupada por la Alemania nazi, los trabajadores holandeses se pusieron en huelga contra la forma en que se discriminaba y deportaba a los judíos y a los trabajadores judíos.

La clave de la postura reaccionaria de los trabajadores sudafricanos, así como de la solidaridad holandesa, no reside en las mentes racistas frente a las no racistas. Las mentes están moldeadas por las relaciones y acciones sociales pasadas y presentes. Cuanto más abierta, global, potencialmente universal y, por tanto, «humana» sea una reivindicación o una acción, menos probable será que se limite a perspectivas sexistas, xenófobas o racistas.

Imaginemos un lugar de trabajo. Luchar por salvar los puestos de trabajo podría acercar al personal al racismo más fácilmente que, por ejemplo, pedir un aumento de 20 libras semanales para cada uno de los empleados de la planta. La primera encierra a las personas en gestos defensivos, las confina en «su» planta, las aísla de otros lugares de trabajo y acaba por dividirlas entre sí («¿Quién será despedido? Mi compañero de trabajo, espero, ¡no yo!»). Por pequeña que sea, la reivindicación de un aumento une a los proletarios sin distinción de género, nacionalidad o competencia profesional, y puede vincularlos con otros centros de trabajo fuera del suyo, ya que muchas otras personas pueden hacerla suya y empezar a pedir el mismo aumento, o algo aún más unificador.

Algunas reivindicaciones y tácticas refuerzan las diferencias gremiales, locales o «raciales». Otras implican la interacción de una comunidad cada vez más amplia, abren nuevas cuestiones y rompen las divisiones «étnicas», etc. La única manera de derrotar al racismo es abordarlo a nivel general y «político», mostrando cómo cualquier división entre proletarios (y el racismo con más saña que la xenofobia) siempre acaba en que ellos (todos los proles) estén peor, más degradados, más sumisos. El racismo debe ser

abordado, no como una cuestión aparte, y nunca como una ideología odiosa que debe ser aplastada por una de buen corazón.[79]

79 Para más información sobre democracia, fascismo y antifascismo, ver también «Cuando mueren las insurrecciones» y «La Ligne Generale» (2007) secciones 5 y 6. [Ambos incluidos en este libro].

Preguntas y respuestas

Gilles Dauvé y Karl Nesic, 2007

A continuación presentamos las preguntas y respuestas 5 y 6 de la entrevista titulada «La Ligne Generale», realizada por Revolution Times (Alemania) a comienzos de 2007. El título es nuestro. Las respuestas fueron confeccionadas por Gilles Dauvé junto a Karl Nesic (Francia, 1945-2016), quienes conformarían Troploin. Partimos de la traducción realizada por Carlos Lagos P. cotejando ambas versiones del texto publicado en el sitio web de Troploin: en francés como «La Ligne Generale» (en alusión a la película de Eisenstein) y en inglés como «What's it all about? Questions and answers». Revisada por Editorial Klinamen para su edición bajo el título *El timón y los remos. Preguntas y respuestas* (Madrid, 2012), y nuevamente por Lazo Ediciones.

Pregunta: La cuestión del fascismo es muy importante y controversial. A los que hacemos una fuerte crítica de la ideología y de la práctica antifascista, a menudo se nos acusa de sabotear dicha actividad, de relativizar los horrores del nazismo porque denunciamos y combatimos los horrores de la democracia y el conjunto del modo de producción capitalista (desde la acumulación primitiva y la colonización hasta las guerras actuales, la destrucción de

la naturaleza y la artificialización de la vida diaria). ¿Qué piensan de estos reproches y cuál ha sido su propia experiencia al respecto? Algunos bordiguistas sostienen que el antifascismo es el peor producto del fascismo. ¿Cuál es su punto de vista sobre esa afirmación?

Respuesta: Las trampas del lenguaje son peligrosas, pero lo son aún más cuando una palabra imprecisa toma su significado de otra palabra imprecisa. *Democracia* y *fascismo* han llegado a definirse en tanto polos de la oposición que los enfrenta, tal como han sido empleadas estas palabras durante los últimos ochenta años. Dado que ambos términos son imprecisos, no es posible entender su relación a menos que los cuestionemos a ambos.

Describir el moderno sistema representativo parlamentario como *democracia* o los procedimientos de autonomía popular, autoadministración o autogobierno como *democracia directa*, es, en efecto, un disparate histórico, pero un disparate históricamente explicable. En la antigua Grecia, la democracia nació como una solución para organizar la administración de una sociedad determinada mediante el gobierno de un *demos* determinado, cuyos miembros se definían de un modo específico y excluyente, y donde cada ciudadano (en teoría, y a menudo en la práctica) *gobernaba y era gobernado*. Usar la misma palabra para describir el sistema *representativo* del siglo xix o del siglo xx en occidente, tiene tanto sentido como decir que la Atenas del 550 a. C. era una ciudad *capitalista* con el pretexto de que era una metrópoli comercial. Sin embargo, esta ilusión tiene una explicación histórica. Si la burguesía triunfante buscó sus modelos políticos en la antigua Grecia (donde la palabra «democracia» no era tan frecuente ni tan obvia como se cree usualmente), es porque la burguesía necesitaba esa referencia. Y si la palabra y la noción de democracia han arraigado durante dos siglos y siguen vivas y en buen estado de conservación, incluso en las organizaciones obreras y en los movimientos sociales en general, fue porque expresaban y siguen

expresando una realidad predominante. En un próximo artículo abordaremos estas contradicciones.[80] Por el momento, aclaremos esto: nadie puede afirmar seriamente que democracia y dictadura, o democracia y fascismo, sean lo mismo. Son cosas diferentes.

Lo que la crítica comunista ha afirmado, desde 1918 en adelante, no es que depositar un voto en una urna (acto que de hecho es una autodesposesión) sea lo mismo que estar prisionero en Dachau. Lo que Bordiga y también Pannekoek sostenían es que ni el más transparente sistema electoral, lleno de debates, encuentros, manifestaciones callejeras, etc., ha impedido ni jamás impedirá que se construyan campos de concentración. Todos los países democráticos han tenido y pueden tener sus propios Dachau en una u otra forma. Apoyar la democracia para evitar la dictadura simplemente no funciona. No lo ha hecho ni lo hará nunca. Esto es lo esencial. Para demostrar esto no hace falta relativizar, minimizar ni negar los horrores *demasiado reales* del fascismo. Frente a algunas crisis (no todas, por cierto) la democracia voluntariamente se «suicida» porque prefiere la ley y el orden, por asesinas y violentas que sean, antes que el desorden. Todo buen libro de historia aporta evidencias de este proceso, que ocurrió en 1922 y en 1933.

La palabra *fascismo* también es una fuente de confusiones.

El nazismo nació de las frustraciones de una parte de la pequeña burguesía, y se transformó en un movimiento de masas gracias a una postura interclasista combinada con una burda demagogia que prometía arreglarlo todo con la eliminación de los judíos y los marxistas. Estas dos víctimas estaban estrechamente ligadas entre sí. Los nazis no hablaron de los «marxistas» por una consideración especial hacia el autor de *El Capital*: necesitaban esa denominación porque en ella cabían socialistas moderados, esta-

80 Se refieren a *Contribución a la crítica de la autonomía política*, Mariposas del caos (Rosario, 2016). Los autores continuaron abordando estas cuestiones en *Más allá de la democracia*, Lengua de Trapo (Madrid, 2013). Ambos disponibles en la biblioteca virtual de la revista *Cuadernos de Negación*. [N. del e.]

linistas, comunistas genuinos y activistas sindicales, es decir: todas las ramas de la militancia obrera. Hitler es diferente de Mussolini, pero en ambos países el nazi-fascismo no podría haber existido si no hubiese habido un movimiento obrero, reformista pero activo, percibido como una amenaza por la burguesía. En 1933 los residuos de la izquierda comunista alemana interpretaron el ascenso de Hitler al poder como la última etapa de la contrarrevolución de 1919-21: el fascismo no aplastó el levantamiento proletario, sólo vino a confirmar su derrota.

Por un lado, el enemigo de Hitler era la clase obrera: fue en los barrios obreros donde los nazis desataron su energía destructiva antes de 1933 e inmediatamente después de su conquista del poder. Hitler se volvió útil y legítimo para la clase dominante sólo por su despiadada determinación de eliminar a las organizaciones obreras, y por su habilidad para hacerlo en las calles antes de enero de 1933, dondequiera que las SA tuviesen la fuerza suficiente. Por otra parte, tan pronto como pudo, y durante tanto tiempo como fue capaz, incluso mientras perdía la guerra en el verano de 1944, el nazismo asesinó sin demora a todos los judíos a los que pudo ponerle las manos encima, de forma tan metódica y coherente que es absurdo no percibir esa matanza como una parte esencial de su programa. Sólo podemos entender el nacionalsocialismo si tomamos en cuenta esos dos aspectos complementarios, cuya conjunción determinó su éxito y su evolución genocida.

El antifascismo no implica simplemente el hecho de *luchar contra* el fascismo. Supone una manera particular de combatir el fascismo, dándole a este combate una prioridad absoluta, superior a la lucha contra otras formas de dominio burgués, especialmente respecto de las formas democráticas (de modo similar, el «antiimperialismo» no significa luchar contra el imperialismo, sino apoyar a los movimientos de liberación nacional contra los países imperialistas dominantes). El antifascismo apoya a la democracia para

librarse del fascismo. Este apoyo puede ser parcial, crítico, provisional e incluso considerarse antiestatal.

En España, en 1936, no pocos creían estar poniendo en práctica un antifascismo *revolucionario*: pensaban que los proletarios armados podrían ignorar por un momento al Estado democrático y simplemente tomar en sus propias manos la lucha antifranquista, sin preocuparse por la policía y el ejército burgueses, que en cualquier caso habían sido neutralizados o reducidos a la impotencia por la insurrección obrera, así como la administración se había convertido en un cascarón vacío. Esta fue la posición defendida por la inmensa mayoría de los anarquistas dentro y fuera de España, los trotskistas y un cierto número de comunistas de izquierda, incluidos los miembros de los pequeños grupos de la izquierda comunista alemana e italiana que viajaron a España el verano de 1936. Los que se unieron a las milicias anarquistas o del POUM lo hicieron, obviamente, no con la intención de apoyar o resucitar una república burguesa, sino para contribuir a una revolución proletaria nacida del estallido popular contra el golpe militar, y que consideraban se desarrollaría a través de la guerra popular contra las tropas fascistas. Cuando *Bilan* le advirtió a estos compañeros que en realidad estaban combatiendo a Franco codo a codo con el ejército republicano, y que ninguna lucha contra Franco tendría éxito sin una lucha contra el Estado republicano, porque los burgueses demócratas no tienen ni pueden tener los medios para derrotar a los burgueses fascistas, la posición de Bilan pareció dogmática, absurda e incluso próxima a la deserción. Y es de este modo cómo muchos la siguen considerando hasta el día de hoy. Sin embargo, a la luz de lo que vino después: la integración forzosa de las milicias en el ejército regular, la destrucción y muerte de la autonomía proletaria, Mayo de 1937, la liquidación de las colectividades obreras y campesinas, todo para fortalecer un gobierno republicano más preocupado por sus propios intereses de clase y de fracción que por los imperativos de

la lucha contra Franco… todos estos hechos confirman lo contrario: en términos generales, Bilan tenía razón. Esto incluso fue ratificado por el hecho de que muchos miembros de la izquierda comunista llegados a España para participar en lo que creían era un proceso revolucionario, abandonaron el país antes de un año.

Han pasado sesenta y ocho años desde el fin de la República española, y sesenta y dos desde la caída del tercer Reich. El fascismo pertenece al pasado tanto como el estalinismo, y el antifascismo sólo tiene valor político como consigna. En 2007, el antifascismo es un huérfano: en un mundo sin fascismo sólo le queda un *rol*, un papel que interpreta como puede, y con dificultad. Es fácil sonreír ante una caricatura de Le Pen vestido con un ridículo uniforme de las SA, pero nadie se presentaría a una manifestación anti-Le Pen vestido como un miembro del Rote Front de los años 30. Al antifascismo le gustan los disfraces, pero ¿cuál?

El antifascismo es la política del *mal menor*, que lo subordina todo a la aniquilación de un enemigo que hace parecer aceptable a todos los otros enemigos, incluso a aquellos que hasta ahora eran considerados los peores. Para librarnos de Hitler, son bien recibidas las armas más poderosas: el FBI, Stalin o la bomba atómica.

Desgraciadamente para el antifascista, desde 1945 todas las encarnaciones del enemigo absoluto han sido una soberana estafa una tras otra, y hoy asistimos a una sobrecarga de males menores. Lo que era simple en 1943 se volvió confuso apenas terminó la guerra. La Alemania nazi era indiscutiblemente el mal absoluto. Pero después de 1945, ¿hacia dónde había que apuntar? ¿Hacia los que arrojaban bombas de napalm contra los aldeanos vietnamitas, o hacia los que enviaban trenes de carga llenos de gente a los campos de concentración en Siberia? Por lógica, el mal absoluto no puede ser más que uno. Cuando el «fascismo» se encarna en una sucesión de regímenes y personajes malvados, cuyos representantes varían según las sorpresas políticas y las alianzas cambiantes, cuando el fascismo adopta la forma de De Gaulle en 1947 y del

apartheid sudafricano en 1958, después de coroneles griegos, de torturadores argentinos, de limpiadores étnicos serbios, de populistas «alpinos» suizos y austríacos… entonces el «fascismo» pierde todo contenido. En 1948, millones de obreros influenciados por el estalinismo en todo el mundo creían, quizás sinceramente, que Tito era un fascista pagado por Hitler, y luego por Truman. Hoy el problema del antifascismo no es la escasez, sino la profusión de archienemigos cada vez menos creíbles. La presencia del partido de Heider en Austria fue comparada al 30 de enero de 1933, pero terminó con la división de ese partido. Las proezas electorales de Le Pen no le han dado una posición de fuerza en las calles ni en la vida política. La extrema derecha que hoy está bien atrincherada en el norte de Europa no es más que eso: el ala extrema de la derecha parlamentaria, y no un violento movimiento de masas público y popular que persiga la restauración de la autoridad estatal por medios dictatoriales.

A principios del siglo XXI, pese a las incertidumbres y problemas sociales, ningún país de Europa se encuentra bloqueado por la coexistencia de una clase obrera organizada percibida como una amenaza, con una burguesía internamente dividida. Fue este callejón sin salida lo que proporcionó a Mussolini y a Hitler la oportunidad de convertirse en jefes de Estado, porque ambos aparecieron para darle una salida a esa situación de parálisis. Nada dura para siempre, pero actualmente la democracia actúa como un poderoso solvente sobre la supuesta amenaza fascista. La existencia del Estado contiene la posibilidad de su radicalización dictatorial, pero en 2007 el Frente Nacional francés es tan fascista como el Partido Comunista francés es estalinista.

En el peor de los casos, como en Francia en las elecciones presidenciales del 2002 cuando Le Pen obtuvo más votos que el candidato socialista, el antifascismo actual no es más que consignismo y falsa conciencia.

En el mejor, lo que hace es mistificar la indispensable resistencia (por métodos violentos si hace falta) frente a grupos que se especializan en actividades antiproletarias, dirigidas preferentemente contra los proletarios más vulnerables como los inmigrantes, y que proclaman y practican valores y actitudes opresivas. Si los principios reformistas son tan anticomunistas como los principios reaccionarios, ambos deben ser combatidos por igual. No preferimos a Maurras sobre Jaurés, ni consideramos a Doriot menos contrarrevolucionario que Thorez.[81] Los chovinistas, cabezas rapadas, supremacistas blancos y autoproclamados neonazis que existen en Alemania, en Italia, en Escandinavia, en Rusia y en los Estados Unidos, y que sueñan con ser las semillas de un futuro NSDAP, deben ser combatidos. Pero combatirlos implica tratarlos como lo que son. No hay ninguna razón para tratar de equipararse a ellos en cuanto a su ideologización, ni para respetar la imagen que tienen de sí mismos. Situémoslos en su verdadera época, nuestra época, no en un imaginario 1932. Enfrentarse a un grupo que se llama o se hace llamar neonazi en el 2007 no es combatir a las SA de un hitlerismo renacido, sino que se puede comparar a la lucha contra la Société du 10 Décembre en 1850, contra los Pinkerton en Estados Unidos hace un siglo atrás, contra los clubes reaccionarios burgueses en Buenos Aires en 1919,

81 Charles Maurras fue un político y escritor francés fundador del movimiento político nacionalista y de extrema derecha Acción Francesa. Jean Jaurés fue un líder del SFIO (el partido socialdemócrata francés) antes de la Primera Guerra Mundial. Fue asesinado en 1914, justo antes que la guerra comience, debido a su posición pacifista. Jacques Doriot fue un miembro del PCF del que fue expulsado en 1934 por proponer la creación de un Frente Popular, lo que fue considerado oportunista por el Komintern (aunque dicho Frente Popular se formaría el año siguiente). Tras su expulsión funda el Partido Popular Francés, que rápidamente evolucionaria hacia el fascismo. Maurice Thorez fue el secretario general del PCF desde 1930 a 1964, su época más estalinista. [N. del. t]

la Banda Verde de Shangai[82] en los años 20, los matones y mafiosos contratados como rompehuelgas, o cualquiera de las muchas bandas (a veces paramilitares) que nacen cada vez que las clases dominantes se sienten amenazadas, y que actúan paralelas a la policía oficial. Llamarlos «fascistas» en tan pertinente como llamar «estalinista» a todo burócrata sindical. Estos son temas que tenemos que abordar. El antifascismo de hoy en día está luchando contra el pasado.

Pregunta: En el debate fascismo/antifascismo, es esencial entender la democracia como ideología y forma política de dominación capitalista. Creemos que la principal debilidad de los llamados antifascistas es su defensa de la democracia, y su inapropiada o inexistente crítica de la teoría y la práctica de la democracia como parte de la sociedad de clases. Pensamos que es posible y necesario combatir a los nazis sin ser antifascistas, pero es imposible combatir el capitalismo sin ser antidemocrático en la teoría y en la práctica, sin una crítica de la declaración de los derechos humanos y de los derechos civiles. Las huelgas y revueltas, por ejemplo, no son democráticas. ¿Qué piensan de esto? ¿No es la democracia la comunidad del capital? ¿Cómo se relaciona la democracia con la dominación formal y real del capital?

82 La Société du 10 Décembre agrupaba a los partidarios de Louis-Napoleon, que posteriormente se coronaría Napoleón III. Los Pinkerton eran los miembros de la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, una agencia privada de detectives y guardias de seguridad fundada en Estados Unidos en 1850, que fue muy utilizada por la burguesía para romper huelgas y atacar a los trabajadores. Miembros de varios clubes de la burguesía como el Jockey Club, Yacht Club, Club del Progreso, entre otros, fundarían junto a miembros del ejército, el clero y diferentes partidos políticos la Liga Patriótica Argentina, que tuvo un rol determinante en la represión de la Semana Trágica de 1919, así como también de las luchas obreras de la Patagonia de 1922. La Banda Verde de Shanghái era una organización mafiosa que participó en la represión contra el movimiento obrero de en aquel país de 1927. [N. del. t]

Respuesta: Para despertar indignación hoy en día basta con decir, como O. Scalzone y P. Persichetti,[83] en *La Révolution et l'Etat:*[84] «Todo el mundo habla de democracia. ¡Nosotros, no!».

Y esto probablemente escandalizará más a aquellos que sueñan con un mundo radicalmente distinto. Sin embargo, como ustedes señalan, en muy pocos casos las huelgas y motines encajan en cualquiera de los criterios básicos que definen la democracia. No nacen ni se organizan según la regla mayoritaria, no respetan formalmente los derechos de la minoría, no conceden plenos poderes a la asamblea soberana, no ponen el debate por delante de la acción, no siguen procedimientos acordados de antemano y, en la medida que se fijan reglas, nunca dejan de cambiarlas. A pesar de todo, la mayoría de los huelguistas y alborotadores definen sus actos como democráticos, y alegan estar realizando el ideal democrático traicionado por el parlamentarismo. En realidad, cuando hablan de democracia, quieren decir otra cosa, que es esencial para ellos y para nosotros: autoorganización, capacidad para actuar como una comunidad, ir más allá de las separaciones y divisiones, definirse por los actos y no por una identidad preestablecida, inventarse en la práctica, producir una dirección propia en ambos sentidos de la palabra, todo lo cual se resume en una expresión de moda pero llena de sentido: autonomía. Si nos atrevemos a usar un término tristemente devaluado, para ellos «democracia» significa *libertad*. El problema es que esto es más

83 Oreste Scalzone fundó, junto a Toni Negri y Franco Piperno, Potere Operario, una de las organizaciones más importantes del operaismo italiano. Paolo Persichetti fue miembro de las Brigadas Rojas. Ambos se exiliaron en Francia debido a la persecución. En el año 2002, Persichetti fue extraditado a Italia y condenado a 22 años de cárcel por su supuesta participación en el asesinato del general Lucio Giorgeri, ocurrido en 1987. Fue finalmene liberado en 2014. [N. del. t]

84 Dagorno, 2000. El título completo del libro puede traducirse como «La Revolución y el Estado. Insurrecciones y "contra-insurgencia" en la Italia pos-68: democracia penal, estado de excepción». [N. del. t]

que un asunto de palabras, porque hablar de democracia no es algo inofensivo: expresa la idea de democracia como un principio, como *condición* del cambio social, reforzando la supremacía dada a la política, a la cuestión del poder.

Aunque este punto resulte aquí secundario, conviene recordar que el antifascismo en su forma más radical, la que adopta en tiempos de crisis, *también* denuncia la sociedad de clases, pero solo para ponerla entre paréntesis. No niega la contradicción entre burgueses y proletarios, simplemente la deja a un lado, por el momento, dándole prioridad a otra dicotomía: la que enfrenta a demócratas (casi todos los proletarios, tantos pequeño burgueses como sea posible, más algunos burgueses progresistas) contra los fascistas (los burgueses más conservadores, algunos pequeño burgueses y unos pocos proletarios desorientados). El antifascismo no niega la realidad, simplemente da prioridad a ciertos aspectos por encima de otros. Asimismo, muchos socialdemócratas de 1914, reunidos en la Unión Sagrada,[85] admitían la naturaleza *imperialista* de la guerra que iba a estallar pero consideraban provisionalmente necesario (e incluso inevitable) apoyar a un imperialismo civilizado contra un imperialismo bárbaro.

A falta de uno mejor, sigamos usando por el momento el término «democracia», asumiendo la dificultad de abarcar simultáneamente los dos extremos de esta línea teórica: existe una conexión fundamental entre capitalismo y democracia, pero el capitalismo se ve llevado a menudo a dar la espalda a este vínculo esencial.

Una cierta *igualdad* entre las mercancías (y entre los seres humanos en la medida en que se venden a sí mismos) y su *libre circulación* son necesarias para el sistema de trabajo asalariado. El capitalismo necesita que se realice el intercambio entre una suma

85 La Unión Sagrada fue una especie de «pacto» no escrito por el que organizaciones políticas y sindicales francesas de diferentes tendencias se comprometían a no convocar huelgas y no oponerse a la Primera Guerra Mundial. [N. del. t]

de dinero *x* y una mercancía *y* pagada a su precio de mercado, y que ocurra un encuentro relativamente libre entre un burgués y un asalariado: el primero compra la fuerza de trabajo de este y le paga lo necesario para que renueve su fuerza de trabajo y mantenga una familia. El principio democrático es perfectamente adecuado para ese intercambio: un hombre, un voto.

No obstante, hablando con propiedad, la igualdad y la libertad capitalistas siempre van de la mano con ciertas restricciones exteriores a ese intercambio «igual», y lo más frecuente es que la fuerza de trabajo sea explotada en condiciones donde la policía tiene tanto poder como el mercado. Desde la represión del ludismo y el cartismo en Inglaterra hasta la represión de las huelgas en la Asia actual, desde las masacres de trabajadores en Estados Unidos hasta el autoritarismo de Napoleón III y Bismark, el capitalismo madura en base a coacciones. El Estado de derecho y el parlamentarismo sólo llegaron más tarde, a un cierto nivel de desarrollo del mercado: la libre elección de mercancías presupone un mínimo de libertad individual. Aunque el sistema de salario y ganancia funciona mejor en la democracia parlamentaria, y aunque los capitalismos dinámicos terminan introduciendo dosis cada vez mayores de competencia política y económica, en la actualidad solo una minoría de países en este planeta gozan de un régimen parlamentario o representativo. El capitalismo funciona mejor en democracia, pero a menudo funciona sin ella, al menos por un tiempo… que a veces dura bastante.

Nos preguntan sobre la distinción entre la dominación *formal* y *real* del trabajo en el capital. Francamente, uno se pregunta si el retorno desde las décadas de 1960 y 1970 a esta noción tomada de los manuscritos de Marx[86] no ha tenido tantos efectos negativos como positivos en la crítica revolucionaria. Muchos vieron

86 Karl Marx. *El capital: libro I, capítulo VI (inédito). Resultados del proceso inmediato de producción*. Siglo XXI, (México, 1971).

en esta distinción el medio de teorizar la llegada de un capital dominante de un modo tan real, tan total, que sólo podía provocar una reacción igualmente real y total contra él. En el pasado, los teóricos de una «crisis final» buscaban la incapacidad estructural del capitalismo para perpetuarse en los esquemas de la reproducción ampliada del capital (cf. los debates en torno al Libro II). Hoy, sería la propia reproducción de la relación salarial la que se volvería imposible, viéndose obligado el capital a atacar y empobrecer a los proletarios por doquier, en el mismo momento en que la profundidad de su dominio social haría inalcanzable la esperanza de un capitalismo gestionado por los trabajadores.[87] Los conceptos de dominación formal y real merecen algo mejor que servir de explicación para todo.

Volviendo a la democracia, no es tanto la diferencia entre dominación formal y dominación real como las situaciones históricas concretas las que explican las variaciones de la dominación política burguesa, la combinación de formas parlamentarias y autoritarias, la transformación periódica de la democracia en dictadura, y los cambios en el sentido inverso.

No existe una fase en la que el proletariado sólo pudiera ser reformista, seguida de otra (abierta en 1914, según la Internacional Comunista, o desde la globalización, según algunos hoy) en la que sólo pudiera ser revolucionario. Del mismo modo, no hay una etapa (de dominación formal) en que la democracia es inevitable, seguida de otra etapa (de dominación real) en que esta pierde todo su contenido y atractivo, y deja de engañar a los proletarios.[88] Mientras exista el capitalismo, este va a engendrar

87 Para profundizar, recomendamos el debate que Gilles Dauvé junto a Karl Nesic sostuvieron con el grupo Théorie Communiste, compilado en el nro. 1 de la revista *Endnotes* y que publicaremos en nuestro próximo libro. [N. del e.]

88 Sobre la democracia en relación a las etapas de dominación formal y real, véase Jean-Yves Bériou, *Teoría revolucionaria y ciclos históricos*, Lazo Ediciones (Rosario, 2023), pp. 28-30 y 72-77. [N. del e.]

reformas, y cada cierto tiempo hará surgir aspiraciones y prácticas democráticas. La democracia no es una cortina de humo que sería disuelta por una determinada fase del capitalismo. Tan pronto como algo parece estar en juego (realmente como cuando los regímenes fascistas o burocráticos se derrumban, o ficticiamente como en Francia en abril de 2002), la democracia se revitaliza.

Por un lado, el sistema parlamentario nunca gobernará en todas partes: en los países «ricos» y aparentemente estables, es frecuente que inevitables conflictos sociales obliguen al Estado a endurecer sus posiciones; en países débiles y dominados, el libre uso de los derechos civiles a menudo resulta peligroso para el orden social y para los privilegios de la clase dominante, por lo tanto deben ser limitados o suprimidos por caudillos políticos o por el ejército.

Por otra parte, y en relación con lo anterior, debido a que el sistema representativo es propicio para la lógica interna del capitalismo, el parlamento, la vida partidaria y las libertades civiles pueden volver a la escena una y otra vez (a menudo como farsa, como en tantas elecciones en África y Asia). Si hay multitudes dispuestas a morir por la «democracia», no es porque crean en el valor intrínseco de la votación o en la honestidad de los elegidos, sino porque las elecciones parecen traer una cierta libertad y algunas mejoras en la vida diaria, lo cual normalmente resulta cierto, por un tiempo. Mientras la democracia gobierne, será por algo más que sus propios méritos. Detrás del atractivo ejercido por la democracia hay siempre algún elemento social y alguna esperanza. Ya sea triunfante, pisoteada o ridiculizada, la democracia es inevitable en la civilización mercantil y del trabajo asalariado. Jamás llegará el día en que aparezca en toda su desnudez, como pura dominación burguesa, desprovista de sentido y encanto.

En ausencia de insurrección social, ni la mejor demostración radical de la verdadera naturaleza de la democracia, de su contenido clasista, de la futilidad de sus libertades, convencerá jamás a ningún demócrata (no más de lo que el más brillante panfleto

revolucionario ha alejado a nadie del reformismo). Como ya se ha resignado a las recurrentes crisis y guerras, el demócrata sabe demasiado bien que su régimen favorito a veces cede ante los dictadores: solo espera que estas interrupciones sean tan infrecuentes y breves como sea posible. Y afirmará (con algunas evidencias en su favor) que la democracia produce nocividades, pero que asimismo es el único sistema que las reconoce y les pone un límite.

La crítica radical (de la democracia y de todo lo demás) solo tiene sentido si uno cree en un mundo completamente diferente, y esta creencia solo se vuelve históricamente real cuando las masas empiezan a luchar por un mundo así. Para que la crítica de los derechos del hombre formulada por Marx (tal como la expuso en *Sobre la cuestión judía*) se convierta en una «fuerza material», hará falta nada menos que un intento de revolución comunista. Hasta entonces, seguirá siendo verdad lo que Rosa Luxemburgo escribió en 1903: «Marx [y otros, añadiríamos nosotros] nos ha dejado atrás como partido de luchadores prácticos. […] nuestras necesidades todavía no son las apropiadas para que hagamos uso de sus ideas».[89]

89 Rosa Luxemburgo, «Estancamiento y progreso del marxismo».

Posdata sobre fascismo y antifascismo

Cuadernos de Negación, julio de 2024

Desde hace más de diez años teníamos intención de publicar una crítica al antifascismo concisa que compile diversos artículos, muchos de los cuales han quedado fuera de este libro pero que hicimos circular por otros medios. Incluso a comienzos de siglo dimos mucha difusión a un texto que nos llegaba desde España titulado «El antifascismo como forma de adhesión al sistema». Para esa época queríamos provocar y debatir con punks y skinheads, así como con anarquistas que se estaban adhiriendo al nuevo antifascismo en tanto que movimiento contracultural de una manera pandillezca. Queríamos subrayar que fascismo y antifascismo eran mucho más que peleas callejeras y enfrentamientos entre bandas. Que no se trataba simplemente de formas de lucha sino principalmente de contenidos políticos, que tanto en sus expresiones tradicionales como contemporáneas –incluso considerando sus grandes diferencias– no tenían ni tienen nada que ver con la superación del capitalismo, sino todo lo contrario. Nos referimos a lo político en su acepción más simple: «Arte, doctrina u opinión referente al gobierno de los Estados».

Hoy que hasta en los medios masivos de comunicación hablan de «Antifa», llegando Trump a señalarle hace algunos años como

desestabilizador de nada menos que Estados Unidos, aquella intención de comienzos de milenio parece lejana, pero su objeto no ha desaparecido, sino por el contrario forma parte de una cuestión más amplia. En Argentina, un difuso movimiento que no descarta el electoralismo, y de hecho en muchas ocasiones se articula a partir de él, comienza a popularizar las nociones del antifascismo moderno. Cuando gana un candidato que no es del gusto de la socialdemocracia o el denominado peronismo de izquierda o progresista se comienza a hablar de fascismo, de dictadura. Siguiendo esa modalidad se catalogó de fascistas a Macri o a Milei.[90] Aparece así un «antifascismo electoral» como sinónimo de antiderecha, y se ha vuelto intercambiable hablar del «avance del fascismo», «de la derecha», o «del liberalismo». Es el llamado a la unidad para defender el capitalismo y su democracia, típico del antifascismo histórico.

Por su parte, residuos del fascismo clásico vuelven a aparecer como alternativa política para los proletarios descontentos: invocaciones de sus versiones originales de algunos pocos nostálgicos, provocadores o ignorantes, y fundamentalmente sus variantes neo o posfascistas. Las nuevas derechas, que tienen cada vez mayor arraigo en la población trabajadora, presentan diferentes tendencias críticas a la sociedad capitalista, hacia ciertos excesos de la misma y fundamentalmente como respuesta a las gestiones liberal-progresistas de las últimas décadas y al denominado «globalismo». A pesar de su mayor o menor beligerancia[91], todas las

90 Este libro forma parte de una intención por comprender estos fenómenos de manera radical, que venimos proponiendo a partir de nuestras últimas ediciones. Ver tanto nuestro libro *Contra el liberalismo y sus falsos críticos*, Lazo Ediciones, 2023, como *La religión de la muerte. Sobre viejos y nuevos fascismos* de Julio Cortés Morales, Lazo Ediciones, 2024.

91 Algunas expresiones presentan críticas a la democracia, su igualdad, libertad y derechos. Al respecto ver el apartado «Antiliberalismo y anticomunismo, de izquierda y derecha» en *Contra el liberalismo y sus falsos críticos.*

variantes derechistas de importancia en occidente se presentan a elecciones. Incluso llegan a presentarse como *antipolítica* para salvar a la política en nombre de lo contrario. Este 2024, alertan, es un año bisagra en este sentido, en muchos países crece la popularidad de las alternativas de derecha y aparecen nuevas. Que todos hayan formado partidos políticos y se presenten ordenadamente a elecciones nos dice mucho. La vía electoral y el orden democrático es respetado de izquierda a derecha.

Las luchas impulsadas por el antifascismo en el «mejor» de los casos refuerzan la ilusión ampliamente extendida de que el Estado es un árbitro por encima de las clases, la cual suele ir acompañada de suponer al capital no como una relación social sino como un puñado de multinacionales u hombres crueles y avaros.[92] Y en el «peor» de los casos conduce a la unidad antifascista. Ayer y hoy para unas elecciones ordenadas, para mantener la normalidad capitalista. Ayer y hoy para ir a la guerra o aceptar «Estados de excepción» en nombre de la democracia.[93]

Claro que a veces en necesario enfrentar a neonazis en un barrio o en una ciudad por cuestiones de supervivencia inmediatas. Pero eso no tiene por qué llevarnos a la ideología antifascista o antirracista, del mismo modo que luchar por mejores condiciones laborales no nos obliga a conformar un sindicato o a la defensa de la supuesta dignidad del trabajo.

Las bandas fascistas pueden tornarse un horroroso peligro y hasta pueden contar con el apoyo velado de gobernantes, policías,

92 Por su parte, nazis de todo tipo y tiempo histórico basan su supuesto anticapitalismo en algo parecido, solo que su personificación y chivo expiatorio predilecto serían «los judíos».

93 Por ejemplo, cualquier cuestionamiento hacia las cuarentenas y medidas de aislamiento en el contexto del coronavirus, era asociado rápidamente a la derecha y, cómo no, calificado como una «actitud fascista». Al respecto recomendamos la recopilación de artículos publicada bajo el título *Coronavirus, crisis y confinamiento*, Lazo Ediciones, 2020.

periodistas y empresarios. Los mismos que las dejarán libradas a su suerte cuando ya no les sirvan.[94] De lo que no puede librarse la burguesía es de sus fuerzas de seguridad para mantener la paz capitalista, aquellas que torturan y matan día a día, las mismas que, paradójicamente o no, hacen cumplir las leyes contra el antisemitismo, así como reprimen las manifestaciones contra el empeoramiento de las condiciones de vida. Cumpliendo obedientemente con lo que la Ley de la burguesía ordene según el contexto.

Lo que hoy se define internacionalmente como *Antifa* es un movimiento activista descentralizado que comprende una serie de grupos autónomos. Estos pueden o no usar la violencia o la reforma política, incluso plantarse contra el Estado, sin embargo, quieren obligar a este último a renunciar a su necesario componente reaccionario y/o liberal de derechas. A su vez, el antifascismo actual se ha transformado en expresiones políticas más amplias, vinculadas a los movimientos sociales y a la política progresista entrada en su etapa más impotente en un contexto de estancamiento económico, en paralelo al crecimiento de las nuevas derechas.

El antifascismo y el fascismo nacieron bajo ciertas condiciones específicas del desarrollo del capital que al día de hoy han cambiado notablemente. Tanto el antifascismo electoral actual como el antifascismo callejero de tipo pandillero que enfrenta a las bandas neonazis, común en Estados Unidos y Europa, no es el antifascismo estatista y militar de los años 30 y 40 del siglo anterior, aquel que liberaba ciudades matando y violando a sus pobladores. Pero sí son sus herederos políticos y por ello es importante señalarlo conociendo la historia.

94 El ejemplo de Amancer Dorado en Grecia es muy explicativo al respecto. De fuerza de choque en las calles en épocas de revuelta apañados por la policía, pasando por ser el tercer partido en las elecciones de 2014, fue declarado una organización criminal en 2020. Recomendamos el artículo «Greece: When the state turns antifa».

Quienes salieron victoriosos de la Segunda Guerra Mundial sometieron al proletariado del mundo mediante un nuevo ordenamiento global: un régimen capitalista democrático en occidente (con sus represiones y dictaduras siempre que fuera necesario) y un régimen «capitalista de Estado» en el bloque soviético. De este modo, impusieron conformarse porque supuestamente habían conquistado la libertad o al menos evitado un totalitarismo de derecha, y sería peor si hubieran ganado los otros. Es la constante campaña del miedo elegida por los antifascistas.

La alianza imperialista que ganó la guerra mundial, personificada en Stalin, Roosevelt y Churchill, es la que insistiría con la importancia del fascismo. Es la historia oficial de «los buenos» que explica quiénes son «los malos». Basta con ver cuál de los dos bandos de asesinos, explotadores y violadores quedó prohibido y cuál no. Esta prohibición es la que hace creer a muchos que escoger el bando proscrito es situarse contra el status quo. Y eso puede explicar por qué en ocasiones «la rebeldía se vuelve de derecha».

Los neonazis o las pandillas racistas y antiinmigrantes son un problema de la calle en muchas ciudades, pero, como ayer, eso no exige convertirse en «antifa». Esta misma etiqueta, hoy como ayer, sirve para hermanar a oprimidos y opresores, explotadores y explotados, gobernantes y gobernados. En nombre del antifascismo se nos llama a unirnos a nuestros explotadores, se nos llama a defender a los asesinos de hoy: los gobernantes progresistas o de izquierda de cualquier país, que también tienen las manos manchadas con sangre. O unirnos con los herederos de otros asesinatos masivos como los estalinistas o maoístas, quienes combaten al movimiento comunista en nombre del «comunismo».

Es preciso aclarar que tampoco es necesario que tengan las manos manchadas de sangre, aunque cuál gobernante, por acción u omisión, no las tiene… No se trata de luchar simplemente contra los excesos de la democracia, sino contra la democracia como orden de la explotación organizada, de la sociedad de clases.

¿Pero cómo es que aún continuamos hablando de fascismo? Si hoy aún se habla de fascismo es, en gran medida, gracias a la ideología antifascista. Y no se trata simplemente de una cuestión semántica, de un error de nomenclatura. Es mejor llamar a las cosas por su nombre. Trump, Bolsonaro o Milei podrán ser muchas cosas, pero no fascistas, al igual que el FMI o el BM. Sucede que llamarles de ese modo es muy útil para crear un frente político bien amplio donde quepan todos pero manden unos pocos.

La estrategia antifascista es siempre similar. Si Twitter o Facebook censuran al expresidente de Estados Unidos es justicia, si censura a sus oponentes es un ataque a los derechos. Si quienes son denominados fascistas han violado o torturado se denuncia, si los países que vencieron a los nazis lo hicieron se oculta. Tal como hasta el día de hoy no se habla de las violaciones masivas (¡doce millones!) contra las mujeres de los países derrotados en la segunda guerra e incluso de países aliados liberados como Francia.

En estas tierras y al menos por ahora, reunir a una serie de enemigos tras el rótulo de fascistas ya no es para mandarnos a la guerra, sino para mostrar la democracia liberal como el único horizonte posible. Que tendrá sus defectos, nos dicen, pero es mejor que el fascismo.

Pero la guerra siempre está, y ahora en «el corazón de Europa» nos deja algunas lecciones sobre esta cuestión. El 24 de febrero de 2022 Putín declaró la guerra con un eufemismo:

> He tomado la decisión de llevar a cabo una *operación militar especial*. Su objetivo será defender al pueblo que durante ocho años ha sufrido persecución y genocidio por parte del régimen de Kiev. Para ello, apuntaremos a la desmilitarización y desnazificación de Ucrania.

Que la mayoría de los izquierdistas apoyen la acción rusa contra Ucrania, considerada como «nido de neonazis», no es de extrañar.

Que Putin sea a su vez un ultranacionalista autoritario y conservador, muy cercano al posfascismo eurasiático de los defensores actuales del Imperio ruso parece no importarles demasiado, pues más que anticapitalistas integrales estos izquierdistas son simplemente opositores al imperialismo gringo. Muchos de ellos nunca entendieron que el estalinismo era una contrarrevolución, y siguen creyendo que la Madre Rusia actual es la legítima heredera de la Unión Soviética de los años más heroicos.[95]

Pero también, cuando los demócratas y progresistas en general llaman «fascismo» a todo un conjunto de políticas e identidades (como pueden ser los denominados neonazis, la alt-right, los seguidores de las teorías de la conspiración, el antifeminismo reaccionario, las pandillas anti-inmigrantes, el anarcocapitalismo en todas sus variantes, el nacional-bolchevismo, y cada nueva identidad «de derechas») confiesan no entender qué está pasando o no querer entenderlo.

Para quienes están en campaña electoral permanente, la mención de la «amenaza fascista» es un recurso discursivo más como pueden ser la urgencia de una transición hacia energías renovables, o la promesa de medidas de seguridad. Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado, tal como decía Mussolini. Pero en el medio justo, sin excesos ni extremismos.

Ese intento desesperado por traer a la vida al fantasma del fascismo no tiene por finalidad despertar una adhesión entusiasta por la democracia en occidente como hace 90 años. Porque ya no es necesario, ya han ganado. Y no dicen «elijan esto que es lo mejor» sino «esto es lo único que hay». Por eso todo lo que no es pro-democracia para el progresismo es basura y delirios, desde las derivas reaccionarias pseudocríticas de la democracia hasta la perspectiva comunista por la emancipación humana. Hoy no pa-

95 Julio Cortés Morales, «Ucrania y Rusia: ¿Nazis contra el fascismo?» (Santiago de Chile, 2022).

rece ser la democracia lo que está en juego, pero sí una alternancia política de alta carga discursiva, en un contexto geopolítico donde las tensiones entre bloques nacionales se van agudizando. Si bien algunos regímenes como el de Rusia no son democráticos según los parámetros occidentales, no constituyen la norma. Y en materia bélica ha sido la democrática OTAN la principal guerrera del último medio siglo.

Asistimos a una sobreactuación del «riesgo totalitario» con el solo objetivo de disputar el comando de los Estados democráticos, a ambos lados del centro. No podemos asegurar que la deriva más generalizada hacia formas de Estado totalitarias no sea posible, pero, en todo caso, cabe reafirmar con Dauvé que el antifascismo no ha frenado el fascismo, así como la izquierda más o menos progresista no ha frenado la derecha más o menos reaccionaria. Claro que hay enfrentamientos entre fracciones de la burguesía, pero ¿hasta qué punto es posible inferir en esa dinámica de oposición en defensa de la alternativa menos terrible? ¿Hasta qué punto esa perspectiva nos acerca o nos aleja de una transformación revolucionaria? ¿Los antifascistas de hoy se hacen esta pregunta? ¿Acaso les importa? El capital reclama diferentes gestiones estatales de acuerdo a las necesidades de su reproducción, contrarrevoluciones y guerras incluidas. Es importante tomar dimensión de dónde brota la necesidad de cada transformación en los regímenes políticos antes de abrazarnos a alguno de ellos.

Gilles Dauvé nos señala respecto del fascismo histórico que no se opuso realmente a la democracia, sino que se trató de una excepcionalidad en defensa del capital. Entonces no se trató de «fascismo *o* democracia», sino de «fascismo *y* democracia». Cuando se analizan los vestigios del fascismo en sus nuevas formas se consideran fundamentalmente dos dimensiones: violencia e ideología. Respecto a la primera, las democracias occidentales contemporáneas –con gobiernos de izquierda a derecha– reprimen y emplean «Estados de excepción» cuando es necesario, sin

tornarse a formas de Estado abiertamente totalitarias. La democracia incluye y perfecciona la represión «fascista», además de la guerra abierta en nombre de su defensa. Por su parte, expresiones de ultraderecha han cumplido sus mandatos democráticamente y con gran moderación, a pesar de sus discursos de batalla ideológica de tono extremista. Hitler y Mussolini llegaron al poder por vías semi-institucionales de la mano de sus partidos-milicia, para luego hacerse del control total del Estado y dar curso a la gran gesta bélica. Nada parecido está ocurriendo. Por lo pronto, la democracia no es alternada por los «nuevos fascismos» ni por Estados de excepción, sino que los ha integrado.

> Lo que amenaza al antifascismo después de 1945 no son las ideas de la izquierda comunista (los textos críticos de Bordiga, por ejemplo): el antifascismo se vacía de contenido desde su interior. Con el fin del nazismo, nada es más evidente. Un mal solo es absoluto mientras sigue siendo único: el fascismo, sin embargo, no deja de reproducirse en una sucesión de figuras opuestas, cada vez menos creíbles, como encarnación exclusiva del Mal. ¿Quién es el fascista actual, el belicista Bush o su enemigo, el antisemita Ahmadineyad? El dilema antifascista no es su escasez de enemigos, sino su abundancia. […] La extrema derecha implantada en el norte de Europa es precisamente eso: el extremo de la derecha, no un movimiento nacido de la violencia popular para restaurar por medio de la dictadura la autoridad del Estado. El supuesto peligro fascista demuestra ser soluble en la democracia.[96]

96 Gilles Dauvé y Karl Nésic, *Más allá de la democracia*, Pelota de trapo (Madrid, 2013). Publicado originalmente en 2009, disponible en nuestra biblioteca virtual.

La crítica al antifascismo tal como se viene desplegando desde hace casi cien años por la izquierda comunista italiana y continuada por diversas expresiones anticapitalistas no es un programa táctico y estratégico a repetir, pero si una buena lección para no olvidar en nuestra actual situación.

> El frentismo antifascista fue, al igual que el fascismo, el resultado y la expresión de la derrota del asalto revolucionario del cuatrienio 1917-21. Su esencia radica en la renuncia sustancial a la lucha revolucionaria contra el capitalismo (que, en el mejor de los casos, se pospuso a tiempos mejores) en nombre de la restauración de la democracia y el «Estado de derecho». Su horizonte es el interclasismo, es decir, la alianza entre clases o fracciones de clases, sobre la base de la oposición común al fascismo, hecho que impone en primer lugar la renuncia a los métodos de lucha específicamente proletarios.
>
> Hoy estamos a años luz de un contexto social que sea remotamente comparable, en términos de intensidad de la lucha de clases, al de los años 1920-1930.
>
> Afirmar que un «peligro fascista» se cierne hoy sobre nuestras cabezas es, ni más ni menos, una idiotez. No hay ninguna dictadura fascista a las puertas: la única dictadura existente –hoy como ayer– es la del capital, el valor en proceso, que ahora impregna y domina todos los resquicios de la vida y las relaciones sociales.
>
> Lo que se aplica al antifascismo se aplica a todos los «antiismos»: la transformación del enemigo en un enemigo absoluto se alimenta del mito y lo reproduce. […] El «fascismo» se convierte así en una categoría pasajera, la clave con la que «explicar» y mantener unidos los fenómenos más dispares: desde la normal y democrática represión policial hasta las manifestaciones de racismo en los suburbios y barrios proletarios; desde las políticas antimigratorias de gobiernos de todos los colores

> y matices hasta la vuelta a escena de una turba neofascista tan agresiva y mediática (gracias también a los «antifascistas») como numéricamente modesta; desde las nuevas etapas del proceso de vaciado progresivo de las funciones de los parlamentos nacionales –transversal a todos los Estados occidentales desde al menos 1914– hasta la violencia de género; pasando por el creciente éxito de los partidos y movimientos «soberanistas» y/o «populistas», que culmina en Italia, en 2018, con la formación del gobierno Lega-M5S. Y en Estados Unidos con la elección de Trump. Todo, en la cabecita del antifascista más o menos militante, concurre para componer la representación distorsionada de una sociedad y un Estado cada vez más «fascistizados». ¡Como si los fenómenos mencionados fueran incompatibles con la tan cacareada democracia (de derecha y de izquierda)! Y como si no encontraran su necesaria base material en las relaciones sociales capitalistas y su evolución histórica.[97]

La crítica del antifascismo, por tanto, no se trata de una cuestión de coherencia lógica ni mucho menos del mantenimiento de un purismo doctrinario. Ha surgido y se profundiza desde y para las luchas.

Luchar contra quienes hoy gobiernan tachándolos de fascistas no hace más que pedir más democracia, y no ha hecho más que colocar en el gobierno a los *progres* que los relevan para que luego vuelvan los «fascistas». Los ejemplos en Argentina son claros y en Chile nos deslumbran. Bachelet y Boric han aplicado leyes que la derecha no podría haber impuesto. En manos de Piñera serían fascistas las leyes que absuelven carabineros asesinos o les permiten disparar sin aviso, en manos de los «socialistas» es orden.

Deseamos con este conjunto de afirmaciones y negaciones aportar a las luchas en curso. Y deseamos superar el trauma. Un trauma

97 F.B., «Miseria del antifascismo», 2018.

tan grande que hoy, siendo testigos directos de una de las masacres más terribles de esta civilización como es la del Estado de Israel en Gaza, hay quienes se empeñan en no llamar a las cosas por su nombre, le llaman a Israel fascista, como si no fuese suficiente saber que es un Estado capitalista, faro de la democracia y el mercado en Medio Oriente, exportador de máquinas de matar a todo el mundo. Parece sonar menos grave llamarles demócratas y capitalistas, llamarles simplemente asesinos.

Índice

Presentación ***7***
Lazo Ediciones

Cuando mueren las insurrecciones ***11***
Gilles Dauvé

Fascismo /Antifascismo ***71***
Gilles Dauvé

Correspondencia sobre Fascismo/Antifascismo ***123***
Gilles Dauvé-Aufheben

Preguntas y respuestas ***143***
Gilles Dauvé y Karl Nesic

Posdata sobre fascismo y antifascismo ***159***
Cuadernos de Negación

La comprensión crítica del fascismo implica, necesariamente, la de su contracara antifascista. El análisis de las variaciones de la dominación política burguesa requiere atender a las situaciones históricas concretas y el desenvolvimiento de la lucha de clases. En tiempos de crecimiento de las nuevas derechas, la cuestión ha tomado relevancia nuevamente e invita a una reflexión profunda sobre sus orígenes históricos. Lo que está en juego, finalmente, es la crítica radical de la oposición política más fundamental bajo el capitalismo y su superación.

La presente compilación tiene como disparador al polémico artículo *Fascismo/Antifascismo*, escrito hace algunas décadas por Gillés Dauvé. Aquí presentamos algunos de los debates que suscitó y, como texto central, la reelaboración del autor titulada *Cuando mueren las insurrecciones*.

ISBN 978-987-48023-7-8